Gemma Nieto

# La pertenencia

CABALLO DE TROYA

GEMA NIETO

La pertenencia

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

*A la que fue mi familia hace más de veinte años.*
*A quien es mi familia hoy: Sofía.*

«Todos y cada uno se desvanecieron como brillantes estrellas ante el sol. Se apagaron tranquila y catastróficamente. No quedó de ellos ni un pedazo, excepto el recuerdo de su resplandor y de su gloria. Ahora fluyen dentro de mí, como un vasto río cegado por estrellas fugaces. Forman el negro río que fluye y mantiene el eje de mi mundo en constante revolución (...).

¿Cuándo ocurrió todo esto, que yo nunca he podido olvidar, a pesar de que ya no existe?».

HENRY MILLER, *Primavera negra*

«El pez no era ella. Yo estaba allí, miraba, lo vi. Creí que era ella, pero no era. No era mi madre».

WILLIAM FAULKNER, *Mientras agonizo*

Se la llevan. Es la mañana de Reyes, y se la están llevando. Desde el mueble cama del comedor reconvertido en su cuarto (no hay más habitaciones en la casa), la hija escucha a los camilleros en el pasillo, el chocar de las pequeñas ruedas en las esquinas. Están a punto de salir por la puerta, y de que la puerta se cierre. Su madre no volverá nunca a recorrer esos pasillos. Es la última vez que estará en su casa. La hija se queda inmóvil, escuchando la puerta cerrarse.

Había una luz de enfermedad en la habitación de sus padres. Las paredes parecían de paja, la lamparita siempre como a punto de apagarse. Ella entraba silenciosa a enseñarle dibujos a su madre, a leerle un soneto recién descubierto o un capítulo de algún libro, y luego se quedaba abrazada a ella en la cama hasta que le decían que tenía que dejarla descansar. Cuánto tiempo más iba a tenerla. Por las noches el reloj del comedor no la dejaba dormir, anunciaba con fuertes campanadas las horas y las medias pero su abuela reaccionaba siempre ofendida cuando pedía permiso para detener el péndulo a la hora de acostarse. Escuchaba a su madre vomitar, desde el salón la siniestra sintonía del telediario de madrugada y a su abuela implorando en voz alta y se tapaba los oídos y la cabeza con la manta, no menos aterrorizada que en aquel campamento años atrás, cuando la enfermedad aún no existía pero ella ya intuyó de alguna manera que no iba a pasar mucho tiempo hasta perderla.

El hermano de la mujer enferma es la persona más sola en el mundo. Se levanta cada mañana sabiéndolo. Le gusta ponerse un anillo de pedrería en el dedo meñique, los pantalones perfectamente planchados con raya, tener todas sus pertenencias ordenadas en una impoluta disposición casi enfermiza. No tiene amigos. Ni siquiera cuenta como tales a sus antiguos compañeros de la oficina en la que

trabajaba, era jefe de personal de una ferretería situada en plena Gran Vía (recuerda a su sobrina, muy pequeña, no correteando por su despacho porque siempre fue una niña calmada, pero sí observando con avaricia infantil las estanterías un par de veces que su hermana y su cuñado fueron a recogerle, y todas las cintas de vídeo, los muñecos, las maquinitas que sacaba para ella), hasta que llegó la baja por depresión. Toda su vida (y ya pasa de los cincuenta) ha sido un hombre endeble, frágil, extremadamente sensible a todo. Solitario. En toda su vida, que se despliega ante él sin relaciones sentimentales, sin grandes amistades ni historias especiales que legar, sin logros épicos ni mayores tragedias, computando simplemente el esfuerzo diario de los horarios laborales, el placer de llegar a casa y descansar, la rutina deseada y tranquilizadora, las ínfimas satisfacciones cotidianas más allá de las cuales no pide ni ambiciona nada más, sólo ha contado con su madre y con su hermana, a la que ama con locura. Igual que a su sobrina, por la que se ha desvivido desde que nació, a la que desde que nació, cada año, cada día, ha cubierto de regalos y de atenciones, a la que ha contribuido como nadie a malcriar hasta convertirla en una adolescente arisca que siempre que tiene posibilidad demuestra cuánto le odia. Hasta ahora bastaba con esto, su vida miserable y bondadosa se compensa así, y en ella no cabe el más mínimo pensamiento de pérdida. No puede ser que su hermana se esté muriendo, es sencillamente imposible de concebir. Existe sin embargo la sospecha en su corazón de que el día que ella falte él se disolverá en cuerpo y espíritu. Volverá al alcohol (porque ahora no bebe tanto, ahora todavía lo controla) y se dejará ir sin reproches ni ataduras ni sentimiento de obligación con nadie. Ni siquiera con su sobrina. La niña quedará en manos de su cuñado, sabrá apañárselas. O no, pero a él no le quedarán fuerzas para luchar por nada. Las únicas que tiene las emplea en levantarse muy temprano, asearse, peinarse bien y ponerse sus impecables pantalones con raya, su anillo de pedrería en el dedo meñique. Intenta no hacer ruido. Su madre, su hermana, el marido de ésta y su sobrina aún duermen. Es la mañana de Reyes, y dentro de unas horas llegarán los camilleros.

Durante el camino de vuelta, va sólo fijándose en la luz roja del coche que está delante de él en la carretera. Es como mirar una farola con los párpados entrecerrados para que el amarillo se extienda. La ha dejado sola, en el hospital, como todos aseguran que es mejor, ha permanecido a su lado hasta el último momento permitido y ahora va pensando que es más que probable que no cambie nada en un año, o en cinco, o en toda su vida, y se vaya consumiendo poco a poco la espera, que en realidad nunca fue tal porque en el fondo es consciente de que si el cáncer ya se ha expandido cualquier remedio que intenten será inútil y la esperanza no traerá ninguna cura. Esto lo ha intuido siempre, desde el primer diagnóstico, por eso los días no pueden ofrecerle nada, no van a traer ya nada más que los últimos momentos de compañía que les queden. La casa está vacía desde esa misma mañana en que se la han llevado, y qué puede hacer él cuando una casa ya no es la morada. Pese a todo llega de nuevo allí, sabiendo que las estaciones a partir de entonces dejarán de transcurrir y que se celebrará constantemente una fecha estancada porque allí siempre será día de difuntos, y aprieta el botón del ascensor. Considera por un instante que las mañanas todavía pueden ser agradables porque piensa en su hija y se conmueve, mira la puerta de entrada y es la misma que ha dejado atrás por la mañana —*cómo es posible*—, pero sabe que en los atardeceres tendrá que enfrentarse otra vez a las luces más violentas y al recuerdo de su nombre, la cama vacía y la noche tras la ventana. Se le caen las llaves de las manos y están frías, están solas, se obliga a soportarlo y se obliga a recogerlas pero la puerta de esa casa ya es extraña para él, ya no existe, y le pende de una tela chorreante la memoria y el terror más absoluto de repente sobreviene con la certeza de que su mujer está durmiendo sola en una cama de hospital y en cualquier momento llamarán por teléfono. Nunca antes tanta tristeza. Con la garganta entre alfileres, al final del día de Reyes allí agachado contra la puerta mientras se hace de noche, espera y reniega y maldice y ruega que todo termine cuanto antes.

El marido no se separa de su cama, todos los días acude al hospital después de dejar a su hija en el colegio, de modo que es su cuñado

quien se encarga de recogerla por las tardes. Hacen el camino en silencio, ninguno de los dos busca consuelo en el otro, quizá el tío algo de descarga sobre la sobrina, egoísta, inútilmente, como si él fuera el niño y ella la adulta precoz o sabia que siempre guarda silencio hasta que pronuncia «fuego» y algún objeto arde. Carga con su mochila llena de libros, como si ése fuera el único gesto compasivo del que es capaz. «Tienes que hacerte a la idea de que algunas cosas no se pueden curar», le dice, sin que ella le haya preguntado nada, y al instante se arrepiente de escucharse. O no. «Podrás ir a verla mañana», se apresura a añadir, «con tu padre, después del colegio». Y no sabe si eso para ella supone alivio o condena.

«Llévate la chaqueta, fuera hace frío...». Intenté llegar deprisa hasta la silla y no mirar mientras se descorrían sin voluntad sus párpados, que me parecieron como las cortinas de una balconada inmensa desde donde sólo se veía un espacio en sombra color púrpura; sus dedos estaban colocados de igual forma que los de una virgen desmayada. Pero no existía la oscuridad, la luz aleteaba sobre el suelo y las paredes porque siempre hay tanta claridad en los hospitales por la noche, y además llegaba el sueño, tan despacio, a tocarle los ojos con su varita de serpientes. «Vámonos, volvamos a casa. Otro día podrás venir a visitarla». Así que alguien entonces me sacó de la habitación, o fui yo quien atravesó los pasillos de la clínica sin que nadie tuviera que decirme dónde estaba la salida, mi padre aguardando fuera con el paraguas en la mano y mirando a ninguna parte. Aquello era como un juego, y yo una niña bajando las escaleras que dejaban muy atrás la morgue. Frío, frío, caliente, caliente... Frío fue la última palabra que escuché de su boca, frío su cuerpo cuando me senté en el borde de la cama a mirar qué le traían las enfermeras y me di cuenta de lo poco que pesaban sus muñecas. Y querían sacarme de allí, qué poco sabían. Estaban las flores que habíamos comprado a la salida del colegio, encendidas como esferas de luz, y los cables milagrosos y los brillantes tubos de plástico que convertían la sangre en algo útil de nuevo... pero había algo más latiendo, los corazones que la lloraban, y era posible adivinar todas las cosas, esa noche, velando aquella sangre que muy

pronto se posaría bajo la tierra.

Está siendo un marzo muy lluvioso. Al llegar del colegio se tumba en la cama de la habitación de matrimonio sin quitarse el uniforme, sin preocuparse por arrugarlo. En la mesilla hay unas muestras de perfume abiertas que han manchado la superficie de cristal. Las toca levemente con los dedos, todas sus amigas huelen igual ese mes de días nublados cuando ella ya empieza a sospechar que no parte de la misma casilla de salida. Desde la puerta la suave voz de su padre le pregunta amablemente si quiere algo para merendar. Tantas meriendas vacías vendrán después, eso no lo sabe ahora, pero rehúsa. Le enternece de manera inexplicable imaginar a un hombre solo sosteniendo su paraguas bajo la lluvia, de pie frente a las puertas de una clínica, esperando la noticia que no va a tardar en llegar, porque es la imagen que irá siempre asociada a la figura de su padre. Aquel hombre que se marchaba solo a casa tras salir del hospital donde a su esposa algo le devoraba los huesos mientras una adolescente presenciaba cómo el mundo se caía. Se queda quieta, boca arriba, sabiendo en lo más hondo con certeza insoportable, aunque nadie se lo ha dicho ni puede asegurarlo todavía, que su madre jamás regresará a casa.

Marzo. Los idus.

Cuando más tarde la preguntaran o saliera la conversación, algo dentro de ella la llevaría a comentar que lo había sospechado desde la noche anterior cuando escuchó ladrar a los perros, cuando el primer timbrazo del teléfono la alertó. No pudo levantarse, su cuerpo no dio más de sí al ver a su hijo contestar y temblar cuan largo era, los hombros derrumbándose, en los ojos un brillo de aceptación más allá del impacto. Gimió el nombre de su hija, después otra vez, y otra más, cada vez más alto, sin ser consciente al principio de la amarga letanía a la que acababa de dar inicio, primero susurrante, después a gritos. Su hijo no puede hacer más que colgar el auricular, sentir el poder curativo de la espera que se resuelve y acudir a su madre, sostenerla

en esos brazos débiles y desposeídos mientras ella grita el mantra, apenas importándole no poder tenerse en pie, apenas deslizándose en su mente hasta explotar el relámpago de que lo que cambia el curso del universo siempre es una llamada telefónica de madrugada.

De pequeña, a menudo, pensaba con frialdad científica en el orden lógico en que morirían los miembros de su familia. La razón (o el deseo) le llevaba a concluir que primero sería su abuela, después su tío y finalmente, en lo que esperaba que fuesen muchos años más tarde, sus padres. Sin necesidad de reflexionar más detenidamente, caía en la cuenta enseguida de que prefería a todas luces que su madre fuese la última.

No puede imaginar cuando se entrega a su siniestro juego que el destino ha decidido recoger el testigo de su escala e invertir caprichosamente los términos de la pirámide.

Por supuesto, él es el encargado de darle a su hija la noticia en el colegio. Días antes, cuando los médicos le comunicaron que el fin era inminente, tuvo que llevarla a casa de su hermana para calmarla. No podía olvidar su llanto descontrolado por la calle, le aterrorizó. Aguarda ahora en la recepción del colegio, con su traje negro, las manos en la espalda y dos profesoras que han tenido con él palabras y gestos amables, a que una de las monjas suba a las aulas, pida permiso para entrar en la de su hija, la avise de que su padre ha ido a recogerla. Se pregunta si lo sabrá desde ese instante, si toda esa escenografía será la corroboración de sus sospechas. Es evidente que sí. Para qué si no iba a presentarse su padre en mitad de las clases. En cualquier momento espera verla aparecer por la puerta que da al *hall*. Tiene el corazón en un puño, siente la garganta en carne viva. No va a ser capaz de encontrar las palabras, todavía no sabe cuáles escoger. Ahora mismo estará ya bajando las escaleras, en silencio, al lado de la monja que quizá le ha rodeado los hombros con el brazo. Cómo va a decírselo. Las profesoras le han preguntado algo, él no puede responder; tiene la cabeza en otra parte, tan lejos de allí. Su hija surge en el umbral, le parece rubia y blanca como nunca antes. Le cruza la

mente un rayo. «Huérfana». Intenta, pese a todo, sonreír al verla. Alarga los brazos hacia ella, cree que debe sostenerla, o más bien apoyarse él mismo en su delgadez. Pero si es una chica lista... ¿a qué viene esa cara de sorpresa, es que no se lo imagina? ¿De verdad va a tener que decírselo, ponerlo en palabras? No hace falta. No sabe si ha llegado a verbalizar algo, pero la inesperada expresión de sorpresa se contrae de repente en otra que él identifica con el miedo, sólo un segundo, porque enseguida brotan las lágrimas no de los ojos de su hija sino de todo su rostro, es como si cada poro las produjera. Escucha palabras sueltas a su alrededor («es inevitable, es inevitable»), las profesoras quieren consolarla, abrazarla, y su cortesía le obliga a tratar de contestar aunque sea vagamente. ¿No debería ser él quien abrazara a su hija en esos momentos, no debería ser él quien encontrara las mejores palabras de consuelo para ella? Y entonces, con otro rayo repentino lo comprende: la muerte de su mujer no es sólo su muerte; es la muerte de todos.

Han salido del colegio por la puerta principal y en la calle una anciana desconocida ha apretado su brazo al verla llorar, como si fuera perfectamente reconocible el motivo, en un gesto que ella no olvidará jamás. En el coche, camino al tanatorio, comienza a atisbar el punto de no retorno que acaba de caer sobre su vida entera, pasado y futuro, pero los términos son tan inabarcables que no puede concebirlos ni entenderlos todavía. Los días y años más oscuros no serán ésos; vendrán más adelante, cuando toda la carga se desplome sobre ella y la inflexión del antes y el después se haga, en el día a día, irrefutable.

Según le cuentan después, su tutora da la noticia a la clase y pregunta quién quiere ir al cementerio. Uno a uno se van levantando todos sus amigos hasta que más de la cuarta parte de la clase está en el estrado y las monjas tienen que alquilar un microbús.

La abuela contempla sus pocos vestidos colgados del armario. No tiene que hacer el esfuerzo de elegir, porque todos son negros. De cada uno, sin embargo, recuerda con exactitud una fecha, un difunto. Cuál ha de

escoger para que vaya asociado para siempre a su hija, para ya no quitárselo nunca. Eso piensa, mientras regresa el llanto a las manos y la debilidad a todo un cuerpo demasiado viejo ya para aguantar. Ha de ponerse un vestido de luto por su hija muerta. Y también piensa otra cosa, entre velos, de manera algo opaca pero implacable ahí está ese pensamiento, quizá cruel y vergonzoso aunque clarividente y exacto: que no lo habría sentido tanto si hubiese sido su nieta en lugar de ella.

Para qué detenerse en la llegada al tanatorio, la vuelta a casa, la elección de lápida, el entierro al día siguiente, el breve servicio funerario. Todo son nubes de opio que se disiparán en unos días. Sólo ha escuchado la escueta conversación de su padre con un hombre de traje negro que le explica por qué el mensaje «siempre te recordaremos» es más conveniente, más amable, que «nunca te olvidaremos». Su cara estaba concentradísima en cada palabra, su frente en tensión sopesando durante largo rato una decisión que quizá le vaya a acompañar de por vida. Le ha hecho caso finalmente, eso es lo que pone en la corona de flores. Ella prefería la segunda opción, la del nunca. Pero no ha dicho nada.

Hay un solo instante de terror en mitad de aquella nube narcoléptica, como un súbito abrir de ojos que minutos después de producido no se revela como espanto sino como mero equívoco, y es cuando a la salida de la iglesia ve a uno de sus primos, el mediano, el que sus tíos consideran el más sensible de los tres (se lleva con él cinco años, de modo que en ese momento tiene dieciocho), apoyado en el portón buscando una oscuridad donde nadie le moleste, incapaz de contener el llanto. Enseguida su tía y su padre se hacen cargo de él, le abrazan, le calman. A ella le impacta profundamente verle así, tanto que llega incluso a pensar que está llorando por otro motivo, que está enfermo, que va a suicidarse y nadie va a poder evitarlo. Qué locura pensar algo así. No entiende que el chaval simplemente está llorando porque su tía ha muerto y su prima pequeña se acaba de quedar huérfana. No, para ella el motivo de un llanto ha de ser algo gigantesco, olímpico,

imposible de abarcar por una resistencia humana. Su primo la mira fijamente y ella siente horror. «No estás enfermo, no te vas a suicidar, ¿verdad?».

Una de las monjas le sugiere llamar por teléfono y hablar un rato con su padre. La acompaña hasta el enorme *hall* del centro, donde en un rincón hay un pequeño pasillo con dos cabinas. No tiene nada que objetar, de modo que obedece y marca el número de su casa, sin ganas ni convicción.

—Hola, papá... ¿Cómo estás?... Bien... He comido en el colegio... Sí... ¿Vendrás luego a buscarme?... Bueno... Adiós... Hasta luego...

Y ahora la voz se le atraganta, se quiebra un segundo antes de colgar y reza porque su padre no lo haya sentido. Abre las puertas de la pequeña cabina de madera y mira sin expresión a la monja, que le sonríe con una dulzura tan piadosa como inservible y la acompaña de nuevo al aula. «No te preguntes por qué; pregúntate para qué». En ese momento su consejo le resulta de una ingenuidad enternecedora. Tardará veinte años en comprenderlo y reconocer en él una verdad quirúrgica, monstruosa, cegadora.

En el colegio se siente revestida de cierta dignidad antes insospechada. Parece como si sus compañeros la miraran de repente con respeto y temor, porque ninguno de ellos se imagina lo que es quedarse sin madre a los trece años. Ella tampoco. Sus amigos más cercanos tienen en la cara una expresión distinta en la que se refleja no tanto la pena como la curiosidad por lo que hará a partir de ahora, en quién se convierte uno cuando su madre muere, algo así como el que alejadamente disfruta de una ficción prodigiosa a la que ninguna otra se le puede comparar ni acercar siquiera. Pero habrán de pasar todavía años para que la hija lo comprenda, para que realmente sea consciente y tenga el valor de admitir la deuda y el tributo que llevará dentro durante décadas, como una marca que no la abandonará nunca, el agradecimiento pese a todo porque sin esa historia qué persona hubiese sido, qué vida habría tenido. Entonces considerará todo lo anterior una serie de pasos necesarios para convertirse en lo que quizá nadie quiso que fuera, o para llegar a ser alguien en quien

se cumplan todos los deseos. Pero de momento permanece en silencio, sin sopesar nada. Hay frente a ella dos caminos. Todavía (habrán de pasar años también para esto) desconoce que el amor es un gran bálsamo, y es justo de lo que carece y escapa. Sin ser consciente, o quizá un poco, pone el pie en el camino más áspero y empieza a avanzar.

La primera bronca llega sin avisar, un día cualquiera. Es verano porque su sobrina sigue durmiendo pese a que ya ha pasado la hora de comer y el padre, que cobra una pensión de viudedad y no sabe en qué ocupar las horas del día, no está en casa, pero a nadie le sorprende porque se ha establecido un sistema extraño de convivencia en el cual, básicamente, cada uno hace lo que quiere e ignora a los demás. La abuela también dormita en el salón. Él, sentado en su sillón, fuma un cigarrillo tras otro hasta que escucha la puerta abrirse.

Intuye algo, no tanto que su cuñado llegue un poco bebido o de mal humor, sino algo más profundo, como una oleada de enajenación y desarraigo que le sacude por primera vez desde la muerte de su hermana. ¿Qué hace él aquí? ¿Por qué sigue viviendo con ellos? ¿Por qué no coge a su hija y se marchan al piso que permanece cerrado y a nombre de su hermana, ahora heredado por su sobrina? Sin saber muy bien cómo ya se ha desatado una tormenta que en realidad todos llevaban meses esperando. Su cuñado ha empezado a vocear desde el pasillo en cuanto ha visto que la niña sigue durmiendo a las cuatro de la tarde. Pregunta a su abuela por qué no la ha despertado, ésta replica airada que por qué no ha venido él a comer y él responde que no tiene que darle explicaciones a nadie de a dónde va ni de lo que hace.

La niña ha debido de despertarse con los gritos pero no aparece enseguida, tarda un rato en salir de la habitación tan despacio como si nada de aquello fuera con ella y ahora él la observa dirigirse hacia el baño mientras aplasta la última colilla. No sabría justificar por qué pero se mete en la discusión, quizá sólo para dar salida a esa amargura que le viene a la garganta como bilis o expulsar como en un vómito su torrente de despecho y rabia. Ni él ni su madre se dan cuenta de que

le están hablando como a un niño. Si vives aquí, respeta nuestros horarios. Si vives aquí con tu hija, hazte cargo de ella. Eres el responsable de que se levante a una hora normal y no se quede despierta hasta las cinco de la mañana. Hazte cargo de tu vida y no nos amargues más aún la nuestra. Se ha mareado un poco al levantarse, pero en el fragor de las recriminaciones que cruzan de un lado a otro el salón ni siquiera se ha dado cuenta de que su sobrina ha salido del baño y como un fantasma cauteloso se ha deslizado hasta la esquina del sofá. Se ha sorprendido al verla repentinamente de soslayo, ya sentada apretando un cojín en su regazo, blanca y pequeña pero dilatando la intensa luz de la tarde con su mera presencia en el rincón, dispersándola como una afilada piedra de toque. No mira a ninguno de ellos, no mira hacia ningún sitio. Parece como si mirara hacia dentro. Se le van por un momento las ganas de seguir hablando, se interrumpe, se siente incómodo y sin fuerzas. Ya no pretende discutir más, quiere que todos se callen y vuelva el silencio, pero entonces su cuñado da con la frase que pondrá fin a la orquesta desquiciada en que se han convertido, la pronuncia como un rudo director agitando la batuta sin piedad en un último movimiento: «¡¡Al final conseguiréis que coja a mi hija y me largue!!».

La piedra se hace añicos como si la hubieran estrellado contra un cristal y el cristal permaneciera intacto. Y toda la luz se derrama por el suelo, desde sus ojos y sus propias manos, desposeyéndole. Escucha a su sobrina romper a llorar de puro nerviosismo reprimido, toda la tensión acumulada durante semanas explotando de repente y agitándola en espasmos, haciendo que suplique «¡basta!» en un solo grito. Todos enmudecen un segundo, pero enseguida percibe que la reacción es diferente en cada caso: su cuñado responde adjudicándose la victoria —«¡Qué bonito, ya la habéis hecho llorar, esto es lo que queríais!»—; a él ese quejido le acaba de desgarrar el alma. Es ella, de este modo, la misma niña blanca y delgada que ahora hipa incontrolable abrazada a un cojín, quien obliga y ejecuta. Así lo ha percibido siempre: una palabra suya y brotará el fuego o se impondrá el silencio. Sólo una palabra suya servirá para desarmarle o conducirle hacia cualquier batalla.

Esa misma noche, le ve cerrando la puerta de la habitación de su hija y susurrando torpemente: «No quiero que te preocupes por nada». Y puede imaginarse la cara de desconcierto que habrá puesto ella ante tamaña estupidez. Cómo puede tener un padre tan cretino.

Desde su rincón, la hija contiene las lágrimas. «Algún día tendré que escribir todo esto», piensa, sin saberlo todavía pero intuyendo que el tiempo le traerá cuando así lo desee la fórmula exacta, «algún día me sentaré a escribir todo esto, no sabré cómo, pero sencillamente las palabras brotarán solas», y siente crecer la necesidad en sus entrañas.

Pero no siempre fue así. En esta casa, antes, se oían risas, charlas, visitas. La niña reía con todo, cuando no estaba escribiendo sus cuentos y luego nos reunía a todos en el salón para leérnoslos en voz alta. Qué cuentos escribía, sobre animales que hacían todo tipo de cosas o viajaban por el mundo. Y en Navidades, en Reyes, en los cumpleaños, la casa se llenaba de voces alegres, su madre en mitad de todos, disponiendo y organizando las cenas o los postres, las tartas que traía su tío, los regalos al lado del Nacimiento (¡la de juguetes que acumulaba!)... No siempre estos pasillos fueron un claustro de silencio y de pena. Antes, cuando estaba ella, hablábamos, reíamos, nos íbamos de vacaciones a la sierra, a todas horas se escuchaba la música de los discos de mi hijo, la ópera por las mañanas, yo misma jugaba con la niña en el pasillo a la pelota, mientras sus padres iban a hacer la compra al mercado y su tío trabajaba todavía... cuando ella estaba... (saca su pañuelo y se limpia los ojos con suavidad) esta casa era una balsa de aceite.

En el cálido atardecer de finales de junio baja con su padre para ver el rodaje de una película que están grabando en la plaza. De pie, mientras repiten la secuencia de un chico de su edad corriendo calle abajo una y otra vez, toma conciencia de repente de la extrema delgadez de sus piernas bajo los pantalones cortos. Pero no es frío ni pudor, sólo algo externo a ella que no le pertenece. La plaza se va vaciando. Por la noche siguen rodando escenas hasta muy tarde, han puesto focos en una esquina y ella los observa desde la terraza, esforzándose en captar cada detalle del trabajo ajeno como si estuviese comprometida con ello. Se está iniciando algo que a los catorce años le resulta tan ficticio como si no le perteneciera.

Imagina tigres de color verde que tiran del carro del sátrapa de Persia. Llevan diamantes blancos en la frente y pulseras de oro alrededor de sus patas, y la mejor sensación que conocen es correr cuando amanece. Y las tres hijas del sátrapa cabalgan sobre ellos en el verano de los catorce años. Disparan sus flechas y huyen, mientras llueve todavía, para que el enemigo no pueda distinguirlas a través del agua.

Antes de llegar a la última línea de luz sobre el suelo, la más pequeña se gira y tensa su arco de nuevo. Va a asegurarse de que todos los pretendientes han caído.

Para que su hija disfrute del verano todo lo posible, decide llevársela unos días de vacaciones a la costa junto a primos y familiares. De camino hacia allí —han salido muy temprano desde casa de su hermana, cuando todavía era de noche— empieza a salir el sol sobre la carretera, y la anima emocionado a contemplar el que él cree que es su primer amanecer. No sabe que ya ha visto muchos amaneceres, demasiados, en todas sus noches de vigilia lectora.

Mientras la niña cena en el bufé libre del hotel a pie de playa —la

oye discutir en broma con sus primos, la ve de lejos sonrosada pese a que huye del sol siempre que puede y parece no divertirse nunca en el mar—, él se enciende un cigarrillo cada atardecer en la terraza del hotel, hace recuento en su cabeza de las broncas, empieza a pensar en irse pero también se debate en ayudar a su cuñado, ese hombre tímido y manso transformado por la tristeza, la soledad y el alcohol y que ha empezado a hacer excentricidades como pintarse la barba de negro y comprar toallas a juego para que no se aprecie si destiñe. Pero él sabe que no tiene la culpa, las desgracias encadenadas le han llevado allí, ese hombre es inocente, no tiene maldad, es sólo un enfermo necesitado de cariño. Aguantará un año más en ese hogar intoxicado junto a ellos, pese a que habrá más broncas, pese a que la niña y la abuela no se soportan porque ésta no puede tolerar ni sus risas ni que traiga a alguna amiga a casa, cuando una acción tan inocente como pegar pequeños recortes de revistas en las paredes de su mueble cama es recriminada con amargura y casi con inquina: «¿Dónde está tu madre? ¿Por qué no la pones a ella?», y quizá sólo busca algo de atención cada vez que la reprende haga lo que haga, ninguno de sus comportamientos le parece bien sea el que sea. Después suplica que alguien venga a poner orden en esta familia, como si fuera posible componerla de nuevo cuando él la contempla hecha añicos.

Me dormí, aquel verano, sosteniendo *La Odisea*. Era siempre la hora en que zarpaban las naves aqueas con sus enseñas celestes contra el aire impecable de los puertos. Estación por estación recordamos. A los catorce años me hice amiga de Telémaco atolondradamente, que es la infalible puntería de los adolescentes; me encantaba que se refiriera a Atenea como «la de los ojos glaucos». Sólo eso me parecía una cúspide. Y el hecho de ser el favorito de la diosa también me maravillaba.

Yo a los catorce años aún no conocía el mar, nunca lo había visto, pero sí todas las horas de la noche, con sus nombres antiguos —*prima*, *quarta*, *conticinium*—, hasta la primera luz. El tesón de Telémaco se ganó mi respeto mucho más y mucho antes que el de Ulises. Conocí el mar junto a ellos, supe de su arrebato, de su silencio y de sus indultos

casi mejor que cuando lo tuve delante. Ahora todos los veranos me parecen un lento regreso a Ítaca cuando la luz, *albente*, toca su primer reflejo sobre el agua para brindarnos la lección más fácil y engañosa: cómo recordar lo perdido sin dejarnos llevar por la cólera o la prisa y aceptar, en suma, lo más difícil: que no perdimos nada, ya que nada era nuestro.

Van todos juntos a un parque temático cercano a la costa. Su hija se divierte montando en las atracciones de agua con sus primos y ríe cada vez que su tito consigue en los juegos de puntería un nuevo premio para ella. Cae la noche y algo les ha hecho separarse, quizá los chicos prefieren subir una vez más a la montaña rusa, su madre está algo cansada y la niña tiene hambre, así que se dirige con ella a una cantina de ambientación mexicana que no es más que un *self service* bastante desangelado de burritos y frijoles y tipos disfrazados con grandes sombreros. En silencio ambos cogen sus bandejas y se sientan a cenar en mesas de madera al aire libre donde la gente canta los estribillos de las rancheras y aplaude la actuación. Mira de reojo a su hija y en el fondo no se sorprende de que parezca más abstraída que nunca y apenas pruebe su fajita, pero el nudo en la garganta le impide hablar y además tampoco le escucharía en mitad de tanto ruido.

Después padre e hija suben a la sierra a pasar el resto del verano y al encontrarse con sus amigas, prácticamente niñas todavía, todas forman un semicírculo alrededor suyo, como esperando que hable con una especie de sabiduría recién adquirida. Está arrodillada en el césped de la piscina y todas aguardan y la miran sin que ninguna sepa romper el silencio. La escena la incomoda y al mismo tiempo le produce una comicidad amarga y trágica como si fuera un remedo grotesco de la última cena o del sermón de la montaña y ella la figura mesiánica que se dispone a enseñar a sus discípulos verdades inalcanzables. Pero no sabe nada; no tiene nada que decir.

Por las noches se queda escuchando desde el portal las conversaciones que mantiene su padre con los demás padres. Hablan mientras terminan de cenar en las terrazas y ella puede oír cada

palabra desde la calle. Se queda muy quieta escuchando tras los rosales. A veces le llega la voz enfurecida de su padre. Otras parece que gimiera como un niño. Quiere y no quiere marcharse. Sus amigas ya están en sus casas, es tarde. Y ella permanece en la sombra del portal escuchando, llaves en mano, sabiendo que no es mejor la opción de subir a casa y encontrársela vacía y a oscuras.

Sus amigas intentan ayudarla pero no son capaces de acceder a ella ni de comprender nada. En la corta, inocente medida de sus posibilidades, transmiten su desasosiego a las chicas mayores que ellas suponen adultas experimentadas. Unas y otras no son más que chiquillas ajenas a los profundos ritmos abisales que nunca han visto ni sospechan, porque el suyo es otro nivel incognoscible, otra esfera a la que nadie puede llegar si no es a través de una situación exacta que proporcione el mismo dolor como peaje hacia un territorio impenetrable. El camino hacia ella no sólo es hermético, sino invisible.

Sin pensar en nada, echa una moneda tras otra en la ranura. Una moneda por cada día que ha pasado sin ella, por cada minuto. Son muchos ya, así que cambia más billetes en la barra. La ranura de la máquina es el propio sumidero del tiempo; la palanca, las tijeras de la Parca. Él la acciona, se convierte en ejecutor. Tres frutas de colores, luces, música: la Parca ríe satisfecha con su ofrenda. Pues subamos la apuesta. ¿Qué hora es? ¿Cuántas copas se ha bebido? Su hija estará todavía en el cine de verano con sus amigas, o quizá ya ha llegado a casa... Debería irse él también. Una moneda más, todavía no se han cumplido todos los minutos sin ella; cada minuto que pasa debe echar otra moneda para apaciguar la guadaña. Dónde estás, amor. ¿Estás encerrada en esta máquina? Te dejé en un hospital, tan pálida. Dónde estás ahora...

—Papá.

Ha notado que le tocan suavemente la espalda pero se gira asustado. Y allí está su hija intentando sonreír aunque ya nada le quita ese miedo de los ojos que parece haberse instalado en ella para siempre.

Se desarma de nuevo al mirarla, la presión le hace daño en la garganta.

—Papá, vámonos a casa.

Por supuesto. A casa. A una casa donde su mujer ya no estará, ni en esa ni en ninguna otra. Pero vámonos. Cógeme del brazo, sostenme, no dejes que tropiece, he bebido un poquito, no mucho, sólo un poco. Vámonos, hija mía, aquí me tienes, puedes contar conmigo para volver a casa y no estar sola. Y así ambos atraviesan el pueblo vacío y en silencio, la noche alta en el cielo y en sus corazones, la niña callando y sin querer creer pero comprendiendo, el padre agradecido pese a todo y pese a todo tratando de hablarle, de hacerla reír, aplacando el dolor como puede, sintiendo que su vida empieza a ralentizarse.

Para los demás es una tarde gris de finales de agosto, una de las primeras tardes nubladas del verano. Hace algo de fresco, nadie se baña en la piscina, ni siquiera ha ido hoy mucha gente, sus amigas y ella están sentadas en los bancos del fondo tapándose los hombros con las toallas. Todas ríen con las tonterías que dicen los chicos, ella desea con todas sus fuerzas prestar atención a cualquiera que sea la estúpida charla que tanto les divierte pero se encuentra con que no puede apartar la vista de algo fijo que tiene delante, nada en concreto, simplemente el gris del cielo o el movimiento de las ramas. Por qué se ríen. No es capaz de escucharles. Una especie de cuchillo le está rajando la garganta en dos mitades. No quiere estar allí. No puede. Algo la está empujando hacia arriba y hacia adelante, una inmensa roca subiendo por su esternón, tiene que llevarse las manos al pecho allí donde el dolor clava sus garfios y se abre. Se levanta en mitad de la conversación, dice que no se encuentra bien y que prefiere irse a casa. Nadie la sigue. Atraviesa las calles sola hasta llegar a su portal, quizá el nudo se está empezando a disolver desde los ojos, aprieta el paso, se ahoga y se concentra en atrapar el aire a bocanadas, qué le importa si la ven los vecinos y lo que puedan decirle, abre la puerta temblando y se encuentra a su padre sentado solo a la mesa. Hace pese a todo el mismo esfuerzo de Sísifo para sonreírle. «Me he venido

porque me dolía un poco la tripa», y se mete en su habitación abrazando su roca, sintiendo su propio cuerpo como proyección de la misma tarde, la soledad en términos astrales, el don maldito desplegando sus espinas en torno a las sienes.

Se levantan. La hija sale pronto de casa. Su padre también. La abuela se levanta. Se sienta en su sillón. Prepara la comida tan temprano que se quedará fría y seca y tendrán que calentarla cuando vuelvan a mediodía. Su hijo se despierta sin hablar. Permanece callado toda la mañana. Dormita en su sillón. Se levanta a traspiés de vez en cuando. Tiene una botella escondida en su armario. Echa un trago. Vuelve a su sillón a fumar. La niña estudia por la tarde. Escucha música. Lee. El padre ve alguna película en su habitación, a solas. Cada uno se prepara algo de cenar. Se acuestan. El hermano se queda en su sillón, fumando a oscuras. A veces se queda dormido toda la noche, con la colilla entre los dedos, casi inconsciente de puro ebrio. Se levantan al día siguiente. Repiten exactamente las mismas acciones. Son profundamente infelices.

Ha quedado con alguien de su antiguo trabajo a quien no ha vuelto a ver en muchos años y le gustaría causar buena impresión, que no se fije demasiado en su aspecto pasado de moda, el anillo en su meñique, el tinte negro de la barba. Sabe que tiene una hija, quizá llevarle alguna de las películas de dibujos animados de su sobrina puede ser un bonito detalle, si se la regala pensará de él que es una persona atenta, que se acuerda de que tenía una hija, alguien dispuesto a desplegar gestos de cortesía que ya no se ven en mucha gente. La mirada gélida de su sobrina le sorprende mientras está examinando los lomos de las películas perfectamente ordenadas en la estantería. No le dice ni una sola palabra pero su mera presencia en el umbral de la puerta le basta para claudicar, coger las llaves en silencio y marcharse a su cita con las manos vacías.

Ahora que conoce su nombre podría sucumbir a ella todos los días, interrumpiendo si quisiera cada clase o el momento en que les obligan

a correr en círculos por el pasillo del colegio. Siente subir la presión de la ansiedad como una náusea mientras busca su mochila en los vestuarios y más tarde, en casa, cuando trata de concentrarse en sus deberes a la vez que escucha a su abuela murmurar por el pasillo empeñada en sumergirles a todos en el luto, pero también cuando quiere apartar de sus oídos los consejos de quienes desearían que volviera a reír. No puede hacer ni lo uno ni lo otro, se asfixia con la cabeza tanto dentro como fuera del agua. Tiene que buscar un camino distinto, el que será suyo desde ese momento y hacia no sabe dónde ni hasta cuándo, y si permanece incólume y ciega no es por frialdad sino por puro instinto de supervivencia.

Quizá nunca debió irse del pueblo, por muy prometedora que resultara para su hija la vida en la ciudad. Dejar la cercanía de las tiendas y las casas bajas de los vecinos, el cielo ampliamente extendido como un pergamino azul, las tardes de vendimia recogiendo uvas hinchadas y calientes, las calles apenas asfaltadas y las enormes fincas de amigos y conocidos que le regalaban quesos y melones una vez al año pasada la romería, todo cuanto ella apreciaba y medía y era capaz de comprender, y cambiarlo por esto, por esta vida, la ciudad monstruosa, los coches que le daban miedo, el mercado al que nunca iba y las interminables avenidas llenas de humo por las que nunca paseaba. Muy lejos, entre amarillos campos de cultivo y molinos de viento, se habían quedado sus primos, sus tíos, la familia que le quedaba y de la cual parece que su hija quiso salir huyendo en cuanto tuvo edad suficiente. Y así se lo propuso, recién fallecido su marido, con el que ella, no lo duda, siempre había tenido más apego: «Quiero irme de aquí, quiero estudiar en Madrid, buscar un trabajo, comprarme una casa, establecerme allí». Y más aún: «Necesito marcharme». No pudo entenderlo entonces, qué era aquello de lo que su hija necesitaba alejarse con tanto empeño. Pero accedió. Le desgarró ver a su hija mayor marcharse sola a Madrid, y a la vez admiró su empuje, su valentía, su inalterable decisión de construir una vida que pudiera llamar suya, ganada, una mujer sola en la capital que no conocía a nadie y quería hacerse dueña de cuanto tocara. Lo

consiguió en poco tiempo, ella misma fue testigo de sus avances a través de las cartas que no dejaba nunca de escribirle. En una de esas cartas le pidió que se trasladara a vivir con ella, a una casa de la que ya había pagado la entrada, y que se trajera también a su hermano pequeño, que acababa de cumplir diecinueve años. En Madrid rebosaban las oportunidades de todo tipo, en sólo dos años había llegado a ser mando intermedio de una empresa de alquiler de coches y estaba segura de que su hermano también encontraría ofertas, muchas más que en el pueblo. «No os quedéis allí», suplicaba. «No os marchitéis entre mediocres y envidiosos». De nuevo se plegó a los deseos de su hija, cómo resistirse a hacerlo, de nuevo se desgarró en silencio al ser consciente de que iba a abandonar su casa y sus lindes jamás traspasadas, para quizá ser devorada por la ruidosa máquina urbana o en el mejor de los casos permanecer recluida en un piso de altura inconcebible y dejar pasar los días en un ambiente imposible de ser reconocido y aceptado como propio. Pero se fueron, ella y su hijo, cruzaron el umbral y echaron el cerrojo, ella convencida todavía de que sería algo temporal y él excitado con la idea de volver a ver a su hermana por fin y con la perspectiva de tener su juventud a estrenar bajo las luces de la capital. Encontró trabajo enseguida en una ferretería en plena Gran Vía, ascendió en pocos años a gerente con despacho propio, le deslumbraban las tiendas de ropa y discos, los cines y los teatros, su hermana empezó a verse con un chico que parecía simpático después de rechazar a varios pretendientes, estaba cada día más ilusionada y orgullosa, trazaba planes, se movía por el laberinto con la absoluta confianza de quien conoce hasta su último resquicio, ni se acordaba de su vida en el pueblo. Fueron los años más felices para ambos, y aunque la abuela nunca se acostumbró a la ciudad, su hija lo llenaba todo.

Hubo otro niño con su mismo nombre, algunos años antes de que él naciera. Su madre apenas hablaba del bebé fallecido, sólo a veces suspiraba largamente el nombre compartido por ambos añadiéndole un diminutivo que a él nunca le correspondió. Lo poco que sabía de su hermano muerto a los pocos meses de nacer era que fue un bebé aparentemente sano, rollizo, sonriente. «Y después llegaste tú, todo

largo y serio», le escuchaba comentar a su madre como si le culpara a él directamente si no de la desgracia al menos sí de ser *el otro*, el nuevo intento con el que conformarse después de la pérdida de un primer hallazgo perfecto. Y ahora ella, quizá, también adaptaba esa misma amargura a la nueva situación cada vez que observaba de reojo, entre el anhelo y la lamentación, a su nieta o caía en sus oídos el frecuente comentario que la comparaba con su hija. «Es más al padre», solía responder, grave, casi ofendida, ciega e incapaz de reconocer en la niña cualquier similitud física o de carácter, por mínima o evidente que fuese, con el irrepetible modelo original.

Tiene la impresión, cada vez que atraviesa la puerta, de que en esa casa se está acabando la luz, está siendo absorbida igual que el oxígeno, cada vez hay menos luz. La semana entera se evade con las tareas de clase, y cuando no puede soportar más ese ambiente huye, se escapa los fines de semana a casa de su tía, la hermana de su padre, donde ve películas con sus primas, cena hamburguesas, la llevan a tiendas y a librerías, no escucha gritos ni reproches. También está allí su yaya, una mujer que no entiende la tristeza ni quiere que nadie se la explique. Ella la siente como una abuela de verdad, que de pequeña se paseaba hasta su casa para llevarle cruasanes, que ahora habla y se ríe con ella, que le pregunta por los estudios y por los chicos, que cuando muera, muchos años después, lo hará como después de haberlo dejado todo listo para poder irse: su nieta pequeña con trabajo y pareja estable, preparada al fin para cortar su último vínculo y seguir avanzando ligera.

Durante estas amables treguas no se acuerda tampoco de su padre, solo y sin nada que hacer en la triste compañía de su tío y su abuela, y cuando viene a recogerla los domingos por la tarde nada se parece más a la sensación de volver a la cárcel. Si en algo piensa durante el descanso de los fines de semana es que en todas las películas, las series y los libros, a los muertos les es concedido regresar al mundo de los vivos durante una noche, o un momento, o son capaces de comunicarse con sus seres queridos de las maneras más eficaces. Sin dar ningún miedo, entre vapores suaves y música de ángeles como

trasfondo perfecto a un final lacrimógeno, extienden su mano hacia las suyas, les envían mensajes, les dejan claro que cuidan de ellos. Eso la enfurece hasta el extremo. No soporta presenciar todas esas maravillosas visitas de ultratumba y esos abrazos figurados a fantasmas blancos y limpios que sonríen y se marchan después de dejar claro que siguen vivos. No va a poner cuidado en escuchar cada susurro de la casa, en vigilar cada sombra de la habitación vacía tras las cortinas. No se quedará muy quieta hasta que crea sentir un súbito cambio de temperatura, un ligero escalofrío, un soplo, un pálpito, un mensaje dirigido a ella. Nunca va a echar un último vistazo esperanzado a la negrura del fondo del pasillo antes de cerrar la puerta de su habitación y meterse en la cama. Si al menos los muertos pudieran volver. Si pudiera ver por fin a su fantasma allí de pie mirándola, alargándole la mano. «¿Qué ocurrió? ¿Sufriste? ¿Tuviste miedo en algún momento?». No le importaría recibir una visita así, pero lo verdaderamente aterrador es que eso no va a ocurrir nunca. El esplendor de lo sobrenatural se queda en los cuentos y poemas, en las películas malas y en las obras de Shakespeare. Qué sorpresa se van a llevar los que creen en las falacias del cine y la literatura cuando se sientan dentro de una caja y no puedan abrir los ojos.

Piensa, por otra parte, que el hecho de que los muertos resuciten no tiene nada de terrorífico. Lo terrorífico es ver llegar el momento en que deseamos resucitarlos.

Nos doblamos, entonces, como árboles hacia el pasado, hasta rompernos.

A cada uno de ellos le ofende ya no sólo el dolor ajeno, extraño, de los desconocidos o de los personajes de ficción o de las víctimas de cualquier suceso que ven en las noticias; les irrita incluso el dolor del resto de componentes de ese microuniverso insano que han construido a base de silencio y en el que todos se nutren día tras día de las mismas raíces podridas, respirando los mismos focos de incendio. Cada uno de ellos es una isla incomunicada; los cuatro forman un archipiélago a la deriva en el fango, y para cada cual no existe —no

puede existir— un dolor más grande que el suyo. Insinuarlo simplemente es injurioso, imaginarlo es imposible. El viudo, la madre sin hija, el hermano abandonado, la huérfana. Todos caen sin sostenerse. Ninguno ve al otro.

¿Y quién la sostenía a ella mientras estaba viva, los últimos meses, los últimos días? Pero todavía está muy lejos de pensar en esos términos: dejar de llorar por lo que ha perdido y empezar a hacerlo por lo que ya nunca va a poder vivir su madre.

En toda su vida sólo la vio llorar una vez. Estaba sentada en el salón y acababa de hablar por teléfono con sus compañeros de trabajo, quizá les daba ahora la noticia de que no les vería en un largo tiempo. Segundos antes de colgar ya empezó a fallarle la voz; decidida como era no quiso que se le notara en ningún momento, habría sido para ella algo humillante. Miró brevemente el auricular inalámbrico, pulsó un botón y ya no pudo contenerse. La niña se retiró en silencio desde la puerta en cuanto vio que sus hombros oscilaban, casi temerosa de importunarla, y su madre se quedó sola en mitad del salón sollozando con la cara entre las manos.

A sus ojos, cada vez que la observa detenidamente, la casa se convierte en el estómago ondulante de un animal que respira, mastica y digiere. Las paredes menguan y vibran, ella ve el pasillo alejándose y las puertas retorciéndose como si se consumieran entre llamas mientras todos permanecen quietos en el salón frente a la tele. Su abuela tiene la vista clavada en el suelo, su tío se ha quedado dormido, su padre no pestañea. Se levanta y con sus manos intenta tranquilizar a los tabiques, los acaricia despacio para calmarlos y nota cómo el dolor los recorre como el agua hirviente de las tuberías. La habitación de su madre cae y se repliega sobre sí misma, doblándose en un gemido, y las sombras se ciernen espesas desde el armario de luna hasta la cama.

Se despierta sobresaltada al escuchar gritos de su nieta muy temprano,

cuando ya debía de estar saliendo para el colegio. Se esfuerza en incorporarse lo más rápido que puede y en echarse la toquilla sobre los hombros, ya es octubre y sus huesos notan el frío de las mañanas, y al obligar a su cuerpo a vencer la confusión y dejar de temblar para abrir la puerta y avanzar los pocos pasos que la separan del cuarto de baño, la ve intentando sostener el cuerpo de su padre reclinado sobre el taburete. Él emite un sonido entrecortado, una especie de ronquido. No comprende bien qué hacen hasta que en un fogonazo de desconcierto recuerda que ese verano tuvo un desmayo en la sierra, una bajada de tensión sin importancia, le dijeron. Su hijo viene corriendo desde el fondo del pasillo justo cuando ella acierta a llamarle, es quien se encarga de levantar a su yerno y cargarle como puede hasta la cama, su nieta sigue gritando y ella en su parálisis sólo siente que sus piernas se doblan negándose a sostenerla; se queda apoyada en la ventana de la terraza viendo cómo se lo lleva la ambulancia, las manos en la cabeza y los hombros derribados, rezando.

Toda la mañana se concentra únicamente en el capítulo de la Edad Media de su libro de historia. La torre del homenaje, los arcos de medio punto, la Guerra de los Cien Años. Amago de infarto. El arcipreste de Hita. Los monasterios de Suso y Ayuso entre la bruma. Su tío llamando por teléfono, contactando con el mejor cardiólogo. Las lágrimas del Cid, las espadas chorreando sangre, las miniaturas de las biblias. Su abuela llorando en la terraza, qué imagen tan extraña. El dragón de Sigfrido. Sólo cinco minutos y no habrían llegado a tiempo. *Recuerde el alma dormida.* Carlomagno. Las danzas de la muerte. Estandartes reales. Tambores árabes. Marcapasos.

Recuerda extrañamente que los días que sucedieron a la muerte de su madre también empezó a interesarse por la historia. Los imperios, sobre todo, y su declive. Leyó a Hitler para saber a lo que tenía que enfrentarse. Buscó información sobre el maravilloso fanatismo por la vida de los hombres del medievo y envidió las biografías de los comerciantes de la seda. Incapaz ahora de mirar la pequeña protuberancia que late bajo la piel del pecho de su padre, le da por

pasarse horas tumbada boca arriba en la cama sin hacer, el pelo desplegado hacia atrás como un abanico, mientras piensa en cómo la había escuchado relatar sus viajes por Europa. Cuando le preguntó a su madre cómo era París, ella respondió: «Como creer en Dios. Engañoso». También era meticulosa con los dardos.

Elegir el Leviatán será la constante de su vida. Si alguna vez experimenta etapas más o menos en calma, más o menos felices, caminará sobre ellas sin fiarse y considerándolas un breve paréntesis inoportuno y destinado a finalizar con la misma inmediatez con la que surgió. Detestará cualquier ancla que la aleje de derivas, llegará incluso a evitar tales periodos de tranquilidad, le producirán un rechazo violento que partirá de las mismas vísceras, como se agita desesperado un pez en cualquier otro medio que no sea el acuático. Así se retuerce ella en medio de la calma, incómoda, hostil a su propio bienestar, en espera siempre de que vuelva a surgir el Leviatán.

O callas tu tragedia o la utilizas para crear belleza. Ella escoge la tercera opción, escondida y compuesta, a su vez, de tres pasos: primero la abraza, en un intento desesperado de reconvertir maldición en privilegio; luego la sugiere, aferrándose a ella como justificado motivo de desdén hacia el mundo; y por último la silencia, hasta que su vida entera es una lucha por ocultar sus lágrimas y considera que ya ha prescrito su derecho a buscar consuelo. Con los años aprenderá el oficio hasta perfeccionarlo, como hicieron antes tantos otros; a veces lo usará para evadirse pero la mayoría de ocasiones caerá sin escapatoria, empeñada en lo bello trágico, en cómo las tragedias forman y sustentan maravillas.

Piensa en Poe, por ejemplo. La tragedia de un solo hombre puede suponer la felicidad de miles. ¿Sería, por tanto, lícito desear que sus desgraciadas circunstancias vitales hubieran sido más favorables? ¿Cuánto se habría perdido si, en su caso, la inspiración no hubiera surgido del obsesivo recurso del trauma? Lo imagina constantemente. El niño de apenas dos años acogido junto a su madre en una miserable habitación de Boston muy cerca del teatro en el que ella actúa,

presenciando de repente un furioso ataque de tos que la mujer es incapaz de detener. Se levanta, doblada, de la mesa donde se extiende su maquillaje y camina convulsionándose hacia él en un momento en que dos camareras de la pensión ya han entrado para socorrerla. El niño observa cómo el vestido de su madre va empapándose de rojo y sin duda ya contempla en su cara la primera y definitiva palidez de la muerte; pero todavía se mantiene inmóvil junto a la cama incluso cuando siente cómo ella se aferra desesperada a su pequeña camisa mientras va resbalando poco a poco hasta el suelo, sus manos cada vez más débiles, los ojos vueltos hacia atrás, sus pulmones reventados en los labios. Una de las mujeres coge en brazos al pequeño Edgar y lo saca de la habitación tapándole la cara; pero es inútil, la imagen (por fortuna para la literatura) ya está totalmente grabada en su cabeza y los años que vengan a partir de ahora sólo servirán para consolidarla. Pero también para crear de su dolor algo magnífico: es así cómo de lo fúnebre se extrae la maravilla; de lo trágico, lo prodigioso.

Confían en que el tiempo les vaya curando, pueda ir mitigando el dolor. Comprobarán, sin embargo, que el tiempo pasa y no sucede nada. El tiempo no cambia nada. Todo permanece en ellos como un poso hasta enquistarse, se han quedado inmóviles en un momento de sus vidas y cada día tienen la sensación de que la muerte se produjo ayer, aunque hayan transcurrido semanas. Aunque vayan pasando los meses y de repente la hija se dé cuenta de que en realidad aquel día estancado tuvo lugar veinte años atrás. Y la hija desea, desea, desea... y a todas horas se pregunta a sí misma en un pulso desasosegante qué la traerá la vida. Quizá no le traiga nada. Quizá se lo traiga todo. Quizá todas sus frustraciones posteriores partan justo de ahí, de esos días en los que debería ser sólo una adolescente que piensa en frivolidades, cuando sus únicos dramas vividos deberían ser los derivados de un desengaño. Pero las mismas frustraciones de los adultos que la rodean serán las suyas propias, la invadirán hasta hacer que se lo pierda todo y nada existirá para ella más allá de tristezas contempladas que no llevan a ninguna parte. Toma impulso, hace el esfuerzo, intenta remontar o alzarse por primera vez porque en

realidad no ha emprendido nunca ningún vuelo, pero le parece que no hay empuje ni verdadera voluntad y echa la vista justo a su espalda y las ve, las alas totalmente rasgadas y deformes e inservibles. Inmundas, estropeadas, cubiertas de lodo y de costras. Las ve y las asume, no tanto temerosa sino casi impaciente por seguir rechazando, una tras otra, todas las opciones que están a su alcance. Las abraza y asfixia su deseo como el que aprieta una almohada contra la cara de un durmiente.

Justo el día que se cumple un año es viernes y coincide con la verbena de su colegio por San José. Su abuela se empeña en ir a misa, pero ella sólo piensa en beber bajo las luces y olvidarse de todo.

Se ha atrevido por fin a pedir ayuda médica y ha decidido ingresar unas semanas en un centro de rehabilitación, porque ya no son sólo ocasionales tragos para relajarse. Cada vez se han hecho más frecuentes e impulsivos hasta que ha desarrollado una dependencia absoluta del alcohol para soportar las horas del día, todos los días, y ya no quiere que su sobrina le vea más en ese constante estado pasivo agresivo. Apenas se le entiende al hablar, apenas está despierto, apenas come y apenas abandona un eterno gesto de irritación y disgusto. Incluso le han animado a curarse su madre y su cuñado. Y éste le acompaña el día del ingreso en aquella especie de casa de campo donde se ha llevado sus enseres personales y demasiada ropa elegante, como si fuera a estar en un hotel de vacaciones, lo que le vale algunas risas mal disimuladas de otros internos (qué tiene él en común con esa gente); no sabe cómo agradecérselo ni cómo mirarle las veces que acude a visitarle, algunos días de terapia familiar, en los que se ha negado rotundamente a llevar allí a su sobrina (en el fondo lo entiende por más que necesite verla) pero él sí se presenta puntual a cada cita y le habla con amabilidad, le trata con paciencia, le lleva libros, revistas, ropa limpia. Jamás lo habría imaginado. Le da igual que en el fondo lo haga por su mujer más que por él mismo, le da igual que en el fondo a su cuñado pueda no importarle en absoluto su recuperación ni su salud, quizá todo lo hace sólo por el recuerdo de su

esposa. El caso es que allí está, puede decir que alguien le visita aunque no sea la persona que él soñara con que fuera, pero al menos no está solo en las interminables, humillantes, sesiones de terapia en grupo donde le hacen hablar de su profunda depresión y pintar acuarelas de paisajes.

En algún momento, aunque ya ni se acuerde de cuándo debió ser, la abuela tuvo veinte años, fue adolescente. Rio y gastó bromas con las chicas de su edad, con las que montaba en bicicleta entre las eras y robaba higos al atardecer, le ilusionó ir a la verbena, se encaprichó de algún vestido de fiesta, le gustaron los escaparates de la plaza, soñó con casarse, con ver la capital. Ahora, en un momento en que sólo alcanza a ver sus vestidos teñidos de negro todo lo lejos que echa atrás la memoria, no tiene nada más que hacer que relacionar cada día con una fecha, pensar en el pueblo de su infancia si alguna vez existió infancia en su vida, en los tiempos de la guerra almacenando harina y aceite, en un chico al que veía detrás de una verja de alambre y que luego se convertiría en farmacéutico, esposo y padre, un hombre cariñoso y afable al que los niños adoraban porque recogía a todos los gatitos que encontraba abandonados en la calle y los llevaba a casa para su desesperación, en unos hijos a los que ha perdido, en una nieta díscola que no le puede ofrecer nada. Se le ha olvidado reír y apreciar ninguna compañía. Ya no recuerda haber sido joven en ningún momento de su larga vida. Se ha convertido, si no lo era ya, en un ser doliente que arrastra en silencio sus cadenas a través de los días de su cama al salón, del salón a la cocina y de nuevo a la cama, rumiando su pena y dañándose a sí misma para luego ella misma calmarse pero nunca buscar consuelo. Los asuntos del mundo, y por mundo entiende todo aquello que se extienda más allá de las costuras de su bata negra, le son completamente indiferentes y sólo pide que el mundo la ignore también en igual medida.

Segunda estación de duelo. Año II después de Muerte.

Es como un pequeño canto afilado que se hace más grande en cada

vuelta. A velocidad de turbina, una rueda dentada gira y gira desgarrándole y cortando cada nervio óptico, volviéndole ciego y sordo ante todos, incluso ante su propia hija, aunque es incapaz de olvidar desde esa noche sus ojos espantados cuando le sorprendió tirando todo su dinero en una máquina.

... pero cómo explica, cómo puede explicar, no sentirse apenado a lo largo de la triste, aburrida cotidianidad cuando le dicen, cuando le cuentan —que si tragedias, que si estadísticas, que si el padre de un amigo tiene cáncer con ochenta años pues vaya cosa ya ha vivido bastante y la hermana de la otra ha perdido al niño que esperaba y no le importa lo más mínimo ni ve signos específicos de drama más que la repetida imprimación de obligado cumplimiento—, y después, después, a oscuras, leer en el periódico una viñeta de lo más inocente en la que un conejito perdido vuelve a encontrar el camino a casa y mamá conejo lo espera preocupada en el umbral para abrazarle, observar cómo ya nadie duerme a su lado, y así, sólo por eso, sentir que le brotan sin control las lágrimas saliendo como el fuego de las grietas de la tierra. Y por qué sigue en esa casa, por qué se empeña, y por qué continuar preocupándose por su cuñado y por su suegra y por qué quiere irse y por qué se está haciendo insensible a todo y por qué a su mujer y por qué a él y porquéporquéporqué... Y así prolongar esto en infinita proyección cinética hasta llegar a modo de hipótesis-conclusión a ninguna parte en absoluto.

Ahora, quizá, es todo más tranquilo. Quizá sólo se mecen en una calma envenenada pronta a explotar en cualquier momento. Pero si es así no será su culpa, no va a dar motivos. Lleva ocho meses sin beber. Vuelve a hablar con su sobrina. Sabe que la relación jamás volverá a llegar a ese punto de amor absoluto que le demostraba ella cuando era niña, pero al menos es capaz de hablarle con cierta cercanía. Puede conformarse con eso. Aunque todo dentro de él le grite, le suplique por alguien y cada poro y cada entraña se revuelvan y se replieguen sobre sí mismos al no encontrar a nadie. Puede sobrevivir con eso. Puede aceptar que ya nadie vendrá, nunca, a acompañarle. Aunque esté lleno de amor, tan repleto que se ahogue y sea cuestión de vida o

muerte abrir sus compuertas y vaciar la presa, aunque ese amor quede para siempre estancado y se pudra, aunque no vaya a venir nadie a su vida que le alivie y lo reciba con toda la gratitud y la generosidad que sería capaz de ofrecer él mismo. Se hace a la idea de que tendrá que vivir los días que le queden con las migajas que sólo el peor acto de crueldad arrojaría a un hambriento.

Una vez le quiso muchísimo, con esa adoración ciega e incondicional con que quieren los niños. Siempre supo que su tío era un hombre educado, culto, tímido, tal vez un poco esnob, con sus discos de ópera y sus libros de Lorca, sus modales suaves, su tono de voz siempre amortiguado y dócil. Ahora se ha convertido en un extraño. Pero cuánto le quería. A todas horas entraba en su habitación buscándole, era el compañero de juegos ideal, para entretenerse con sus cuentos, escuchar cómo le enseñaba a contar de diez en diez o de cinco en cinco mientras visualizaba cada número y cada decena desplegándose como espirales de colores diferentes, revolver en sus cajones en pos de un juguete nuevo, encontrarlo, abrirlo sobre la moqueta del suelo y compartirlo con él aunque tuviera otras cosas que hacer. A él no le importaba, siempre tenía tiempo para ella. Algún disco de ópera giraba siempre a un volumen demasiado alto. Reían constantemente. A él le preocupaba adorarla todavía más que a su hermana. Y cómo se disgustó ella una vez, en la sierra, cuando los chicos mayores se burlaron de él simplemente por verle durante horas apoyado en el balcón mirando las montañas. Sus gestos quizá eran demasiado amanerados, frágiles, su actitud muy vulnerable, y los niños tan crueles. Ella subió llorando las escaleras, fue el mayor disgusto de su vida hasta ese momento, ver cómo los chicos mayores se metían con su tío, su queridísimo tío que tantas cosas le enseñaba y que no se metía nunca con nadie, que al contrario que sus padres nunca salía ni tenía amigos y sólo encontraba placer en sus pequeñas cosas, y ella se bloqueaba impotente al tratar de defenderle. Malditos todos ellos, garrulos, analfabetos. Subió a casa corriendo, le abrazó con fuerza las piernas y se deshizo en lágrimas sin poder soportarlo. Y su madre y él la calmaron con cariño, con palabras que traslucían gratitud y algo de

satisfacción también ante su inocencia. «No pasa nada, no les hagas caso, no me importa en absoluto lo que digan de mí, no me afecta...». Pero ella no podía dejar de llorar, habían llamado a su tío cosas horribles. Su madre sonreía y acariciaba su cabeza. «Nunca le hagas ningún caso a lo que nadie te diga sobre ti o sobre alguien a quien quieres». Y así quedó zanjado el asunto, aunque sólo aparentemente, porque desde entonces, y pese a que su cariño hacia ella seguía mostrándose indestructible, empezó a mirar de otra manera los gestos de su tío, el modo que tenía de sujetar los cigarros, que era diferente a la de los otros hombres, el exceso de celo con que ordenaba y guardaba sus libros y sus discos de ópera, sus mayores tesoros, y comenzó a sentir secretamente cómo poco a poco crecían en ella cierta vergüenza y el mismo recelo inquisitivo que llevaba a los demás a imaginar cosas extrañas sobre él.

Las madres de sus amigas la invitan con frecuencia a merendar o a comer en sus casas, la acompañan de compras, la recogen del colegio, se deshacen en cariños sinceros y atenciones constantes. Y ella lo agradece de corazón, pero también de corazón siente que una capa finísima y dura de odio cubre su gratitud hacia todas ellas.

Vuelve, una tarde cualquiera, de casa de una amiga que vive cerca, han estado jugado a las cartas y comiendo helado hasta estas horas, y a la altura del garaje donde su madre aparcaba siempre se encuentra a su padre regresando también a casa. La alegría por cruzárselo le ilumina la cara y el pecho, corre hacia él: «¡Hola, papá!», y le abraza como si jamás fuera a verlo de nuevo.

La salvación no es alguien. La salvación es dónde. Y él no es capaz de volver a atravesar ese portal ni una sola vez más, no puede soportar ver de nuevo esa luz sucia y gris como la de una estación prehistórica sobre la cama. No es capaz de apretar el botón del ascensor que le llevará a una casa que no es su hogar, donde no hay nada para él. Estaba a punto de hacerlo, de hecho, como todos los días; sujetaba las llaves y se disponía a introducirlas en la cerradura; su hija le espera

para comer. Ha sido de repente, ha ocurrido: el rotor que daba vueltas ha estallado. Ha apretado las llaves en la mano, ha retirado la mano del pomo y se ha girado sobre sus pasos como en un impulso irremediable. No puede volver a esa casa envenenada donde el cáncer escribía lentamente sus designios. Irá al hospital a preguntar por su mujer, y si le dicen que allí no está cogerá el coche y se dirigirá a su piso, y se quedará allí esperándola el tiempo que haga falta.

Arriba se extrañan de que no venga a comer, pero no demasiado. Piensan que volverá más tarde.

Se hace de noche y su padre aún no ha vuelto a casa. Lo que más inquietud le causa es la actitud calmada de su tío y de su abuela, como si hubieran esperado durante días que algo así sucediera; como si, de hecho, ya hubiese sucedido otras veces y fuese tranquilizador ver cómo se repite la misma pauta. Le dicen que se aparte de la ventana, que no se preocupe. Que ya volverá. Pero ella siente crecer la ansiedad en su estómago como una planta carnívora. Echará raíces tan profundas en su vientre que le llegarán a asomar sus ramas por la boca. Mira a su alrededor y se siente moradora de una cueva inhóspita y vacía. Su tío fuma en su sillón, su abuela permanece inmóvil en el suyo. Ella se levanta, da vueltas por la casa, busca un número de teléfono, descuelga y pregunta en el bar de abajo si su padre está allí. Después llama a su tía, que tampoco sabe decirle nada alentador. Ni siquiera su yaya. No sabe qué hacer, cree volverse loca. Recorre el pasillo una y otra vez sólo por mantenerse en movimiento. Quiere bajar a la calle y correr por la plaza para calmar sus nervios. ¿Dónde está su padre? ¿Dónde puede ir a buscarle? ¿Y si le ha pasado algo? Por favor, que no le haya pasado nada. Por favor, que vuelva, ya es muy tarde. Por favor. Por favor. No se ha dado cuenta de que está hablando en voz alta pero no reconoce su propia voz al escucharla, parece más bien el gemido de un animalito absurdo. Ya se está vistiendo para salir a buscarle ella misma, donde sea, cuando parece sonar el teléfono dentro de su propio pecho. Nadie más hace ademán de cogerlo. Casi se le cae al descolgarlo. «Soy yo, estoy bien». Ya está. Se queda inmóvil aferrándose al auricular mucho rato después de

escuchar la línea muerta. Mira hacia atrás, están esperando en silencio a que les diga: «Sí, era él; sí, estoy más tranquila», pero no lo está, es mentira. No piensa en nada. Tendrá que irse a la cama pese a todo; mañana hay colegio.

Lucha por permanecer incólume frente a la única luz que importa. Pero hay otras luces. Unas son tan determinadas, tan determinantes, que sólo se perciben una vez en la vida y no vuelven a encontrarse jamás. Otras salvan. Otras son perfecto pretexto. Por ejemplo, la lectura la salvó en el aciago verano de los trece. Y antes, y después, y más tarde, cuando abriera por donde abriera era como leerlo todo por primera vez: las *tarantellas* y los viajes y las últimas luces de los viernes y aquel momento en que Louis, pobre Louis, encuentra el cadáver de Claudia cuando ya sólo es una niña de ceniza, y la noche, tan alta, por encima de los oscuros árboles pardos aquella vez que su padre y ella atravesaron juntos el pueblo en silencio. La literatura, auxilio o agravante. Ese instante en que le ve desde la ventana del comedor. Parece perdido en la esquina de la plaza como un Ulises desorientado que duda si volver a casa y poner fin a su imprevisto viaje. Ha levantado la cabeza y también la ha visto a ella implorándole con los ojos, pero inmediatamente después se ha girado y ha vuelto a desaparecer. Todavía espera unos segundos con las manos apoyadas en el cristal hasta que por fin desiste. No da la voz de alarma. Guarda silencio y le deja marchar. La salvación. La pertenencia.

Su hijo no está, se ha ido unos días al pueblo, a casa de unos primos. Después de tantos años sin pisarlo, renegando del ambiente provinciano, resulta que ahora le gusta el pueblo, que le viene bien el cambio. Su yerno no va a volver a esa casa, ella lo sabe y hasta cierto punto lo comprende. Pero su nieta... cuando tenía que estar con ella, cuidándola, preocupándose por que no se quede sola en casa, es mayor y está cansada, se marcha a pasar la noche a casa de una amiga y ni siquiera se molesta en avisar durante todo el día hasta hace apenas unas horas. Y su cama sin hacer, y todo desordenado, que ha

tenido hasta que estirar las sábanas y el edredón. Hace meses que escucha que es «la que más necesitaba a su madre», le viene a la mente justo ahora mientras remete las sábanas bajo la almohada y de nuevo en oleadas la absoluta pena se la lleva por delante, se le mete por la nariz y la boca como agua descontrolada que le impide tomar aire. Saca del bolsillo su pañuelo limpio y murmura, gime, el nombre de su hija. Si ahora mismo le pasara algo no habría nadie con ella, nadie podría ayudarla. Nadie lo sabría. Nadie. Se sienta en el borde de la cama. Tiene ochenta años, está profundamente cansada. Nadie. Y todavía queda la noche.

Es evidente que su cuñado no piensa regresar, ha decidido abandonar a su hija y desentenderse, únicamente pensar en sí mismo. No tiene ni idea de dónde ha ido ni de lo que está haciendo, le trae sin cuidado la suerte que corra. Sólo le preocupa que pueda vender alguno de los bienes de su hermana dejados en usufructo, que se apropie del dinero de las cuentas que la niña va a necesitar para sus estudios y su futuro. Ha visto a su sobrina correr enloquecida por la casa, salir dando un portazo en pleno invierno, creyendo que si baja al portal y dobla un par de esquinas encontrará a su padre allí, fumando como si nada, como si sólo hubiera salido un rato a despejarse, y que se disculpará y conseguirá traerle a casa y ya nunca más volverá a marcharse. La ha visto subir sola de nuevo al cabo de las horas, con la cara empantanada en lágrimas, todo su cuerpo exhausto y vencido, y liarse a puñetazos contra las paredes y el cristal de las ventanas. La ha visto golpear los espejos y arañarse las mejillas y no ha sido capaz de calmarla como un adulto ni de evitar echarse a llorar él mismo como un niño. En lugar de tranquilizarla, en lugar de evitarle más preocupaciones, lo que hace es despertarla en mitad de la noche, poseído por un incontrolable arrebato de inquietud, para obligarla a sentarse frente al ordenador de su padre y conseguir sus claves, sus cuentas, sus intenciones, algo. La mira ahora sentada en su escritorio, momentáneamente feliz con sus ocupaciones, y una pena infinita convertida en garra sarmentosa le retuerce el corazón y se lo exprime. Es injusto que esta niña tenga que crecer sin madre y que su padre,

incapaz de asumir la situación y responsabilizarse, la abandone y se largue sin decir nada, la deje rota de dolor, quizá traumatizada de por vida y obligada a seguir llevando sus clases como si no la afectara. Es injusto que él tenga que hacerse cargo de todo: el notario, el testamento, la conveniencia de un inventario, el consuelo que no sabe darle, sus propias sesiones de terapia para no beber cuando lo necesita cada vez más. ¿Debería ir al colegio, hablar con los profesores, firmar justificantes, llevarla a un psicólogo, mirar en sus cajones, revisar lo que lee y lo que escribe para saber qué alcance y consecuencias tiene su mutismo? Es injusto que se le pida tanto a él, no sabe, no puede, no debe asumir ese puesto.

En cuestión de días todas sus creencias se han venido abajo. Ya no confía en su padre, ya no sabe quién es. Habían planeado pasar Semana Santa en la sierra con su mejor amiga, le hacía tanta ilusión, pero ahora su padre ha desaparecido y aunque volviera a tiempo ya no van a ir a ninguna parte. Todos sus planes de repente son polvo, humo, nada. Una tarde a la salida del colegio ha cogido un autobús dirección norte y ha llegado hasta la antigua casa de su madre, donde sus padres habían planeado vivir con sus futuros hijos desde que se casaron hasta que decidieron instalarse un tiempo en casa del hermano y la madre de ella para atenderles y porque era más fácil que se ocuparan de la niña mientras ellos trabajaban. Pero ese tiempo se alargó años, y tanto la comodidad por la mayor cercanía al colegio como la avanzada edad de la abuela fueron factores que determinaron su estancia definitiva. Su padre, por supuesto, se plegó al deseo de su madre, como siempre hacía. No tiene llaves, no sabe cómo podría entrar, pero confía en verle merodear por los jardines de abajo o entrar en el portal. Conoce bien las calles, el parque, el centro comercial. De pequeña pasó muchos fines de semana allí, la llamaba cariñosamente «la casa grande», proclamaba con petulancia infantil que ella misma viviría allí cuando se casara. Recuerda cada mueble y cada esquina, el ligero y dulce olor a cerrado. Le encantaba porque tenía una habitación para ella sola y para todos sus libros; su padre se ocupó de decorarla, de poner estanterías, e incluso le instaló un

teléfono con la cara de Bart Simpson. Le recuerda colocando las baldas nuevas, cambiando de sitio la cama para aprovechar mejor el espacio, su madre diciendo: «Tu padre te ha preparado una sorpresa, corre a verla» y ella quitándose la mochila apresuradamente. Llama varias veces al telefonillo. El cielo tarda más en oscurecerse, son esas primeras semanas que empiezan a traer ya ligeros soplos de primavera intuidos en la templada atmósfera, y ella coge el mismo autobús de vuelta cuando el rosa se hace intenso por detrás de las antenas. Desde la parada todo a su alrededor, el aire mismo, le parece profundamente rosa y malva, como si las promesas estuvieran en todas partes a punto de hacerse visibles.

Está estudiando en la cocina abrazándose las piernas para mantener el calor. Hay una visita en el salón, la vecina ha subido a hablar un rato con su abuela, y no quiere escuchar sus voces ni la cantidad de veces que ésta dice: «Con ese carácter va a terminar quedándose sola». Se hace una herida en los dedos cada vez que le escucha a su abuela decir que va a quedarse sola. Hace frío en la cocina pero prefiere quedarse allí, apretándose el pecho con los dedos sangrantes, hasta desviar la mirada del libro como si un chasquido lejano le hubiera arrebatado toda su atención. «Ahora iré a su habitación y ella estará en la cama». Es un impulso loco, incontestable, que le arde en los ojos de repente como una verdad aplastante. Se levanta maquinalmente obedeciendo esta invocación absurda y abre la puerta de la cocina. «Cuando encienda la luz la veré allí, porque estará en la habitación». Avanza muy despacio por el pasillo a oscuras, sólo son unos pocos pasos, llega hasta la habitación de sus padres y en su cabeza sigue repitiéndose el mantra —«Encenderé la luz y estará en la cama»— hasta el último segundo antes de apretar el interruptor.

Comienzan a llegarle postales a su nombre, postales de todas partes del mundo. Granada, Marsella, Berlín, Ámsterdam, Estocolmo, Moscú, Boston, Maine. Algunas de las ciudades no sabe ni siquiera situarlas exactamente en el mapa, se asombra incluso de su nombre y de la distancia imaginada con respecto a la anterior. Se ocupa de buscarlas

en un atlas y de leer sobre ellas toda la información que es capaz de recopilar en una época en la que todavía ni se ha escuchado jamás la palabra internet. Su imaginación vuela. Maine la atrae especialmente. En Maine debe de ser siempre invierno. Una niebla blanca debe cubrir siempre los faros de sus costas heladas, los aparcamientos vacíos, los cristales de cafeterías y bibliotecas. Durante horas contempla en la postal esos bosques poblados de alces a ambos lados de la carretera junto al cartel de bienvenida. Se propone viajar algún día hasta allí, pisar las mismas calles, ver la misma niebla. Es la última ciudad de la que le llega una postal antes del regreso de su padre a Madrid.

Echa a andar por la cuesta que baja hasta el patio desde una de las entradas del colegio sintiéndose un perdedor y un absoluto miserable. Ha llegado incluso a ser tan estúpido como para pensar en comprarle un regalo a su hija en el aeropuerto. Ha llegado a pensar algo así. Un recuerdo del *duty free*. Como si volviera de un viaje de negocios y ella estuviera esperándole durante su larga y justificada ausencia. Imbécil. Qué has hecho. La has dejado sola casi un año. Te has limitado a mandarle postalitas con imágenes turísticas de las ciudades por las que has pasado con la esperanza de hallar la paz en alguna de ellas, como si el terreno que pisaras no lo fueras envenenando a tu paso porque llevas el veneno dentro y en ningún sitio hallarás paz. Pero cómo es posible que tu mujer no estuviera tampoco en ninguna ciudad de las que has visto. No está en ningún país. En ninguna parte del globo terráqueo. El mundo se ha convertido en un lugar minúsculo, encogido, y ella ya no lo habita. No está en ningún hospital, en ninguna casa, en ninguna calle, en ningún bosque. No existe un lugar donde buscarla. Ha necesitado casi un año recorriendo continentes para comprenderlo. Y ha decidido volver justo ahora, justo este mes (*¿por qué?*), cuando se celebra la verbena en el colegio de su hija por San José y el día del padre. El día del padre. Tenía que escoger justo esa fecha para regresar, sí, seguro que a ella también le encantará, es otro detalle a la altura del regalo comprado en el aeropuerto y de las postales con bonitos paisajes. Ha dejado su escaso equipaje en el maletero de su coche, inmóvil en el garaje desde hace casi un año, y

se ha encaminado directamente hacia el colegio, después de hacer una breve parada por casa de su madre y de su hermana para dar las mínimas explicaciones. Su madre, una mujer infatigable de casi ochenta años, ha insistido en acompañarle, más por tratar de amortiguar algo el efecto que su aparición va a causar en su nieta que por apoyar a su propio hijo, del cual apenas ha tenido noticias todo este tiempo. Se lo perdona, pero no sabe cómo encajarlo ni qué hacer para ayudarle.

De modo que ambos han recorrido a pie en silencio la escasa distancia desde su casa hasta el colegio, un paseo de apenas diez minutos, y ahora bajan uno junto al otro, sin hablar, la cuesta hacia el patio. Son las nueve de la noche y la verbena ha llegado a su punto más álgido. El patio está iluminado con focos, adornado con banderolas y guirnaldas. Hay un escenario, música, mesas con refrescos y aperitivos, niños disfrazados, gente por todas partes. Busca a su hija nada más pisar las canchas abarrotadas. Se da una vuelta por las gradas y los soportales, llega hasta las amplias escaleras que dan acceso a las aulas. No ha calibrado qué va a decirle cuando la vea, qué explicación va a brindarle cuando se la encuentre de frente —porque supone que estará allí con sus amigas, por supuesto, el colegio siempre ha sido su refugio y su punto de encuentro, quizá su única alegría—; ni siquiera sabe si aceptará nada de lo que pueda decir, si simplemente se lanzará a sus brazos o le abofeteará. Por su cabeza no bascula nada más que la necesidad de verla. Y eso es lo que ocurre: la ve, de repente, en medio de un pequeño grupo de chicas, cuatro o cinco más su inseparable amigo del alma, con el que ha crecido desde los cuatro años, riendo y haciendo que bailan, junto a una canasta en el centro del patio. Su madre se ha quedado clavada junto a él, sin saber qué decir. Él la mira girando y riendo, despreocupada, y espera que sea ella quien le vea por fin en una de sus vueltas. El rostro se le congela cuando esto sucede. Sus amigas, al notarlo, giran también la cabeza hacia donde él se encuentra, con los brazos caídos, las manos vacías, el rostro derrotado. «Has tenido que venir esta noche a arruinarle también esto», piensa. A partir de hoy relacionará toda su vida la verbena del colegio con la aparición de un fantasma. La niña

tiene todavía los brazos extendidos, cogiéndole las manos a una de sus amigas, pero permanece inmóvil, paralizada. Parece haberse detenido también la música y todo a su alrededor. Poco a poco se suelta, la otra chica hace sólo un ligerísimo ademán por detenerla o por acercarse a ella, no sabe, es sólo un movimiento milimétrico de precisión sismográfica al extremo del foco principal, ella acercándose, ella haciéndole frente, ella un poco más alta de lo que la recordaba, ella conteniendo la ira desde el fondo del azul de su mirada, pétrea, casi adulta, para siempre endurecida, para siempre aislada en lo alto de una cumbre gélida a donde él, desde ese instante lo sabe, jamás podrá llegar. No hay ni rastro de compasión en ese rostro adolescente, afilado, blanco a la luz de los focos. Ni rastro de piedad cuando separa los labios como haciendo un esfuerzo atroz y gime, casi escupe:

—Qué haces aquí.

Me llegó la última postal del capitán de un buque de niebla. El sello remitía a mares desconocidos que trataba de calmar en su viaje sin saber que le tragaban poco a poco. Aguardé toda mi adolescencia recluida en una torre, los capitanes esconden sus tesoros en las profundidades más abruptas y yo era para él una figurita de cristal que le aterraba. Y comenzaba a resquebrajarme en la espera del invierno, a mil metros sobre el hielo el hielo era yo misma, ya no me quedaban largos cabellos rubios que lanzar balcón abajo y todo el día era una sombra que esperaba, guardianes que durmieran o postales desde Rusia. Y cuando regresó a buscarme, su tripulación rendida, su buque hecho pedazos, encontró enloquecido a mi guardián y todo el cristal de mis mejillas arañado, recogió su figurita blanca y se sorprendió de que aún no estuviera rota, al menos no la capa que sirve de adorno y se sostiene tan precariamente en el filo.

Pese a todo, le atribuye desde el fondo de su corazón la cualidad de buen padre. Fue un buen padre. No lo ha dudado nunca. Y si alguna vez se lo cuestiona recuerda enseguida, sin necesidad de obligarse, todos los días en los que iba a llevarla y recogerla del colegio (no todos los niños podían decir lo mismo), todos los días en los que le

preparaba el desayuno y la merienda, todas las veces que de niña se ocupaba de limpiarle los zapatos o de colocar su pequeña camisa del uniforme sobre el radiador para que se la pusiera calentita nada más despertarse, todas las reuniones escolares a las que asistió, sin faltar a ninguna (tampoco todos los niños podían enorgullecerse de algo así, entre padres demasiado ocupados o directamente desinteresados), todas las bromas que gastaba al día para hacerla reír (y siempre lo conseguía, siempre, fuera cual fuera la situación), el admirable sentido del humor que desplegaba, siempre listo un comentario ingenioso para cualquier noticia, todas las ocasiones que vio cómo si se la cruzaban en el ascensor le apretaba la mano a una vecina paralítica porque la mujer le había cogido mucho cariño y siempre tenía un halago dispuesto o una palabra amable para ella, todas las veces que se ofrecía a llevarla o recogerla de cualquier sitio a cualquier hora y cómo se preocupaba si ella se retrasaba aunque sólo fueran cinco minutos (intentaba no llegar nunca tarde a casa, le ponía enferma de inquietud pensar en su padre preocupado), la primera vez que la llevó al cine, sembrando en ella ese amor por la crítica que ya nunca la abandonaría, las dos únicas veces que la acompañó a sus entrenamientos de baloncesto porque nada más descubrir al primer bote lo negada que era se cansó y él no insistió más tras sus primeros ánimos, todas las veces que a la salida del colegio caminaban hasta un diminuto quiosco donde un risueño hombrecillo parecido a la marioneta del conde Drácula le vendía palotes de fresa, todas las tardes de construir castillos o de jugar a hacer sombras con las manos en la pared de la cocina o de enseñarle a recitar de memoria poemas de Espronceda antes incluso de saber leer o de salir a pasear y convertir en una aventura coger el metro (le parecía alucinante que él se supiera de memoria todas las paradas de todas las líneas), todos los esfuerzos que hizo por mantenerla a resguardo hasta el último segundo de una tempestad que se desató en sus propias manos, todos sus silencios para no molestarla, toda la paciencia y el cariño que mostró siempre. Era un buen padre y ella comprendía no sólo eso sino la creciente tristeza que lo devoraba y lo transformó; era también un padre solo, un hombre necesitado.

Acude a esa casa por última vez para recoger sus cosas y la anciana lo contempla con una indefensión que se sitúa más allá de cualquier consuelo. Sólo una vez intenta algo, le pide que piense en su hija, casi le suplica. La niña también le observa callada desde el sofá del salón. Su padre ha decidido marcharse definitivamente pero ella se queda allí, quizá porque el colegio le queda más cerca, quizá porque está habituada a que ésa sea su casa, quizá porque prefiere vivir con ellos antes que con su padre, quizá porque no se fía de él... no lo sabe. Pero en ningún momento siente ningún tipo de agradecimiento por su decisión, ni ésta le conmueve a ser más comprensiva ni a acercarse más a su nieta: lo que ambos decidan bien decidido estará. Quién es ella para convencer a nadie de nada, y más cuando ya no tiene nada que perder. Su hija ya no habita esa casa, quien la habite a partir de ahora le trae absolutamente sin cuidado.

Y sin embargo insiste, sólo una vez, en que piense en su hija.

El sol del sábado cae sobre las estanterías mientras su padre las vacía.

Es en su nieta en quien desea pensar cuando accede a ir a la sierra ese verano con ella y con su hijo, pero ya mientras sube las escaleras del portal el nudo se va apretando y nada más atravesar la puerta y ver de nuevo aquel salón a oscuras se desata y únicamente un nombre acude para inundarle la garganta. Dónde está su hija. Se sienta en el sillón, saca su pañuelo.

Básicamente, sus días ese verano se resumen en ordenar sus cosas por la mañana mientras escucha sus discos, salir a comer al pueblo (algunos días se queda acompañando a su madre, aunque su sobrina siempre come con ella), dar un breve paseo y volver a casa. No habla con nadie, saluda a quien le conoce y se acerca a él pero intenta no alargar ninguna conversación. Tampoco acepta ninguna cita, rechaza educadamente todo plan que le proponen. Algunas vecinas, señoras mayores, las abuelas de las amigas de su sobrina, vienen de tarde en tarde a ver a su madre y acompañarla un rato. Él prepara café y

después se retira discretamente a su habitación, esperando a que su sobrina regrese de la piscina para atreverse a preguntarle si se ha divertido. Contempla las montañas durante horas a través de la ventana. Pasa así dos largos meses.

Ese verano se guarda de dar cualquier explicación, se mantiene al margen de comentar nada, decide dejar de ser el foco de atención de nadie. Se desentiende de las preguntas de sus amigas. Expresa incluso su absoluta repulsión por los libros que leen y la música que escuchan. Se muestra tan huraña a veces que llega a preocuparlas, ellas querrían hacer algo pero no aciertan a saber qué. Se tumba boca arriba en el césped de la piscina mientras juegan a las cartas. Por las tardes hace lo mismo que ellas: bajar al pueblo, comprar revistas, tararear canciones, comer pipas en los bancos, ver pasar a los chicos y las horas igual que ve pasar las nubes tumbada en el césped de la piscina. Por las noches sube pronto a casa y lee a Dostoievski hasta casi el amanecer. Espera a que llegue ese instante justo en que comienza a escuchar los primeros trinos, los pájaros le encogen inexplicablemente el corazón, y después descorre brevemente la cortina para ver clarear el cielo. Duerme hasta la hora de comer. Ve a su abuela apuntando fechas en una pequeña libreta, secándose los ojos, bebiendo agua a pequeños sorbos, y tiene ganas de abrazarla, pero se detiene siempre. Todos los años caen las primeras tormentas cuando se acerca la fecha de su cumpleaños, a finales de agosto. Esa mañana le llega un paquete urgente que remite su padre, lleno de libros, y por la tarde sale a la calle con una sudadera gris y la capucha echada sobre la cara. Casi nadie de su familia se ha acordado de llamarla. O quizá sí se han acordado pero ésta es su peculiar forma de castigarla por algo. Acaba de llover, parece que ha anochecido más pronto, todo el asfalto está empapado. Se encuentra con sus amigas, que proponen celebrarlo comprando cigarrillos sueltos y fumándolos a escondidas en lo alto de la caseta del parque, tiene ahora el lejano recuerdo de echar a correr hacia el cruce mientras las nubes se amontonan oscuras en los tejados, y hay un disperso olor a noche y un sonido confuso de risas y pisadas mientras empieza a tronar de nuevo.

El recuerdo que abre mis veranos es siempre el mismo, la imagen del fuego contemplada desde el punto más alto de la noria. Despacio fuimos subiendo hacia la noche y al instante empezamos a bajar cada vez más deprisa, hacia los toldos de listas, las luces de la feria y los gritos del pequeño embarcadero. En las décimas de segundo en que ascendíamos, se podía ver el valle y los reflejos sobre el agua si aguzabas la vista ante el brillo de la luz. Y cuando la noria dio una vuelta completa y se detuvo y nuestra barquilla se quedó balanceándose en el punto más alto bajo las estrellas, vimos el incendio en la lejana oscuridad. Esperaron a que las llamas llegaran al borde mismo de la carretera para tranquilizarnos. Años más tarde descubriría que no sólo en los incendios las carreteras son el mejor cortafuegos.

Al día siguiente, huyendo del calor, abrí los libros que me había enviado mi padre, Tennesse Williams y Tolkien, en la habitación más fresca de la casa.

A partir de entonces se me llenó la cabeza de incendios.

Está guardando los últimos bultos en el maletero del coche de su primo, que les ha hecho el favor de venir a recogerles. Ya ha cerrado con llave, ha apagado las luces, el agua y el gas, ha bajado todas las persianas. Su madre se está despidiendo de la vecina, su sobrina trota escaleras abajo; en ese momento piensa que la niña debería ayudar a su abuela a bajar hasta el portal (es un tercero sin ascensor) y en una décima de segundo le sacude un brevísimo espasmo de inquietud. Sin que realmente se encuentren en su campo de visión, ve a su sobrina llegando hasta el coche y a su madre emprendiendo el descenso con dificultad peldaño a peldaño, aferrada a la barandilla de madera. Otra décima de segundo y su primo se está precipitando hacia el portal sin previo aviso; su sobrina ha girado también la cabeza al escucharse algo, un golpe, un sollozo, una llamada. Deja el maletero abierto, las bolsas a medio colocar, y corre escaleras arriba sin saber qué va a encontrarse pero albergando un terror innombrable. Apenas ha sido un tramo, su madre sólo ha podido bajar un par de escalones cuando

ha debido de meter el pie entre el hueco de la barandilla y el vacío, ha perdido el paso y se ha desplomado justo antes de alcanzar el primer descansillo, los brazos estirados y aferrados todavía a la barandilla, la boca descolgada, la cara completamente blanca. Intenta sujetarla, no tiene fuerza suficiente para levantarla y sostenerla. La anciana tiembla, balbucea, es incapaz de articular palabra. Él gira la cabeza sólo para comprobar si su sobrina está cerca —lo está, unos peldaños más abajo, tapándose la boca con una mano— y le ordena subir a casa y traer una banqueta. Como puede, ayudado por su primo, saca las llaves de su bolsillo y se las tiende. Evita pensar de nuevo que tendría que haberla ayudado a bajar. Entre los dos la sientan, su madre continúa sin poder hablar, parece conmocionada, intentan moverla lo menos posible y así la bajan hasta el coche. Un par de vecinos entran o salen del portal y contemplan la escena a su paso sin decir nada. En el asiento de atrás, la anciana parece recobrarse un poco y su rostro retoma algo de color. Les contempla asustada, en voz baja les informa de que le duele mucho si intenta cualquier movimiento y después, en un gesto que la cara de su sobrina confirma como insólito, descubre unos ojos alucinados de súplica y tiende la mano hacia ella.

Se queda ingresada y los días siguientes resultan una sucesión interminable de visitas al hospital y pruebas médicas. Ha sido rotura de cadera, tienen que operarla lo antes posible y colocarle una prótesis. La consecuencia más inmediata para ella es que su tío ha de pasar tardes enteras con su abuela y se queda sola en casa durante horas, de modo que puede hacer lo que le venga en gana. Registra los cajones de la habitación de su tío por puro aburrimiento y si encuentra dinero se lo guarda para más tarde salir de paseo por la Castellana y gastarlo en libros o discos; se da largos baños con la ventana abierta y la música a todo volumen; luego se contempla desnuda en los espejos; hace fotografías de todos los rincones de la casa subida a las mesas y a los sillones, observando atónita la amarilla luz sesgada de cada habitación; llega tarde de ver películas y teñirse el pelo en casa de su mejor amiga, o bien la invita ella a merendar, algo que a su abuela parecía molestarle profundamente, que subiera a

gente a casa. Pero casi siempre regresa antes de que anochezca, no quiere admitirlo pero se siente intranquila si no lo hace. Su tío también suele volver apenas cae la noche, aunque intuye que la inquietud que le envuelve esos días no le permite descansar ni un momento; incluso alguna vez de madrugada ha escuchado desde su cama la puerta al cerrarse y, reprimiendo las ganas de llamarle, se ha levantado asustada para constatar que se ha vestido, ha hecho su cama y se ha marchado en el taxi que le espera abajo antes de que haya amanecido, como si a esas horas admitieran visitas en el hospital... aunque quizá eso no le importa sino tan sólo mantenerse en un torpe movimiento que calme sus nervios, igual que ella cuando su padre se fue y tenía que salir de casa, abandonar esos pasillos, correr por las calles buscándole. No son tan diferentes. Pero el resto del tiempo permanece tan callado que se establece entre los dos una convivencia incómoda, una distancia cada vez más fría. Camina despacio de vuelta a su casa cuando queda una semana escasa para que empiece el curso, preguntándose qué podrá apañar para cenar o si sería mejor comprar algo de camino, y cuando enfila su calle y mira hacia arriba, hacia el alto edificio adormecido en el crepúsculo, vuelve a encontrarse con la chirriante intensidad de rosa y malva que lo impregna todo y parece presagiar grandes cambios con un «aguarda y verás» más tramposo que fiable.

El preludio al primer asombro fueron mañanas tranquilas en las que se acercaba al quiosco a comprar revistas. No imaginaba que estaba a punto de presenciar un génesis.

Días antes de que a su abuela le den el alta hospitalaria tiene que quedarse sola en casa una noche, recién empezado el curso. Su tío no ha hecho ningún amago de inquietarse o de dejarla al cuidado de alguien, inmerso como está en las necesidades de su madre, y ella tampoco cree que sea gran cosa. Pero al resto de su familia no les parece buena idea, lo cual no deja de sorprenderla. Sus tías la llaman cada diez minutos, insisten en ir a recogerla, y no entiende cómo su padre, que no hace ni un año que ha abandonado esa casa, dé

muestras ahora de estar tan preocupado porque ella se quede sola una noche. Qué estupidez, no es para tanto... Cenará, echará el cerrojo, apagará las luces, se irá a dormir, por la mañana se levantará a su hora para ir al colegio. No es más que eso. Finalmente una de sus mejores amigas decide acompañarla y dormir con ella; vive cerca y llegará enseguida, dice. No era necesario, sólo es una noche, sólo tiene que echar el cerrojo y apagar el gas, por qué va a sentirse mal, qué puede temer en su propia casa... Pero se alegra tanto de verla y se siente tan agradecida al abrir la puerta que su propia inesperada reacción le resulta exagerada. Su amiga se acuesta en el sofá del salón y dejan abierta la puerta corredera para hablar hasta quedarse dormidas.

Debía parecer un pequeño fantasma blanco en el pasillo aquella madrugada cuando le despertó el ruido de luces encendiéndose y apagándose y se levantó para suplicarle a su tío que no se marchase. Él ya se estaba poniendo el abrigo, era tan tarde para que saliese solo a la calle, y en el vestíbulo temblaba la pequeña vela roja consagrada a los difuntos.

Lee que hace miles de años existía una tradición europea según la cual el dios de la muerte de los celtas permitía que, al menos una noche al año, aquellos que dormían bajo la madre tierra pudieran regresar a su hogar y visitar a quienes tanto echaban de menos. Esa noche permanecía encendida en cada casa una luz para que los muertos pudieran guiarse por ella y se sintieran consolados y acompañados en su viaje, pues el mayor miedo de los celtas era el de vagar para siempre perdidos y abandonados en un mundo de sombras sin salida.

Pero hay otros difuntos, los que ni siquiera tienen la certeza de estar vivos porque todo en su interior se ha muerto y viven en la oscuridad esperando ver la luz de la ventana que les haga regresar. Por eso decide seguir las tradiciones esa noche, y enciende una vela para que tanto unos como otros dejen de estar solos por unas horas y puedan encontrar el camino de vuelta a casa.

Su hijo ha contratado a una enfermera para que venga a cuidarla por las tardes. Tiene un habla parecido al de las telenovelas, de dónde vendrá. Inmóvil en la cama de matrimonio (ella no quería instalarse allí, pero su hijo ha insistido en que estaría más cómoda), sólo tiene que dejarse hacer mientras las manos de esa desconocida se mueven rápidas, cambian las sábanas, la ayudan a orinar en la cuña, la limpian y la arropan. Ella, que jamás ha necesitado el auxilio de nadie, nunca, evita mirar el enorme espejo del armario que le devuelve la burla de su postración. Sintiéndose inútil y débil, gira despacio la cara en la penumbra y resiste ya sin fuerzas, resignada a lo que venga.

Hubo tres comienzos, porque siempre, en todo, hay tres comienzos. El primero le perteneció a noviembre y se construyó a base de niebla, el regreso a casa desde el colegio con una breve parada para comprar algo de merienda, el momento en que se metía en la cama cuando todavía había luz en el salón. El recuerdo de que con doce años escribía cuentos sobre niñas que se sentaban en las ventanas de los rellanos y desaparecían. La inquietante duda de que quizá lo último que hicieron antes de arrodillarse ante la guadaña fue ir al cine a ver dinosaurios milagrosamente transportados a través de los milenios.

Segundo tiempo, la casa se llenó de humo de tabaco y de una seguridad frágil y cómoda. Los viajes tras la niebla, mares nuevos; sirenas en la proa, mi barco mi tesoro. Los dinosaurios se extinguieron hace mil años. Levar anclas. Las mañanas y los nombres. Escuchar de los que pronto olvidan que no sabe manejar el tiempo, que tiene que dejarlo atrás. Y pese a todo seguir siendo a día de hoy amiga íntima de Cronos, aunque se empeñen en tirarse relojes a la cabeza y los viajes a través del tiempo no la resuciten como a las almas prehistóricas sino que la mantengan viva y atada a la hoguera del insomnio.

Pero hablábamos del primer comienzo, el génesis de niebla durante un invierno que se adelantó inexplicablemente. Su abuela ya estaba en casa, el silencio seguía siendo ley. Cuando ella se levantaba por las mañanas una hora antes de empezar las clases, la casa entera respiraba niebla, el color gris saltaba desde el ventanal de la terraza hasta el salón donde ella sujetaba su taza caliente entre las manos. La

tensión y la calma habían dejado de ser términos opuestos; deslizándose por el pasillo se habían fusionado en ese mismo salón repleto de partículas eléctricas. Algo realmente extraordinario. Era realmente la *primera hora* de todas, y ella la aceptaba y buceaba en paz, casi feliz, galvánica.

El fenómeno no se quedaba allí, sino que la acompañaba cuando salía a la calle y recorría a pie la distancia hasta el colegio, frías las aceras y los bancos, deliciosamente frío el portón de acceso al patio, e incluso cuando subía las escaleras que daban al tercer piso de aulas y se metía en la suya, el gris salvífico seguía allí, esa niebla protectora dentro de las propias clases a las que llegar era siempre como volver a casa, mejor que estar en casa. La rodeaba, flotaba sobre su cabeza, la sentía en sus pulmones y en sus ojos. Miraba incrédula y excitada a través de ella como si nada pudiera afectarla.

A principios de noviembre, el punto en el que la niebla se retiró fue un foco de luz intensamente rojo, dispersándose levemente a ambos lados de dos mejillas todavía grises y por encima de un fogonazo blanco envuelto en pieles negras. No hacía más que observarla, durante toda la clase de filosofía trataba de reproducir esos mismos tonos a lápiz en sus cuadernos, el gris, el negro, el rojo, y no era capaz de explicárselo.

Se instala en una torre desde la que no puede distinguir ningún detalle. Ninguna familia existía. Ni el tiempo ni la muerte existían. El futuro no existía fuera de aquel invierno. Ya no le duele madrugar, mucho menos los lunes, porque la primera hora es la de la clase de filosofía y lleva desde el viernes sin verla. Guarda su ansiedad como una llama clandestina que alimentar y proteger en lo más oscuro, se pregunta si no le estarán enturbiando la razón todas esas lecturas a las que se entrega como una mártir entusiasta. En la niebla cada vez más espesa de su mente, la misma que ve cada tarde en los pasillos del colegio cuando comienza a caer la luz y todo ya es invierno tras los cristales que tocan ramas negras, se mezclan y explotan relámpagos. La casa en penumbra a las ocho de la mañana. El tocador vacío de su madre. El taconeo de sus pasos en la escalera. Sus libros santos y cuanto proclaman sus autores desde el otro lado. El aula de tercero

vaciándose mientras ella espera en la puerta para verla aparecer desde el despacho al otro lado del pasillo... Verla. ¡Verla!

Intenta reconstruirla pieza a pieza a través de sus recuerdos, pero sólo se remontan a diez, como mucho doce años atrás y resultan insuficientes. Ojalá se hubieran conocido más, conocerse de verdad. Ojalá el tiempo le hubiera permitido mantener una conversación adulta con su madre, un intercambio más allá de lo que puede contar una niña sobre el colegio o sus gustos pasajeros. Si la hubiera conocido, si hubiera sabido cómo era, qué la inquietaba, qué pensaba de todos los temas y las cuestiones del mundo, no estaría corriendo el riesgo tan vulgar de idealizarla, pensando en su madre como la mujer culta y paciente que le regalaba libros y veía con ella *El mago de Oz* o *Cabaret*. Pero quién sabe —ya nadie lo sabrá nunca— si no habría odiado a esa misma mujer en los años despiadados de la adolescencia, si no habrían gastado los días entre gritos y broncas y peleas absurdas. En el fondo cree que no habría sido así. Se habrían llevado bien. Habría sabido aconsejarla en tantas cosas. La cabeza se le va a unos años atrás, a casa de sus tíos. Han ido a comer y a pasar la tarde. Una de sus primas, de unos veinte años (ella entonces debía de tener nueve o diez), acaba de poner fin a una relación, se la ve triste, pero ya no estaba enamorada del chico. En un momento dado se quedan solas en el salón su madre, su prima y ella, que finge estar viendo la televisión con muchísimo interés cuando en realidad toda su atención se centra en escuchar las palabras de su madre. «No dejes que nadie te haga creer que has actuado mal o que te has equivocado. Lo has hecho porque así lo sentías. Tienes que escuchar siempre a tu corazón y actuar como tu corazón te dicte. Es lo único que vale en la vida. Seguir a tu propio corazón». Su prima llora un poquito. Ella piensa confiada y feliz en cuántas palabras tendrá reservadas para ella, para cada uno de sus errores y disgustos, en el refugio que le brindarán sus brazos cada vez que tropiece. No tendrá nada de esto, pero entonces ella no lo sabe, ni se lo imagina, y sin que la vean sonríe. «Escucha siempre a tu corazón». Qué afortunada es de tenerla.

Vuelve al presente, a sus dieciséis años recién cumplidos. Ahora

sabe que esas palabras estaban dirigidas también a ella, o tal vez únicamente a ella. Que si a su sobrina la consoló tan bien qué no habría sabido hacer con su propia hija.

Insiste tanto, hace tantos esfuerzos, porque le aterroriza acabar olvidándose de su madre. Que llegue el día en el que ya no se acuerde de su voz. Se pregunta si cuando alguien muere tiene sentido seguir recordando su cumpleaños. ¿Esa fecha tiene todavía validez legal o de otro tipo? ¿Para quién se encenderían las velas? ¿Quién las soplaría? ¿No tendría más sentido celebrar otro aniversario a partir de ese momento, una especie de «cumplemuerte»? O quizá se podrían recordar ambas fechas como, en el fondo, la misma.

Sí, habrían hecho buenas migas. Le habría gustado adoptar la costumbre de llevarla a merendar al mejor sitio y hablarle de la inutilidad de los templos construidos por el ser humano, de atender únicamente a las llamadas más ocultas, las que escuchamos susurrar desde dentro, de hacer en la vida aquello que únicamente nos merece la pena, de ser quienes somos, de no callarnos nunca cuando presenciemos algo injusto. De todo eso habrían hablado, de lo bueno y lo bello y lo verdadero según reglas antiguas y universales, y ella habría recogido sus palabras en copas de oro y se habría sentido la persona más afortunada del mundo por tener a su madre.

Se propone encender unas velas para ella una tarde. Piensa que las soplará el viento si las coloca en la ventana de la casa donde siempre fue la anfitriona y donde su sombra todavía se proyecta.

«Escucha siempre a tu corazón».

Es una adolescente atravesando los años más turbios y está completamente perdida.

Cree que es la única que queda en el aula a las seis y cuarto de la tarde. No hay luz en los pasillos del tercer piso; simplemente la lamparita del recibidor de la capilla, al fondo del todo junto a las escaleras, ilumina las puertas de enfrente con un temblor oscilante. Sigue sentada en su mesa recogiendo papeles cuando todos han salido ya, pero de repente levanta la vista y no puede evitar un leve sobresalto: una chica pálida dibuja frenéticamente y en silencio en su

pupitre junto a la ventana y parece haber perdido por completo tanto el cómputo del tiempo como la intención de detenerse.

—¡No sabía que estabas ahí!

La chica alza los ojos, percibe en un parpadeo una oscuridad de la que segundos antes no había sido consciente, pero ahora tiene que esforzarse en distinguir los marcos de las puertas y las sombras proyectadas en el suelo. Los claros son de color azul oscuro y tienen forma rectangular, a veces sólo la línea dejada por un resquicio abierto. Vuelve a sentir la niebla, la misma niebla de la calle, en el interior del aula; distingue de golpe cada foco, el volumen distinto de cada objeto, cada baldosa del suelo, repentinamente piensa que no existe nada que no posea cierta fascinación. Entreabre la boca para coger aire. Sus mejillas o sus labios se derriten en las sombras como pintura muy caliente.

—Perdona, ya me voy.

El aire absurdamente empapado en alcohol, ésa es la impresión que tiene al levantarse. Un Rembrandt iluminando la caída de la noche. Sombras en sus mejillas y el rojo imposible haciendo daño a la vista. Se despide torpemente, ella sonríe afable. Sombras en sus mejillas.

Puede que el alcohol le envuelva en turbias nubes de delirio, o incluso que le deje semiconsciente la mayor parte del día, sentado en su sillón y esforzándose por sujetar un cigarrillo que a medida que se consume parece cobrar vida ante sus ojos, hacerse más grande, más brillante, más pesado. Ha de tener cuidado de no dejarlo caer sobre la alfombra ni de quemar el brazo del sillón, pero pesa tanto. A su derecha, en el salón en penumbra, un cuerpo menudo está recostado en la esquina del sofá con la vista fija en la televisión, quizá sin verla, y él tarda en reconocerla del todo. En un giro repentino de su cara distingue entre brumas las facciones que recuerda cada minuto de cada día, el pelo rubio, el ángulo de la mandíbula. Su hermana está recostada en el sofá, ahora le mira. Sin duda es ella. Es posible que esté ahí mirándole, que pueda tocarla si estira su mano. Permanece inmóvil sin embargo, temeroso de romper cualquiera que sea el hechizo que se la ha devuelto, pero no aparta los ojos de su cara, deja caer la boca en

una sonrisa que desde fuera debe parecer estúpida e injustificada, quizá llega a pronunciar su nombre, no sabe, la insistencia de su mirada cobra una fijación alucinada y demente hasta que por fin los rasgos se extinguen, se expanden de nuevo borrosos, se recomponen casi imperceptiblemente y su sobrina, aterrorizada, le pregunta qué sucede.

La veía entrar todas las mañanas muy despacito en su habitación, antes de salir de casa para ir al colegio con ese frío negro que hacía tan temprano, pobres criaturas. Sobre la mesilla dejaba por las noches un pequeño caramelo que la niña recogía después de darle un beso a su abuela, medio despierta en la cama. Todas las mañanas le decía que un pajarito lo había traído para ella, y era una historia que la niña no se cansaba de escuchar —«Se ha colado por la ventana y mira lo que llevaba en el pico, abrígate que hace un frío negro, tápate bien la garganta»—, como el cuento de la cucaña que tenía que repetir muchas noches de verano en la sierra antes de caer dormida —«Subían, subían, todos los muchachos querían subir hasta lo más alto donde estaba el premio, y se echaban harina o polvos de talco en las manos para no escurrirse hasta abajo». «Cuéntamelo otra vez, abuela, ¿era muy alta la cucaña?, ¿cómo hacían para no caerse?»—. Se acuerda todavía, de vez en cuando, ahora que desde la cama escucha la puerta cerrarse cuando su nieta sale por las mañanas sin despedirse.

Las mañanas de los jueves —la agradable oscuridad en el salón, la taza caliente entre las manos y el latigazo del frío a las nueve menos veinte camino del colegio— eran las fechas más propicias establecidas por los augures. El preludio abría sus puertas desde primera hora a la pequeña clase de latín, y siete horas más tarde llegaban las dos clases vespertinas de filosofía con ella. Las pequeñas torturas escolares y las asignaturas más odiadas que precedían a los jueves por la tarde apenas importaban nada. Todas las colinas se allanaban. Hacía el camino hasta el templo con el corazón galopándole la boca, aquellos eran los minutos más valiosos de toda la semana, cuando anochecía a las cinco de la tarde en los pasillos y todas las visiones se desplegaban

sólo para sus ojos. Al terminar las clases hablaban sobre cualquier tema mientras ella recogía su abrigo y su bolso. Casi siempre se la veía de pie frente a su mesa charlando con dos o tres alumnos, los últimos en bajar las escaleras hasta la puerta principal si las conversaciones se alargaban y ya no quedaba nadie por los pasillos en penumbra. El colegio estaba oscuro y en la calle ya era de noche. Ella les despedía sonriendo desde los peldaños de la entrada principal bajo las farolas encendidas. Se iba a casa pensando que los jueves, y el curso entero, se alargarían en el tiempo para siempre.

Es realmente guapa la tutora de su hija. Algo en su manera de vestir, de moverse, le suma una sofisticación hasta cierto punto nada destacable, tal vez elegante sin más. Pero es muy joven para demostrar tanta seguridad —le calcula treinta y cinco como mucho— y la templanza necesaria para enfrentarse cada día a cuarenta adolescentes, quizá es esa parsimonia de gestos y palabras y no tanto lo que dice lo que la hace tan interesante. Eso y que es una mujer realmente atractiva. En la segunda reunión de padres del curso le ha citado personalmente para hablar de su hija, puro trámite que él agradece, no teme que sea algo grave, y ahora está tomando café con ella en el bar de enfrente del colegio donde se escapan todos los profesores en cuanto pueden. Sorprendentemente se interesa por la situación familiar de la niña; considera, por lo poco que la conoce, que debe ser algo atípica. «También es muy dramática», añade. «No me atrevo a valorar si son sólo llamadas de atención propias de su edad o verdadero... —mide sus palabras— desconsuelo. Tiene un sentido del humor muy irónico, pero me choca que siendo tan joven exprese opiniones tan... —mide de nuevo pero no existe sinónimo posible— nihilistas». El padre parece absorto, ha bajado la mirada hasta su taza y ella considera oportuno apoyar ligeramente la mano sobre su antebrazo. Aunque nada de eso está influyendo en sus resultados y rendimiento: le confirma que saca las notas más altas y es una de las mentes más inteligentes del curso. Al padre le produce orgullo escuchar esto, pero también se siente incómodo. ¿Situación familiar atípica? ¿La niña vive en un permanente desconsuelo? ¿Cómo ha

podido saber eso y él desconocerlo? ¿Su propia hija habrá comentado algo? ¿Su cuñado, quizá? La escucha seguir hablando, qué rojos tiene los labios. «... simplemente es una adolescente y parece algo perdida... le vendría bien todo el apoyo que pueda darle... pero es una chica lista... no se preocupe...». Qué sabe él de la vida que lleva su propia hija, lo que desea, lo que le asusta, y cómo podría siquiera intuirlo o restaurar su confianza para que sintiera que puede hablar con él de muchas cosas, de todo cuanto la preocupe. Esta mujer parece saber más de ella en unos meses que él en toda su vida. Le mira fijamente, de repente se siente un niño extraviado, le da miedo estar allí y que esa mujer le hable, le da miedo saber, le da miedo que su hija se mude a vivir con él y no estar a la altura de sus necesidades ni conocer tampoco cuáles son, y le da miedo estar aportando motivos para que ella piense algún día que no fue un buen padre. Podría decirle todo esto a la tutora de su hija, se la ve comprensiva y cariñosa. Podría pedir su ayuda, podría preguntarle cómo hacerlo, cómo se sobrevive cuando te has quedado viudo al cargo de una niña de trece años que de pronto se revela como un misterio terrorífico. Podría incluso servirle de consuelo. Pero guarda silencio y asume que haga lo que haga en adelante el miedo ya no se irá nunca.

Ni siquiera recuerda la primera vez que la vio. Sería en septiembre, a principios del curso, cuando se presentó como la nueva tutora de la clase de tercero, pero ella no le prestó ninguna atención en ese momento; los primeros días sólo se lamentaba de no volver a tener a su profesora de historia del año pasado, la mujer más inteligente que había conocido en su vida y que les había enseñado a aplicar la lógica y a relacionar conceptos en apariencia desconectados. Más tarde llegaría todo revuelto en una espiral difusa de tardes de colegio, el frío de noviembre como una pequeña ventisca en la cara y las aulas iluminadas por neones blancos. Conceptos en apariencia lejanos, conectándose ahora como un recurso desesperado. Subía a casa una noche de verano unos años antes y su abuela la insultó nada más abrir la puerta del salón. «Guarra, pequeña furcia». Creía que era ella la niña que había visto desde la terraza escondida en los rosales con un

chico. Pero no era ella, era una de sus amigas. «Mamá, por favor, basta». Un remolino de sombras en los pasillos y viento contra los cristales temblorosos de las ventanas. Ella empeñándose en dibujar esas sombras sobre sus mejillas, poniendo todo su esfuerzo en seguir cada movimiento suyo sin comprender nada y al volver a casa después de matar el tiempo fugazmente en una librería de camino, acurrucarse en su rincón del sofá junto a la lámpara y aferrarse a su libro como a una tabla en un mar hostil, sin atreverse a levantar la vista de las páginas para no salir de ellas ni siquiera físicamente. Recordarla, de camino a casa, recordarla en un vértigo de asociaciones absurdas, calarse el gorro negro y hundir la nariz en el cuello del plumas. Nevó una tarde; al salir del colegio había cuajado y todos los coches tenían un espeso techo blanco. Frente al portal se entretuvo un momento en moldear un pequeño muñeco de nieve sobre un capó. Después subió en el ascensor, todos sus movimientos eran lentos, le contó a su abuela que habían jugado a tirarse bolas de nieve en el patio y ambas miraron juntas caer los copos por la ventana.

Si no fuera por los nombres esculpidos en la piedra, la constancia de las tumbas, podría pensar que aquellos días fueron sólo imaginados. Pero si hablara aquel largo pasillo, la espesa cortina junto al recibidor, el espejito de la puerta o el cenicero con las llaves... Si hubiera podido hablar su abuela entonces, justo en el instante en que a su nieta se le ocurrió cogerle la mano por encima de la manta, una idea tan absurda, tan descabellada... Ese momento trae otro, llama a aquel tan parecido que intentó hacía ya casi tres años junto a una cama de hospital. «Coge la chaqueta si te marchas, hace frío». Las últimas palabras que escuchó de ella, tan pálida y tan débil por la quimioterapia que casi le daba miedo acercarse y tocarla. «Volveré pronto». Pero si hubiese sabido que no volvería a verla nunca más. Fuera del hospital, en el pequeño jardín sin luces, batía el aire entre los árboles. ¿Por qué no intuyó nada entonces? ¿Habría sido capaz de darse la vuelta a la mínima sospecha, correr por el sendero de piedrecitas, atravesar de nuevo los pasillos pintados de verde y llegar otra vez junto a ella para obligarla a decir algo trascendente, algo al

menos que la tranquilizara y que pudiera recordar el resto de su vida? Ni un solo segundo resultó revelador. «Volveré pronto para verte». Y su madre trató de darle un beso con sus labios ya insensibles. Soltó su mano, que quedó inmóvil sobre las sábanas como un afilado hueso blanco.

Memoria se apacigua; el momento presente brinda un perfecto remedo a aquél del pasado, una oportunidad, incluso, de aportar algo de sentido a lo que no lo tiene. Por eso esta vez tiene perfecta conciencia de lo que ocurre, como si estuviese presenciando un acontecimiento perfectamente lógico que no tiene remedio. A decir verdad lo lleva observando todo desde hace un tiempo con una frialdad tan pragmática que la ha llevado incluso a apuntar un esquema de fechas según el cual comenzará una hipotética mudanza con su padre antes o después de las vacaciones de Navidad, dependiendo del momento en que su abuela muera. Es un miércoles festivo, se ha levantado tarde como hace siempre que no tiene clase, y su tío está vestido como para salir. Le explica que acaba de llamar a una ambulancia porque la anciana ha sufrido una recaída esa misma mañana al tratar de levantarse. Ahora se encuentra echada con los ojos cerrados y murmura palabras inconexas agitando la cabeza y las manos como en un desesperado esfuerzo por hacerse entender. Su hijo, junto a la cama, le dirige frases y preguntas sencillas que es obvio que ella ni siquiera puede escuchar.

La nieta se acerca y, pese a todo, algo le golpea suavemente el pecho cuando observa la expresión agitada de su cara. Parece querer decir muchas cosas necesarias, cosas que nunca ha dicho antes y que ella misma reconoce y discierne pero que nadie más comprende. Le pide a su tío que no insista, es casi un acto de piedad limitarse a escucharla sin hablar; él parece sorprendido y resignado al oír esto y abandona la habitación sin decir una palabra. La nieta mira a su abuela en silencio, no tanto temerosa como subyugada, y siente lástima de repente, una compasión suave y profunda que desbarata soplando ligera sus cálculos y la lleva, casi sin darse cuenta, a estirar el brazo por encima de los pies de la cama para buscar su mano. Pensaba que no iba a tener fuerzas para responder al contacto, pero se

asombra casi hasta el sobresalto cuando la anciana aprieta su mano y la mantiene así un instante, firmemente apretada. Su vida se acababa y ya no era capaz de ninguna locuacidad, ninguno de los comentarios irritantes por los que la mandaba callar a menudo (¿cómo era capaz de hacerlo, cómo no sintió nunca compasión antes de aquello?); ya ni siquiera eran palabras lo que salía de su boca mientras movía constantemente las cejas y la cabeza, eran tan sólo sílabas inconexas que escapaban de la lucidez entre balbuceos.

A la mañana siguiente la luz le hace daño en los ojos. Su tío abre súbitamente las puertas correderas del comedor, donde ella dormía en su mueble-cama, y enciende el interruptor sin delicadeza alguna. Le parece distinguir que hay más personas con él, algunos primos y familiares que no reconoce a primera vista, pero nadie actúa como si ella estuviera allí también. Sabe enseguida qué está ocurriendo pero no se altera ni se molesta en quejarse por un despertar tan brusco; sólo se preocupa en despegar del todo los párpados y salir de la cama para no llegar tarde al colegio. Sin mirarla, sin haberle dicho nada todavía, actuando simplemente como si no hubiese nadie en la misma habitación y él tuviese que cumplir una misión improrrogable, su tío coge el teléfono y marca un número. Después se dirige por fin a ella para preguntarle escuetamente y con impaciencia si piensa acompañarles al tanatorio. Su única reacción es mirar el reloj y el calendario. Son casi las ocho de un jueves, el día sagrado. Su excusa es un falso examen que afirma tener ese mismo día. Su tío masculla algo y sale de la habitación frenético mientras una de las estatuas trata de convencerla levemente: ella se sonríe de tan tibios e inútiles esfuerzos. Cuando todos se marchan, comienza a vestirse sin pensar en nada. En el descanso a media mañana lo comenta de pasada, como algo más que ha hecho durante el puente, y cuando sus amigos le preguntan sorprendidos si está bien, ella se queda perpleja. Igual que cuando ve que su padre la está esperando a la salida y parece verdaderamente afectado, diría que incluso culpable por no haber visto a su suegra desde hace casi un año. Y de repente está muerta y él parece no entenderlo en absoluto. Se descubre a sí misma sonriendo incrédula

ante la ingenuidad de su padre, pero su voz de repente la irrita cuando le oye sugerir que aquella tarde no debería ir a clase. Entonces no puede evitar reír abiertamente, lo cual aumenta su conmoción. Por supuesto que piensa volver al colegio después de comer. Ya podían morirse todos. ¿Por qué iba a estar triste o consternada? ¡Era jueves e iba a verla!

La tarde antes de la fiesta de Navidad en el colegio van a comprar chucherías y aperitivos. Desde la puerta de la tienda observa con nostalgia adelantada la que pronto dejará de ser su casa. Una de sus compañeras le pregunta si es verdad que se va a ir a vivir a otro barrio de la ciudad, cuánto tardará en llegar desde su nueva casa y si va a tener que cambiarse de colegio. Esto último es lo más descabellado que ha escuchado en su vida; sacude la cabeza pero la idea de mudarse ya está firmemente instalada en ella —«Las consecuencias ahora son impredecibles», han sido las palabras de su padre—, y aunque no vaya a cambiarse de colegio (eso es absolutamente impensable), espera el cambio con una mezcla de emoción e incredulidad. A su tío se lo ha comunicado sin ningún tacto, una tarde cualquiera antes de secarse el pelo —«Voy a irme con mi padre»—, sin responsabilizarle de nada y sin hacerle partícipe tampoco, un mero trámite dejar caer la noticia y entregársela en un gesto de desafección, aquí la tienes, haz con ella lo que quieras, sigue adelante tú solo, procura no apenarte demasiado.

El frío es desgarrador en las calles aledañas. Son apenas seis minutos, cuatro cruces, los que separan su colegio de la casa donde ha vivido siempre, el escenario de la felicidad indiscutible de su infancia y de aquel invierno prodigioso. Volverá a sentarse en los sillones de «la casa grande», volverá a ver los cuadros y los vestidos guardados de su madre en los armarios, abrirá los cajones que no ha tocado desde la última vez que la visitaron hace ya cuatro años, descorrerá las cortinas del salón y verá cómo se llenan de luz los muebles oscuros, se sentará en la cama de su habitación y tendrá de nuevo entre sus manos los cuentos que no ha leído desde niña. Despertará los sábados en un decorado limpio de paredes diáfanas. Disfrutará de vistas más amplias

desde la terraza. La mano de su padre volverá a posarse sobre su frente si se pone enferma.

Siente un desasosiego atroz cuando piensa en su tío quedándose solo. Pero las consecuencias de vivir con él, como ha escuchado decir a su padre y a su tía, podrían ser ahora impredecibles.

Y cuáles son las consecuencias. El turbio cómputo, imparable, y las habitaciones vacías de su casa, un laberinto trágico de latitudes monstruosas. Se ha convertido en alguien a quien temer, en una amenaza imprevisible de cuyo lado deben apartar a su sobrina. Pero se pregunta cómo sin apenas mirarle han podido encontrar en sus ojos la tendencia del suicida o la precariedad del depresivo crónico. Y es posible. Ella ha decidido irse. Para él, solo en mitad del pasillo, sin nadie ya, es como si hubiera desaparecido una tarde al volver del colegio. La imagina por última vez preparando su mochila para el día siguiente, su uniforme sobre la silla, la rubia, luminosa cabeza infantil revolviendo en el armario cuando era toda la alegría de sus días, mientras enciende la luz de la despensa y busca sin ganas algo para cenar entre las conservas de los estantes. En cambio encuentra recortes de periódicos de hace unos cuantos años y trabajos escolares que se ha dejado allí olvidados. Qué le queda por vencer. La nada, la nada entre las manos y bajando desde el techo. Es entonces cuando escucha claramente la voz de su hermana desde el salón. Se le caen de las manos los papeles, al girarse bruscamente se golpea de espaldas contra la estantería y unos cuantos botes caen y ruedan hasta la pared. Pero no la ve. Sólo escucha su breve risa y luego, nada. No sabe cuánto tiempo permanece así, observando la bombilla que se balancea en el cable, hasta que por fin reacciona, recoge las latas y las cartulinas del suelo y comprende que nadie le espera ni él espera a nadie, esa casa es lo último que tiene, un refugio vacío y tóxico del que todos han huido o se han quedado allí para morir.

Cuando salieron del colegio, después de dejar todas las compras bajo llave en uno de los armaritos, no quedaba nadie en la puerta principal, aunque las luces del amplio vestíbulo continuaban encendidas y el

amarillo acogedor se había desparramado por las baldosas del patio interior. Todo el suelo estaba lleno de sombras en ámbar. En el reflejo de las cristaleras distinguen una fugaz silueta negra que les saluda brevemente con la mano, un súbito golpe de luz en mitad de la noche.

Se pasa el resto de aquella tarde grabando canciones para la fiesta del día siguiente. Su padre llama por teléfono para quedar a las seis: él tiene que llevarle unas cajas grandes de cartón para que pueda empezar a empaquetarlo todo. No está especialmente entusiasmada cuando cuelga, mira a su alrededor con calma y se recrea en la cálida negrura que desborda el comedor. Qué extraño resulta, a ojos de su familia, el vínculo que parece atarla a esa casa. Tampoco se explican que siga prefiriendo vivir allí, con un hombre tan depresivo y tan neurótico que es evidente que no puede cuidar ni de sí mismo. Qué dirían si en ese momento confesara que no se acuerda de que hace apenas diez días que su abuela ha muerto ni de que su tío se ha ido ya a la cama cuando ni siquiera son las ocho. Sin embargo, piensa en el negro de su abrigo, en el brillo fugaz de su labio inferior, los toques de rubio luminoso, y tiembla de impaciencia. Se acuesta pronto y duerme nueve horas del tirón. No han llegado aún los días que trate de vencer lo antes posible apartándose la luz de los ojos. Su barco todavía no es criatura nocturna ni se ha acercado aún a las latitudes infranqueables de Insomnio.

A las seis en punto está sentada en las escaleras de la puerta principal, frente al paseo de los castaños de Indias. La fiesta ha terminado y todos han salido antes. Hace rato que el sol ha dejado de ser un difuminado disco blanco, el frío es un afilado vuelo sobre las aceras. A las seis y cuarto todavía se extraña del retraso. Mira hacia arriba, a las espesas ramas negras. A las seis y media, uno de los profesores más jóvenes sale a fumar un cigarrillo y ella le pide una moneda para llamar por teléfono. Se acerca a la cabina del otro extremo de la calle y marca el número del móvil de su padre. Desconectado. Llama entonces a su casa y salta el contestador. Ya no le cabe la menor duda de que su padre no va a venir. Pero vuelve a sentarse en las escaleras

de la puerta principal, como si fuera el único lugar seguro que conoce, y permanece con la mirada fija veinte minutos más allí, helada de frío, conteniendo la ansiedad, pero ya sin esperar a nadie. Duda si marcharse a casa con su tío, enfrentarse a una explicación que no sabe verbalizar, o entrar de nuevo en el colegio —para qué—, cualquier opción le parece un desarraigo impuesto. En el fondo es tan ridículo no saber qué hacer ni dónde ir. Decide congelarse en la espera de un burdo Godot irreemplazable, ya ha perdido toda sensibilidad cuando de repente la ve acercarse desde la cristalera. Primero el sobresalto en el pecho, después el trance bochornoso de confesar que su padre no se ha presentado a la cita, la disculpa inventada de que quizá le haya surgido algo imprevisto o una urgencia. Tiene una sonrisa que desarmaría ejércitos o los conduciría a la última batalla. Le pregunta si quiere que se quede un rato acompañándola. «¿De verdad te quedarías conmigo?». Toda su sangre se ha puesto de pie pero su propia voz responde que no, que no se preocupe, seguro que hay una explicación, esperará cinco minutos más y se marchará a casa. Se despide de la huérfana con un beso en la mejilla y se aleja bajo la sombra de los castaños de Indias hasta parar un taxi. La observa largo rato como un niño que se ha quedado mudo de repente, ya no piensa en la mudanza ni en su padre ni en no tener casa a la que volver, simplemente echa a andar despacio hasta llegar al portal y subir en el ascensor hasta el cuarto piso, donde su tío quiere decir algo alentador cuando la ve abrir la puerta con el rostro abatido pero no sabe sino escoltarla con la misma expresión. Su padre no ha llamado. La habitación de matrimonio está a oscuras, el armario y el tocador desposeídos. Dónde están todos los que vivían allí. El gran espejo del armario devuelve un gesto indómito, la decisión del golpe y un cambio terrorífico en la luz cuando algo crece dentro de ella súbitamente, un fuego, una bola de metal o una espiral de pinchos, no sabe, pero vuelve a ponerse el plumas y sale de aquella casa en la que su madre ya no está, ni tampoco están su abuela ni su padre ni se escucha ninguna voz ni queda atisbo alguno de esperanza, y de nuevo se expone al frío de las calles desiertas y a las farolas impasibles que la ven iniciar una carrera frenética. Corre sin detenerse hasta el colegio,

notando en las mejillas el calor del esfuerzo y de las lágrimas, sin poder respirar apenas pero queriendo gritar y correr más deprisa, deseando que todavía haya alguien esperándola en la puerta pero sabiendo que no va a haber nadie, que ya no hay nadie allí. Llega sin aliento al pie de las escaleras, la cara emborronada por el frío y el llanto, y le causa un espanto alarmado ver la puerta cerrada. Allí no queda nadie. No está su padre como había prometido, y tampoco está ella. Se aparta el pelo de los ojos y aprieta en el puño los mechones. Nunca antes, nunca después, deseará con tanta violencia el regalo inesperado de cualquier compañía, la que sea. Que ella apareciese de repente como había hecho una hora antes, que se acercase despacio bajo la sombra de su paraguas y se detuviese a su lado para preguntarle qué ocurre, qué está buscando allí a esas horas, allí sin hacer otra cosa que asfixiarse, de pie bajo la llovizna que comienza a caer, completamente sola en la calle, mirando a ambos lados con urgencia desesperada, luchando por respirar, sintiendo crecer en su cabeza el delirio y la furia y la intuición de la fiebre hasta que por fin consigue verla donde no está, bajando por las escaleras de la puerta principal con el abrigo negro desabrochado y diciéndole algo antes de subir a un taxi.

Un coche se aleja. No queda nadie en el colegio; la verja está cerrada y el interior oscuro tras los cristales. No hay nadie allí ni en ninguna otra parte.

Ha estado toda la mañana metiendo libros en cajas y llenando de ropa un par de maletas. Al día siguiente su padre la ayudará a llevarlas en el coche, pero ahora dice que prefiere cargar ella misma con algunas cosas, y la ve salir por la puerta con la mochila y una bolsa grande. Ya no volverá por la noche; se engaña con la esperanza de que pronto venga a visitarle. La ha despedido con un beso en la cabeza como cuando era pequeña. Se queda mirándola desde la terraza mientras atraviesa la plaza camino de la parada del autobús. Aunque no la verá, intuye con acierto que lo primero que haga cuando llegue a su nueva casa será abalanzarse sobre un papel en blanco y apuntar la fecha: 22 de diciembre. Él pasará las Navidades solo.

Hay una luz que parece acercarse, pero es sólo un sueño turbio del que despierta a medias después de unas horas de estudio. Abre los ojos en un salón sobrecargado donde la tarde entera se está cayendo. Se incorpora para mirar los colores del crepúsculo, en la pantalla brillan azules los vídeos de canciones nuevas. Lo que queda de luz permanece en un estado de inconsciente perezoso, la cara apoyada sobre los cojines ásperos, los dedos contra el cristal. Iba vestida de negro y sus labios eran rojos y brillantes. Cree verla de verdad por un segundo, doce pisos más abajo en un círculo de luz del parque, hasta que vuelve a parpadear y reconoce de nuevo el sonido de la música R&B. Se levanta pesadamente, recién arrancada de una siesta horrible, y siente un latido de tambor en las sienes. Vuelve a mirar por la ventana, abajo, abajo, las copas de los árboles, la calle vacía, los coches aparcados, puertas invisibles, lo que tiene entre sus manos, no sabe lo que es; y en un impulso la abre y saca la cabeza a la noche para que el aire gélido de enero le revuelva el pelo empujándola desde atrás hacia delante.

Meses después, en febrero y marzo, cuando el frío era todavía de color blanco sobre la ciudad, se pasaba tardes enteras en los pasillos del Prado, tratando de copiar en sus bocetos los ojos sin pupilas de las estatuas, los pliegues de las telas y los brazos que se caían a los costados. Largas horas caminando por las enormes salas hasta que el cansancio la obligaba a sentarse en uno de los bancos de mármol, la carpeta entre las manos y los ojos todavía perdidos en la bendita oscuridad de Caravaggio. En ninguno de los cuadros encontró el color que estaba buscando, aquel tono azul grisáceo de las paredes del colegio cuando se iba la luz por las tardes. No existía en ningún lienzo, en ninguno de los claroscuros. Y de tanto esforzar la vista, o de pura frustración, se quedaba adormecida con la cabeza apoyada en el respaldo del banco, todavía sin desaparecer del todo las cortinas de los rincones como si formaran parte de un salón extraño visitado en otra infancia. Sentía que alguien se sentaba a su lado y miraba de reojo sus dibujos. Ella abría los ojos con pereza y se abstraía en un solo color, en la posición exacta de unos dedos. Seguía dibujando hasta perder

toda noción de realidad y tiempo; cuando salía de allí era ya casi de noche. En el autobús, de camino a casa, todo lo que veía a través del cristal era el asfalto húmedo bajo el cielo brumoso, brillos rojizos en las fachadas de los edificios y luces blancas y amarillas en los charcos. Las estrellas encendiéndose una tras otra sobre las nubes que se apartaban, la última débil franja de luz en el aire hasta que la total oscuridad acababa por cubrir cada perfil. Entonces el negro infinito, las ramas negras, crespones o escudos, el aire negro explotando en círculos de fuego alrededor de las farolas. Negro y más negro, cósmico, inaudito, enmascarando o venciendo toda resistencia.

Poco a poco se iban aclarando los días. Era como sentir que se estaba preparando una guerra en el cielo. Las nubes se apartaban y volvían a alzarse rojas, y apetecía permanecer en casa como una criatura sosegada mientras fuera las calles se calmaban bajo la metralla incesante del sol retirándose. Todo el universo estaba en calma, postrado calle abajo, guardando entre silencios la constancia de un duelo encubierto mientras mayo rodaba por las escaleras del pabellón más alejado durante los últimos ensayos de la función de fin de curso.

Levanta la vista un momento de sus apuntes para los exámenes finales; todo se va tiñendo de azul. Es quizá el mejor momento para ansiar la serenidad de un solo instante, mientras el azul galáctico se extiende y cae justo sobre su cama a través de una ventana sin cortinas abierta de par en par al anochecer de junio. Siempre lenta regresaba la noche, y con ella la calma de los veranos que fueron. Se siente libre y rota como un muñeco sin brazos tirado sobre las sábanas, la mirada dispersa en el aire oscurecido. Azul claro, azul profundo en oleadas desde la ventana. Últimos días de clase y al día siguiente volvería a verla.

Muy lejos, en la noche, en el otro lado de la ciudad, el sonido de un motor tal vez se preguntaba quién le traería calma antes de extinguirse mientras alguien le hacía rugir en dirección opuesta. Aún no lo saben, pero la vida hará sus juegos malabares para que se acaben encontrando. Sin embargo, es impaciente, y mucho antes de que ocurra eso ella ya se pregunta quién le traerá calma cuando el

colegio (y todo) haya terminado.

A finales de junio van a Lisboa de viaje de fin de curso. En el autobús, una de sus compañeras de clase sigue el ritmo de la música con la mano sobre el pecho y le enseña las carátulas de los discos y el significado de las letras en inglés. Visitan varias ciudades, prueban un café delicioso, atraviesan corriendo las fuentes del suelo, y a media tarde el calor provoca que deba salir unos minutos a la amplia plaza de piedra para tomar aire porque comienza a marearla el color verde oscuro de las paredes de los palacios. El mal del arte, dice, comienza a cogerle gusto a recrearse en extravagancias. Como la de romper a reír al darse cuenta de que el techo de una de las capillas de Coimbra se había desplomado hacía mucho tiempo, cuando los túneles exteriores devolvieron con pereza la broma como en una segunda confesión. «Compórtate». Ya a los dieciséis era una reina altiva, y qué sabían las monjas de catedrales... Alguien también miraba la cúpula desvencijada, con los labios muy rojos y en silencio, desde el umbral de una puerta sin luz, y durante el largo trayecto de vuelta al anochecer en el autobús de dos pisos dispararon una foto repentina en el momento en que observaba cómo ella, medio dormida en los asientos de la izquierda, reclinaba la cabeza y dejaba caer de las manos su libro de Lovecraft.

Se trae de Lisboa únicamente esa visión en el autobús al anochecer. Una de sus amigas escuchando música en el asiento frente a ella y el implacable ritmo como un tambor bajo la camiseta de tirantes. Se extiende ante ella un verano largo y dócil en el que no ha planeado nada más que pasarse los anocheceres y los amaneceres mirando por la ventana. No tenía previsto sentir en el pecho algo como dejado ahí descuidadamente por los muertos.

La vida golpeando.

Qué hay más allá de su ventana. Para qué, para quién despierta la ciudad cada mañana. Ella lo ve todo sentada desde su cama, cómo se reanudan las vidas, las pequeñas existencias de las personas que ve

tras los cristales, una simple observadora desde el otro lado, inmóvil, incapaz de ninguna acción. Agradece lo que cree empatía si algún amanecer se levanta nublado o algo lluvioso, pero nada más. Desde esta orilla, los libros de sus estanterías son todo el mundo que conoce, las horas del día que atraviesa sonámbula y el silencio de su padre que se levantará temprano para dejar que transcurra el tiempo paseando. Y vuelven a romperse sus defensas porque no es jueves en invierno sino julio o quizás agosto, poco importa, y está exiliada.

Se sorprende de la nueva disposición de algunos muebles y de las coloridas máscaras con las que su tío ha decidido decorar el pasillo y la terraza. Se alegra sinceramente de verla, le ofrece algo de beber o merendar. Ella se sirve agua en la cocina y se siente extraña al coger el vaso del armario y abrir el grifo. Incluso le parece raro estar sentada frente a él en el sofá manteniendo la espalda tan recta, sin apoyar la cabeza en los cojines ni subir las piernas, adoptando una postura de invitada en su propia casa tan incómoda como inaudita. Sonríe algo forzadamente también, sobre todo cuando su tío le regala un estuche de maquillaje con todas las sombras de ojos formando un pez multicolor. Le pregunta si ha terminado bien el curso, dónde quiere ir en verano, qué piensa hacer su padre. Si está siendo responsable o ha vuelto a largarse. Ella guarda el estuche en su caja después de decir que es muy bonito, intenta ser amable y tener paciencia, se enternece incluso imaginándole en la tienda preguntando tímidamente a las dependientas antes de decidirse por ese modelo, pero comienza a exasperarse. Intenta dar de nuevo con el momento exacto en que empezó a alejarse de su tío, cuándo su cara adelgazó tanto que dejó de ser un círculo acolchado donde se expandía a todas horas su buen humor para alojar sólo una negrísima barba y un rictus sobrecogido, piensa otra vez en justificarse con detalles que la irritan. Cuando era pequeña le parecía todo un acontecimiento si su padre y su tío hablaban, tan insólito era que ambos cruzasen siquiera unas cuantas palabras o un breve diálogo. No se podía llamar propiamente tensión a la distancia que mantenían, sino más bien una especie de indiferencia mutua que le hizo crecer preguntándose qué pensaría en

realidad su padre de aquel hombre. Antes de marcharse de allí, su padre le reclamó a su tío la copia que conservaba de las llaves de la casa grande. Aquella era su intimidad, repetía, y él no tenía ningún derecho a entrar en esa casa. Su tío no sólo se negó a dárselas sino que le aseguró que iría cuando lo considerase oportuno a hacer un inventario. Semanas después llamó furioso, pero no llegaron a hablar entre ellos. Fue con su hija con quien se descargó, simplemente porque dio la casualidad que ella cogió el teléfono, y la instó a comunicarle a su tío que no se le ocurriera volver a aparecer por allí. «Ese... ese... homosexual...». Pero la voz le temblaba, no dijo la palabra convencido de que fuera un insulto ni tampoco la pronunció con la rotundidad del odio. Pese a ello, fue el único disparo que le llegó de su padre en toda su vida. La dejó inmóvil. Nunca más repitió nada parecido, pero aquella vez fue suficiente para considerarlo algo más que una mera detonación aislada, posiblemente una idea que llevaba tiempo alimentando. La afectó y la entristeció como si hubiese estado dirigida a ella misma.

Y qué puede hacer ahora después de presenciar durante años cómo sus órbitas se alejan. A quién de los dos debería defender.

Ya no enciende nunca su tocadiscos ni se pone sus vídeos de ópera. Antes de marcharse le ha preguntado a su sobrina cuándo va a volver a visitarle. Le ha dado por pensar en un pasaje de la Biblia que le impactaba especialmente cuando escuchaba las misas de domingo en el pueblo, todo atención y seriedad, aquel en el que Jesucristo expulsa a latigazos a los mercaderes del templo. «No convertiréis mi casa en cueva de ladrones...». Pocas frases tienen una grandeza trágica semejante.

Su casa se ha quedado igual que un templo vacío de ladrones... quizá les haya expulsado él mismo sin saberlo. Su sobrina, idéntica a su madre, le dice adiós con la mano desde la calle más alejada de la plaza justo en el momento en que la verdad cae sobre su cabeza como el silbido de un látigo.

Había una vez un hombre triste, un visionario. Escribía despacio

cuando le acecharon sus últimas horas, mirándole desde detrás de la puerta con la misma obstinación que sujetan las Parcas su madeja. Escuchaba *Tosca*, cuidaba sus libros. Cuidó de la única hija de su hermana muerta, la cuidó hasta volverse loco. Y entonces comenzó a hacer cálculos, noches enteras escribiendo en la mesa de la cocina porque no le salían las cuentas de todos aquellos años. Qué eran en esa casa sino dos huérfanos en el pasillo, él enfrentándose a su nombre, la niña haciéndose la valiente pero en realidad muerta de miedo. Y mientras, las Parcas aguardaban, sin prisa, certeras; y la única hija, agotada de llorar y de maldecir el color de su pelo, se quedaba dormida en su torreón hecho de hielo después de pasarse mucho tiempo pensando cómo y dónde podría hacerse con una pala para desenterrar el cuerpo que el visionario estaba confundiendo con el suyo, porque al fin y al cabo los visionarios nunca se equivocan y empezaba a dudar que a quien enterraron no fue a su madre, sino a ella misma.

Otra vez agosto, esta vez completamente sola en su casa de la sierra. Siempre que puede se escabulle de sus amigas, de los bares y de los chicos guapos a los que besa y busca únicamente el retiro y el silencio. Al atardecer recorre los mismos caminos por donde su madre y ella se detenían a robar lilas cuando era niña, encuentra en los armarios ropa y chubasqueros, artículos de playa, juguetes olvidados, antiguos carnés de piscina y viejas postales de recuerdo que no se cansa de mirar, hojea sus libros con recortes de flores a modo de marcapáginas, tumbada en la cama repasa lentamente con los dedos el papel pintado de la pared, recuerda el código de pequeños golpes que su madre y ella usaban para comunicarse a través del tabique, se queda en la terraza durante horas contemplando el lucero del alba, se acuerda de su padre colgando farolillos de los árboles del parque durante las fiestas de agosto.

No se olvida de nada, ese perverso don del recuerdo se la lleva por delante y aun así no es capaz de evitar el torbellino, la avalancha de días y fechas y hasta la ubicación precisa de enseres o luces o sombras, lo recuerda todo con la misma intensidad con la que años más tarde se

le grabará a fuego un lugar concreto, la posición exacta de la aguja del minutero, cuando le rompan de nuevo el corazón en las escaleras que hay debajo del gran reloj del museo D'Orsay en París.

Algunas noches entran en una pequeña discoteca que les gusta a sus amigas porque el piso de arriba suele estar siempre vacío, y a ella también pero por otra razón: hay un ventanuco desde el que puede observar la calle y las montañas a lo lejos, a veces le da por pensar en su tío, mientras sus amigas bailan.

Siempre le daba los buenos días sonriendo. Por las noches, en la terraza, levantaba la vista del libro que estaba leyendo para prestar atención a los nombres fabulosos que desplegaba para ella señalando desde la ventana: los Siete Picos, la Mujer Muerta, la Bola del Mundo. Rendida a la fascinación, terminaba dejando el libro a un lado para contemplar con él las montañas y las luces de los trenes que desaparecían en los túneles.

Aprendió de él lo poco que sabe de ballet y ópera, cuando le parecía una divertida excentricidad propia de su tío que sonara a todo volumen cada mañana de sábado el aria de *Tosca* y el cuarto movimiento de *El lago de los cisnes*, la misma música prodigiosa que dejará reproducirse en bucle en su ordenador años después hasta arrancarle las lágrimas recordando la desesperación de Odette por llegar a tiempo al castillo entre las rocas o cómo brillaban las estrellas la noche en que Mario contempla su muerte aproximarse.

Se alejan de la música y las luces de la plaza hasta la soledad del paseo arbolado que bordea la carretera de subida al puerto, y antes de sentarse en el césped ella ya comienza a besarle ansiosamente como si acabara de regresar de la peor de las batallas, cubierto de sangre y de lágrimas, o como si fuera ella la que partiera hacia la extinción justo después de esa noche. Incluso el chico parece algo descolocado, ni siquiera se atreve a tocarla, pero las vestales, esto lo sabe de sus libros de mitología, poseen un extraordinario poder de convicción. Minutos más tarde sube las escaleras de su casa con la templanza de quien

acude a formular su pregunta pese a haber sido advertido de la ambigüedad del oráculo. Y algunas horas después observa al chico durmiendo en su cama, su amplia espalda desnuda apenas cubierta por la sábana. Sólo ha sentido un poquito de dolor, nada más. Ningún deseo. Ningún rechazo. Es rubio y guapo; tiene un perfil suave, así de lado casi parece el de una chica. Aparta la mirada, repentinamente asqueada por lo que acaba de pensar, incluso por lo que acaba de hacer, pese a que el chico —le mira otra vez— ha sido dulce y le da algo de pena haberle utilizado así y querer echarle ahora de su casa. Se apoya en la ventana. Mientras amanece empiezan a disiparse las nubes bajas y escucha algún tipo de respuesta desde alguna parte de donde llega también la luz: «Conviértete en bálsamo. Aprende a olvidar. Y la verdad vendrá sola, porque la verdad será todo lo que hagas». Pero no puede entregarse; contempla su arco roto, sus manos llenas de heridas, y se niega a concederle a su causa una tregua. Ha sido la última noche del verano. Por la tarde su prima vendrá a recogerla en coche. Se toca la frente sabiendo que tiene fiebre, pero a quién puede avisar, qué puede hacer allí sola sino esperar la posibilidad de una certeza cuando los días se aclaren. O quizá no se aclaren nunca y deba seguir tensando a oscuras ese arco mientras se obliga a tranquilizarse y afinar su puntería para cortar una tras otra todas las cuerdas.

Pronto será octubre. Pronto será noviembre. Se desmayan las estaciones y se deja reposar a orillas de la levedad, frágil, de paso, extraordinariamente ingrávida. Qué hay sino cenizas blancas dentro de nosotros. En realidad le gustaría sentirse como un piel roja adolescente, jinete a pelo de un potro castaño sudoroso por llevar galopando desde el alba. Aferrado a sus crines, sería la imagen perfecta de la libertad y del deseo; nada habría sido capaz de detener su vuelo; si en ese momento se le hubieran puesto delante las bayonetas se habría lanzado sin miedo contra ellas cantando en lengua india. Gritaría incorporándose sobre su montura para acelerar la carrera, se le caerían del pelo las plumas y la única flecha del carcaj pero no le importaría, saldría fuego de los cascos tras de él, su pecho todo entero sería un temblor de tormenta y tierra, idéntico al modo como se fraguan las pasiones meteóricas, en los rincones más profundos y secretos del acontecer.

Pero reprime todos sus instintos, acalla todos sus tambores, evita que nadie se le acerque, desprecia profundamente a quien expresa con alegría y sin prejuicios lo que ella misma desearía, y casi le parece una broma de mal gusto escapar y que llegue ese día, cuando la memoria no necesite estar encadenada y entre rejas porque se habrá calmado al fin y ya no supondrá un peligro dejar la puerta abierta.

Hay días inmerecidos y solitarios como la mañana de Navidad, como un vaso de cristal vacío en la mesa de la cocina. Hay una ventana desde la que ve o imagina caminos de tierra por los que ya ha caminado en su infancia, calles que ya ha transitado, el gris del amanecer y un cielo tranquilo cargado de augurios que conoce, porque esa tristeza que se los ha ido llevando a todos por delante, uno por uno, ha de cobrarse necesariamente su siguiente víctima. Por eso hay un hombre que escribe el final —con calma, sin ninguna prisa,

todavía esperando porque le resulta imposible creer que su final va a ser ése, y no otro— para al menos dejar constancia triste de lo que fueron, después de tantos años brillantes, sus últimos meses solo.

Sólo hay urgencia cuando el viento se agita con toda su furia en la madrugada blanca y profunda. El teléfono queda demasiado lejos para llamar a nadie y él se siente tan débil que quizá sea mejor que se tumbe un momento en el sofá. Unas noches antes le pasó lo mismo, un malestar tan insoportable que llamó a un taxi para que le llevara al hospital, a cualquier sitio donde alguien pudiera atenderle, calmarle, pero ahora, si permanece quieto y sosegado, quizá acabe durmiéndose y se encuentre mejor por la mañana. El miedo es más terrible que el dolor. Hace frío en todas partes. Se acerca el pequeño radiador eléctrico y un deseo desesperado de que una voz le acompañe le impulsa a encender la televisión. Permanecerá encendida varios días, hasta que le encuentren. En el momento en que apoya la cabeza sobre el cojín todo parece replegarse sobre sí mismo —mañana estará mejor, vendrá su sobrina a verle, será capaz de hacerlo bien desde el principio— y la realidad se desdobla ante sus ojos. Ve las paredes del salón a oscuras pero ningún mueble, sólo un ventanal enorme abierto de par en par por donde entra a chorros una luz distinta y se alargan ramas desnudas como látigos o manos negras que esperan a estrellarse contra un cielo blanco imposible. Podría estar en cualquier otro lugar, dondequiera que se encuentren su hermana y su madre y puedan hablarle y la luz sea tibia y se derrame sobre él y le dé algo de calor. Intenta alcanzar la manta; el esfuerzo se hace agónico, el grito le quema en la garganta. Dónde están si las llama. Por qué no vienen. «Por favor, que alguien venga, no quiero estar solo». Diáfana la luz como la voz humana al lamentarse.

Entra una sombra de repente y le ve allí, con todas sus medicinas esparcidas por el suelo, y ve también las cosas que se fuerzan por la injusticia y la necesidad, las aguas que se pudren de pura saturación. Se agacha frente a él para observarle con sus ojos enteramente negros, es sólo un ligero cambio de la luz en las paredes pero él lo siente como dentro de su propio pecho, una oleada que viene con el vómito y la

súplica final, el último sudor sobre el que se incorpora con el empeño de arrojarse inútilmente sobre ella y tumbarla sobre la luz —«¿Era esto, maldita, era esto lo que tenías reservado para mí?»— hasta reventarla con su cuerpo desmadejado, el mismo que queda tirado boca abajo, inmóvil, en el suelo a oscuras junto al radiador y la manta, el mando a distancia caído, el negro charco de sangre extendiéndose por las baldosas.

Hubo alguien que fue consciente antes que ella de la noticia, porque los vecinos habían avisado de un extraño olor que se extendía desde hacía varios días por el descansillo del cuarto piso y se vio obligado a personarse allí sin decirle nada a su hija. El ascensor pareció cobrar vida incomprensiblemente y no quiso llevarle hasta la planta que pulsó, ésta fue la principal anécdota que contaría más adelante, como si fuera la imagen más poderosa de todas las que se sucederían aquella tarde, como si ninguna muerte tuviera la misma fuerza que la primera. Dantesco fue la palabra que ella le escuchó pronunciar a su regreso, lívido y tembloroso, mientras marcaba números de teléfono y le pidió que le trajera un café para reponerse. Apoyada en la pared del pasillo, tratando de protegerse entre las sombras, escuchaba sin creerlo todavía, aséptica, muda. La noticia llegó hasta ella de esa forma, a través de conversaciones telefónicas de las cuales captaba sólo una mitad (la otra, prescindible, cargada de probables expresiones de espanto) que le sirvió para ir conformando en su mente el escenario grotesco, la insondable madrugada en soledad, el último, patético movimiento en el cual habría caído hacia delante sobre su propia sangre. La televisión contemplándolo todo, impasible.

Los cuatro días que su tío llevaba muerto en esa casa eran los cuatro puntos cardinales, los cuatro palos de la baraja, los cuatro jinetes, las cuatro estaciones. Cuatro garfios tirando de sus entrañas hacia las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo. Su padre se acostó —seguía lívido, aún temblaba— sin saber decirle apenas nada, un beso tímido, una caricia insuficiente, y ella se quedó todavía apoyada en las sombras, las sombras arropándola como la manta buscada por su tío en sus últimos minutos, allí solo, sin nadie, sin más compañía que

personajes virtuales incapaces de ninguna ayuda y sin más luz que la alucinada entre visiones. «Puedes llamarme, no estás solo». Eso habría bastado, eso nada más. Un esfuerzo mínimo para evitarle la recompensa de morir solo, como un patético Goriot abandonado, a un hombre bueno que le enseñó tantas cosas, que la adoraba, que jamás le hizo daño a nadie. Esperó, muerta también, de pie y sin lágrimas, la nuca apretada contra la pared del pasillo, hasta que el reloj dio una hora, no importaba cuál, y entonces, reanimada como a un toque de campana salvífica o condenatoria, encendió la luz del baño y empezó a cortarse el pelo a cuchilladas, una y otra vez increpándole a la imagen del espejo cómo había sido capaz de permitirlo y quién le había dado derecho a juzgarla, golpeó con el puño a la memoria que se incorporaba despacio y sólo cuando sintió los cristales clavados en su mano y el sonido de las tijeras en el suelo se arrepintió de lo que había hecho y cayó de bruces contra los brazos de su padre, alertado por el ruido en el umbral de la puerta. Más tarde, minutos o años, quemaría para siempre la inutilidad del llanto.

Por las noches la culpa adopta la apariencia de un hombre sin manos que llama a su puerta. Cogió sus cosas y se fue porque aquella casa estaba llena de hielo y de niebla. Cuando todos los demás salieron del salón, cuando ya no quedó nadie —«Por Dios, no te vayas, por favor, no me dejes», imagina que decía—, su tío se arropó para sentir algo de calor y encendió la televisión para no morir solo.

Ésta le parece, ahora, una confesión inútil y a destiempo.

Pocos días después, la profesora de dibujo le pide al acabar la clase que se acerque un momento a su mesa. Lo que en un principio ella sospecha será un deseo de darle el pésame se convierte ante sus ojos, a través de un giro de guion imposible de creer, en una escena esperpéntica donde aquella mujer, tras presentarle sus sinceras condolencias, comienza a hablar con pasmosa ligereza de su situación familiar. «Porque tu madre murió hace poco y tu tío era alcohólico, ¿no?», pregunta con mal disimulada superficialidad y a todas luces único interés chismoso. A sus diecisiete años, inmóvil en el estrado junto a la mesa e incapaz de contestar, jamás, en toda su vida, tiene

que hacer un esfuerzo mayor para intentar apaciguarse y no golpear a alguien hasta dejarle inconsciente. El precio es una muela rota de haber mantenido apretada la mandíbula.

Su mejor amigo la convenció para pasear un rato y tomar algo a unas horas en las que no acostumbraba a salir de casa sino a cerrar sus libros y apagar la luz del escritorio. Sentada frente a él, solos en algún pequeño bar de una avenida principal, le observaba cenar mientras ella sólo tenía estómago para ingerir un café. Todo en esa noche le resultó desajustado y lúgubre, más aún al regresar sola en el metro. Pero no era como si anocheciera y estuviera en su antigua casa contemplando las escasas luces desde la terraza. En realidad no era eso. Era como quedarse mirando un edificio al costado de su sombra, justo donde comienza a hacerse gigantesco, que la ciudad se hubiera quedado totalmente vacía al atardecer y lo sintiera como nunca antes, el pálpito y su dueño, la misma desolación de las estatuas pintadas por De Chirico mirando infinitas, fijamente, su propio cáliz sin que haya remedio. Era justamente eso, porque si los puentes no iban a resultar más que ruletas perversas, sería mejor quemarlos. Porque en el fondo, no nos engañemos, se trataba de una tragedia muy vulgar la suya, repetida desde Gorki o desde Dickens o desde mucho antes, la de la madre muerta, y porque hubo un momento después de aquello, alguna vez hacía muchísimo tiempo en que creyó que su vida se acabaría arreglando, y si recuerda haber pensado algo así debió existir algún momento en su vida en que fue inocente y crédula porque lo sintió como posible, verdaderamente como una promesa de espera, pero en lugar de aproximarse a alguna meta está sintiendo un aliento hostil dándole alcance desde atrás, cada vez más cerca, y ya ni siquiera sabe por quién habrá de llorar luego. Piensa en su padre y le invade una tristeza que apenas le permite respirar. Ahora sólo tiene ganas de volver a casa junto a él. Pero cuando incorpora un poco la cabeza del asiento se da cuenta de que se ha pasado en dos paradas su destino y se levanta agitada y confusa. Las puertas del vagón se abren y una nueva estación donde no ha estado nunca se extiende blanca e inhóspita ante ella como un desierto en plena noche. Cegada por la luz

fluorescente avanza despacio hacia las escaleras mecánicas, no hay nadie más allí, y se siente cruzar unos muelles solitarios como si acabara de perderse dentro de un sueño.

Casi todas las mañanas llega demasiado pronto al colegio, un cuarto de hora antes de que empiecen las clases, pero le gusta hacerlo así, sentarse en el banco del patio interior a esperar que abran la puerta, ver las luces encendiéndose como en un anochecer lejano de breve enfermedad. Su mejor amigo también llega pronto muchas veces para poder compartir juntos esos primeros minutos de la jornada, quizá el mejor momento de todo el día. Se sienta a su lado, le invita a escuchar una nueva canción con sus cascos, se ríen por cualquier cosa. No sucede así esa mañana, está sentada en el banco sin nadie alrededor y cuando abren la cristalera interior cruza ella sola la puerta hasta el amplio recibidor y el pasillo del fondo donde debe girar a la izquierda, hacia el pabellón del último curso. A la derecha quedan las escaleras en penumbra y el largo pasillo de las aulas de primaria envuelto en sombras, siempre se toma un par de minutos para mirarlas un momento. Entre esas sombras alcanza a ver su cabeza rubia aproximándose, el gesto que la hace por retenerla. Su profesora de filosofía del anterior curso camina hacia ella sonriendo y abre la boca —cree haber visto el rojo separándose— para decir algo. Las luces todavía no están encendidas en el pasillo, ella misma podría hacerlo estirando el brazo en un acto de asumida familiaridad como si aquella fuera su propia casa. Fuera todavía es de noche. Fuera ojalá no amaneciera nunca. Parece que sí ha dicho algo pero no ha llegado a escucharla, ahora está apretando su brazo y acercándose más hasta besarla en la mejilla. Sus ojos son todo cuanto brilla en el pasillo a primera hora de esa mañana. Alguien atraviesa la cristalera, comienza a llegar más gente. La mira un último instante internarse de nuevo en el magma umbrío de donde ha surgido como en una visión inexplicable y se da la vuelta, avanzando hacia el pabellón como si fuera cortando las sombras a su paso.

Días más tarde la saluda tras los ventanales del pabellón durante su

clase de historia, y ella levanta también la mano tímidamente en mitad de la explicación a la que está atendiendo y sonríe casi sin querer como en un breve destello que explosiona, que pasa y que ya no existe.

Forzarse a la acción —la que sea— o recrearse en el discurso de la mandrágora: ser piedra, ser raíz. No sentir nada. Sólo ve las luces amarillas del último autobús que se detiene la tarde del 24 de diciembre. Ha pasado el día con dos amigas haciendo fotos a edificios del centro para un trabajo del colegio. Después se han despedido para cenar con sus familias, ella también va camino a casa de su tía, sentada en los asientos del final con un gorro negro calado hasta los ojos, aunque en realidad no le importaría quedarse allí toda la noche dando vueltas por la ciudad. Si se desliza lo suficiente en su sitio junto a la ventana seguramente nadie repare en ella. Le parece que los edificios se están disolviendo tras la ventanilla. En cada casa se celebra una fiesta y a ella sólo le apetece hundir los brazos en la tierra para llegar hasta los huesos que duermen en lo profundo. Porque tiene la impresión de que se puede morir más de una vez. De hecho, lo que resulta extraño es perder la vida en una sola ocasión. Y la pertenencia, el estado de gracia más desconocido de todos.

Llega ante su familia como si lo hubiera hecho tras emprender un largo viaje desde una era anterior al propio cómputo del tiempo, de una galaxia previa a todos los sonidos. Llega tarde, sin disculparse, casi han empezado a cenar. Les mira y se arrepiente de no haberse quedado en su autobús fantasma, presenciando cómo arde la ciudad entera. Porque de noche, siempre, hay un incendio que no cesa y que sólo ella ve. Nadie puede extinguirlo, los bomberos se desesperan de impotencia. Si buscaran al causante tampoco les sería fácil encontrarlo, nadie sospecharía de una adolescente que, apartada, presencia cómo la ciudad se desploma después de haberse hundido las uñas en el pecho, sacarse el corazón con sus propias manos, lanzarlo lejos y apartarse para no poder escuchar la explosión. En su camino al bajarse del autobús se ha cruzado con un hombre que se marcha solo a casa tras salir de un hospital, uno de los principales focos, ella ve

cómo las lenguas se retuercen furiosas y cómo cambian de color cuando entra en el portal, de negro a malva. A veces las llamas son rojas, a veces azules y fatuas, al amanecer se vuelven blancas, pero siempre son pura luz y temblor y cristales y un rugido gigantesco que tira las fachadas de todos los edificios antes intactos en sus fotografías. Contempla el fuego, reconociéndolo, y lo envidia. Por qué durar es mejor que arder.

Escucha en las noticias que gracias a la nanotécnica la ciencia ha conseguido estirar hasta el límite una fina hebra de oro sin que se rompa, destruyendo una por una todas sus filas paralelas de moléculas hasta que sólo quedó una, pero con los átomos tan distanciados entre sí que casi parecía imposible que el hilo siguiera entero. Los científicos se preguntan qué pudo mantener unidos a los átomos, aun permaneciendo tan separados, y qué fue lo que evitó que la hebra se partiera.

Ella tiene dos dudas más: si es posible tener fe y si entre un matemático y un poeta existe realmente alguna diferencia. Mientras procura no perder el rumbo en sus estudios, continúa evaluando antiguas fórmulas, tratando de medir en los platillos qué puede pesar más y qué vale más la pena, pero los resultados son inciertos, inestablemente simétricos. Le gustaría crear un monstruo de Frankenstein en su laboratorio. Llevarle a ver el mar y prevenirle de todos los peligros. Aprender a distinguir entre lo eficaz y lo precario. No sabe si el año que viene, cuando comience la universidad, debería estudiar literatura o química. Quizá la ciencia, y no esta maldita inclinación al arte, es lo que la habría salvado.

Cada vez que se sienta a leer en el salón su padre sabe que está triste porque se queda durante mucho rato con la mirada fija en la misma página. Cuenta cuánto aguanta sin pasarla, cuánto aguanta él sin decir nada, y como la cuenta se hace demasiado insoportable termina levantándose y apagando la televisión. Al volver, ella ha dejado el libro a un lado y le da las buenas noches; así declara su rendición, y él la suya.

Conoce brevemente la tranquilidad de algunos días, en mañanas de invierno cuando se levanta pronto para empezar a estudiar y su padre ya ha limpiado toda la casa y le da los buenos días y un abrazo sonriendo, el salón huele a limpio y a calefacción mientras sostiene su taza de café recién hecho y tímidamente le conforta por primera vez la sensación de hogar.

Equilibra la precaria balanza de su ansiedad estudiando durante todo el día, sin levantar la vista de libros y apuntes, aterrorizada sólo con la posibilidad de terminar y que exista más allá de su escritorio una imprevisible realidad de cenas que preparar, tardes en las que barruntar calma o inquietud, fines de semana desocupados, horas por venir pegada al móvil o al telefonillo esperando que su padre llegue, dudando si volverá, rogando por que lo haga, instantes de total agradecimiento cuando escucha por fin sus llaves en la cerradura y su desconfianza se evapora al menos durante un día más, noches sentada en el umbral de su habitación cuando se acuesta sin decir nada, afilando el oído tras la puerta hasta que confirma aliviada que la respiración de su padre se regula mientras temblando se sostiene el corazón entre las manos.

Sola en toda la casa es consciente de su asfixia. De la vida ajena a cualquier motor y desprovista de engranaje, de fe, de ansias. La ventana de su habitación abierta de par en par a la noche y el aire de la madrugada contra su cuerpo de diecisiete años encerrado y marchitándose.

Desde el porche de uno de los chalés llegaba la música de Ella Fitzgerald, eso es todo lo que debería importar. Y también que volvíamos al caer la tarde con el pelo chorreando y que había una luz de óxido filtrándose hacia más allá de los pinares. Que vi por primera vez a Marilyn atravesando un río sin posibilidad de regreso esa madrugada cuando el calor no dejaba respirar. Que pedíamos consejo pero saltábamos sobre los puentes jugándonos cuánto aguantarían

antes de ceder. La suerte, animal confuso.

En verano era mejor no encender ninguna luz. Dejarnos caer, rendidos a la visión de algún cruce de piernas y sentirnos como los gatos, que antes de cazar ya se relamen.

Años atrás. La misma tarde de cumplir los trece. Empezó a romper de nuevo la tormenta cuando sus amigas y ella saltaban la alambrada porque un perro las perseguía. Corrieron internándose en el lodazal de los trece años. Parecía que el mundo entero se inundaba mientras corrían a gritos bajo el chaparrón, las pequeñas zapatillas empapadas, los portales sin luz y las rosas que parecían explotar de puro rojo tras los setos donde su amiga y otro chico se retrasaron. Todo cuanto reconocía era seguro y firme, ya no quedaba nadie en las terrazas pero alguien la llamaba desde casa, donde la esperaba su amigo Sherlock para confesar que por primera vez en su vida se veía incapaz de resolver un caso. Y eso que en agosto se descubren siempre todos los misterios. Pero alguien introdujo entonces una variación enigma que revirtió la lógica de todos los procesos.

Los dieciocho años llegan sin fiestas ni nada especial que los distingan. La mañana que los cumple permanece tumbada en su cama mirando al techo, despeinada y con las mejillas encendidas, tratando de convencerse de que no es más que una estatua sin memoria que no ocupa ningún lugar asignado en el tiempo ni el espacio. Debe ser también un aliciente extraño para su padre, que se ha limitado a felicitarla y se ha ofrecido a llevarla en coche para hacer la matrícula de la universidad. Pero ella prefiere ir sola en autobús, de modo que se le levanta sin ganas para recoger todas sus vísceras, que se han quedado esparcidas por la cama, tragárselas deprisa y salir cuando es temprano todavía, porque, pese a sí misma, el verano, y la vida, aguardan.

Después de matricularse emprende un solitario paseo por el centro que se alarga todo el día. Vuelve de noche mirándose los labios en el reflejo de la ventanilla. Una pareja no para de besarse en los asientos

de delante, y ella se nota los ojos cargados de metal como dos armas de fuego, disparando a bocajarro cada vez que parpadea.

Aburrida de remover el café con la cucharilla, me decido a mirar por la ventana, hacia los montes que se han quemado. Ya es octubre. Antes que el décimo mes acordado, octubre es un cambio de luz leve y rotundo, así que en las estaciones de montaña, en las pequeñas arboledas junto a las carreteras por las que es mejor no internarse de noche, ya es octubre. El mejor momento para perseguir trenes en bicicleta o para andar sobre las vías en dirección contraria. Qué reconfortante resulta, en el fondo, poder inventar una mitología entera sobre alguien que se ha ido antes de empezar a conocerlo. Crear una ficción que rellene los huecos vacíos; hacer que nunca se queden los barcos varados por un golpe fortuito. El café se me ha quedado frío. Y frío es la primera palabra que hay que pronunciar en invierno. Saco la libreta y empiezo a escribir a mano, porque para las cosas más íntimas siempre prefiero mover la muñeca. Ya es otoño. Ya soy humo.

De ese día, incluso años más tarde, recordaría sobre todo el olor de los setos mojados junto a los que se sentaron. No tenían nada que hacer a mediados de un septiembre que ya recibía la tibia descarga de las primeras lluvias más que esperar el comienzo del curso universitario, cada uno en una facultad diferente —qué extraño se les iba a hacer no verse en todo el día en ninguna clase—, y paseaban sin rumbo por un Madrid reactivado en la rutina después del transitorio desmayo del verano. Puede ser buena idea visitar el planetario, ese acogedor bulbo gris y húmedo como la propia atmósfera, no se mojarán si llueve y es barata la entrada para ver «El misterio de los eclipses», de modo que cuando el cielo real comienza a deshacerse en agua de nuevo sobre la ciudad ella ya está sentada al lado de su mejor amigo en la negrura deslumbrante y mirando fijamente hacia otro cielo artificial pleno de noche cósmica, como si quisiera discernir en esas falsas constelaciones alguna pista sobre su destino más allá de quedarse toda la noche despierta ordenando viejas cartas (en alguna de ellas, una postal del viaje de novios de una prima segunda, leyó algo relacionado con lo

bien que su madre montaba en bicicleta de pequeña, o quizá fue que alguien, en una boda lejana, habló de ella emocionado y le contó que se quedaba leyendo en un banco mientras las demás niñas jugaban al truque) y pensando en que el colegio seguirá detrás sin ella.

La ciudad se disuelve, la niebla parece tragárselo todo. El trayecto en autobús a la facultad que se repite cada mañana recorre caminos interplanetarios. Todos los días allí son sucios y sin nombre. Sola cruza el túnel bajo la carretera que comunica los distintos edificios del campus. Cada mañana atraviesa tierras baldías que no reconoce y a las que no pertenece; sobre un paisaje lunar desolado se cimienta su desarraigo y el esfuerzo infernal que debe hacer cada mañana para levantarse y reiniciar el mismo viaje implacable.

Recuerda el frío. Sobre todo el frío, esperando el autobús del campus o atravesando las explanadas vacías entre las facultades. Quién es toda esa gente que la rodea, no se esfuerza en retener ninguna cara, no sabe ni el nombre de sus profesores. Tiene que librar una lucha titánica para no levantarse del banco y gritar allí mismo su desconcierto, pero muchos días cede al impulso de salir en mitad de la clase con el único deseo de escapar de esas aulas, salir de la facultad y alejarse del campus, cruzar el aparcamiento, dejar atrás el paraninfo y la parada de metro y los desiertos campos de fútbol, subirse a un tren en dirección opuesta y correr hasta el colegio aunque a menudo lo encuentre vacío y sin ella. Al reconocer su derrota y alejarse se siente ridícula por haber portado hasta allí un estandarte que ya no le pertenece. Pero regresa al día siguiente, o tres días más tarde. Como una autómata recorre de nuevo el camino hasta el colegio, siguiendo una llamada invisible que tira de ella como si no existiese otro lugar al que volver ni otra batalla que ganar. Empuña una espada, tensa un arco. Se pasa horas vagando por los alrededores del colegio, sin apartar los ojos vigilantes de la puerta principal. No se atreve a entrar aunque lo desea con todas sus fuerzas y considera pertinente su causa, toda su vida la misma causa pretérita por la que acometer ejércitos, su nombre sigue escrito en el escudo que le tiembla entre las manos. El

propio lugar parece expulsarla de allí, los accesos pertenecen a otro tiempo, otros noviembres que vuelven sin ser los mismos. Cuando por fin vence su indecisión y su vergüenza, en portería la informan de que ella ya no se queda por las tardes, como hacía antes, en el despacho iluminado al final del pasillo, sino que se marcha a mediodía. Inmóvil, extrañada, siente en los brazos el peso de la resignación con la misma contundencia que el de los libros que sostiene aunque la espada se le ha caído al suelo con un estrépito que sólo ella escucha en su rubor. Sale de nuevo al anochecer gris desorientada, sin coordenadas en las que ubicarse. El colegio se desmorona piedra a piedra desde su despacho iluminado al fondo del pasillo y cae en la oscuridad de un abismo que sólo deja ruinas sobre las que el mundo habrá de recomponerse tras haber perdido para siempre el eje de su posición, los últimos cascotes entre los que se asomará de puntillas sólo para comprobar que sus labios ya no serán tan rojos ni su mirada tan penetrante y despedirse de ella casi exigiendo la inmediata reconstrucción de una ciudad derrotada en la que fijar su bandera y levantar nuevos templos donde otras imágenes vengan a ocupar el lugar de las primeras. Oh, murallas de Jerusalén, levantaos al punto de ser destruidas. Tocad las trompetas en lo alto de las torres antes de que se desplomen, heraldos que vestís de negro y también los que sois pálidos y rubios como el día, y obligad a los soldados que os asaltan a tragarse el alma que les sale disparada por la boca al escucharos, de pronto extranjeros en su propia casa. Todos ellos la reciben asombrados con su dignidad intacta desde las almenas. «¡Luminosa virgen! ¿Qué vienes a buscar aquí, si no hay más que ruinas? ¡Tu retorno sólo sirve para constatar que únicamente quedan los escombros!». Pero ningún cuerpo se encontraba entre ellos, de modo que tras el incendio se sitúa justo en la línea fronteriza, mira atrás hacia el rescoldo de las llamas y comprende por fin que lo que es eficaz lo es sólo una vez, y en un solo momento.

Desprecia profundamente ese lugar y a cuantos lo habitan y por eso tiene prisa por irse siempre la primera. Es algo más que no adaptarse, es buscar con desesperación referentes conocidos y no encontrarlos. La

luz en esos pasillos no es azulada sino de un sucio amarillo eléctrico que a las ocho de la mañana hace daño a los ojos. Huyendo del ambiente de pseudointelectualidad y petulancia que tanto le repugna, se concentra en el único foco que reconoce, el estudio, y se declara, en resumen, una reina solitaria, una cínica que escucha en silencio y se mantiene apartada de todos odiando la autocomplacencia y la lástima. Es infinita la aversión que siente por todos ellos, por su exigua medida del dolor y sus minúsculas miserias. Cada casilla que atraviesa la obliga a volverse —todavía más— un bloque de hielo sin escrúpulos ni empatía que no habla con nadie ni está sensibilizada con ninguna causa, que no reconoce ningún triunfo ni muestra alegría o empeño ni siquiera por su propia guerra, porque de qué sirve saltar de casilla en casilla derribando peones a lo largo de todo el tablero cuando sólo tiene un nombre empujando en la garganta, o cuando no existe ninguno.

Su hija siempre regresa a casa exactamente a la hora que dijo que volvería. Él intenta hacer lo mismo, no quiere preocuparla, pero muchas noches se le hace tarde en la sala de espera del hospital porque nadie sabe decirle dónde está su mujer ni qué han hecho con ella.

El móvil de su padre sigue apagado o fuera de cobertura, pero ella pulsa rellamada compulsivamente. No respira bien. Para tranquilizarse se acerca a la ventana e intenta concentrarse en las lejanas luces de la entrada de urgencias e imaginarle sentado allí, medio dormido, desorientado, a salvo.

Todo en la comida se desarrollaba de manera mecánica y tediosa, como ha sucedido siempre, hasta cobrar dimensiones casi joyceanas. Escuchándoles hablar en el café se da cuenta de que nada ha cambiado desde aquel cuento dedicado a registrar con un rigor y un detalle casi documental la cena anual de las hermanas Morkan en *Los muertos*, esa cena convencional y desangelada en la que un puñado de burgueses educados representaban, una vez más, un juego de

apariencias repetido hasta la saciedad. Un siglo más tarde, en su propio relato, las mujeres charlan sobre el tiempo y sobre la ropa de los niños; su único deseo para ese día era que hiciese sol para poder comer en el jardín. Intentan quedar bien con los regalos. Se alegran de los nuevos embarazos en la familia. Los hombres juegan a las cartas. Van a comprar pasteles. Fuman. Hablan sobre el tiempo. Ella desea salir de allí. Siente ansiedad. No quiere formar parte de algo así, se sabe desvinculada y extranjera ante sus ojos, para quienes su vida no está legitimada en absoluto. Le preguntan por enésima vez si tiene novio. No la ven sonreír, y achacan su mala cara a las muelas del juicio. Hablan, siguen hablando sobre su trabajo y sobre las pasadas vacaciones, siguen temiendo que llueva, que la ropa comprada al niño no le siente bien. Después la enseñan fotos. La hija pregunta dónde estaba ella. Ni siquiera se acuerdan de seguir el cómputo del tiempo, el que la hija tiene grabado a fuego. Fechas como coronas de espinas. Cuenta los minutos. Quiere irse cuanto antes. Que vuelva a ser de noche, y acostarse y olvidar. Y entonces, como a Gretta Conroy, le sucede. La pequeña tiene algo de fiebre y su madre la ha cogido en brazos. Desde los pies de la escalera las ve salir a ambas, muy juntas. La madre aprieta contra sí a la niña, y se la lleva a casa.

En las reuniones era diplomática y desplegaba una natural cortesía más próxima a la astucia que al halago, pero huía tanto de la concesión fácil como de la excesiva complacencia. Reía sólo aquellas bromas que de verdad le resultaban ingeniosas y no encontraba motivo para celebrar los comentarios que no le caían en gracia; se mantenía ajena como un buda que desde lo alto de su campana mira a los hombres con tibia condescendencia y no sin cierto desdén. No solía participar de las grandes conversaciones porque consideraba que su opinión era demasiado valiosa para ser arrojada a la mesa como una carta boca arriba ante la expectación de jugadores ansiosos.

Organizó muchas cenas en su particular Palacio de Invierno. Les sonreía a ellos, las deslucía a ellas. Cuando la veían vestida de blanco se extrañaban. «Yo también pensé en el negro —contestaba—, pero cambié de opinión en el último momento». A menudo cambiaba de

opinión en el último momento. Incluso cuando proponía un brindis podía arrepentirse mientras sostenía la copa en alto.

¿Seríamos acaso los mismos si no nos hubiera faltado nada desde el principio, si todas nuestras ausencias estuvieran cubiertas?

Su hija despertaba por las voces y se quedaba en los umbrales chorreantes de luz, cuatro años, pijama rosa, hasta que alguien reparaba en ella pero siempre era su risa la primera en acercarse. Ligera, volátil como su vestido blanco, la cogía en brazos —«Mi muñequita rusa»— y volvía a llevarla al calor de sus pequeñas sábanas —«Algún día serás tú la que organice fiestas para paliar tanto silencio»—, pero la niña ya estaba dormida mucho antes de tocarlas. Su madre, en el fondo, tal vez odiaba el Palacio de Invierno. Quizá cambió de opinión en el último momento, cuando le entregó las llaves y supo que en los pasillos alguien se había olvidado de apagar la última luz. De lo que no la advirtió nunca fue de que sus invitados la confundirían con ella durante mucho tiempo, aunque eso es algo que, dada su apariencia idéntica pese a quedar tan lejos de sus encantos originales, debió sospechar desde el principio.

Vendieron hace poco su antigua casa a un precio ridículo, ella no volvió a poner un pie en sus umbrales desde aquella vez que visitó a su tío, el verano pasado. Ahora están de comida familiar en el chalet de sus tíos y durante la tediosa sobremesa se ha escapado al piso de arriba y se ha tumbado en una de las camas de sus primos, la que le ha parecido menos expuesta al sol de media tarde, para seguir pensando en palacios de invierno y estancias abandonadas.

Tenía cuatro años, rubia como la luz, y la casa estaba a oscuras. Había un monstruo doméstico detrás de cada esquina y debajo de cada mueble un ataúd, y al final del pasillo una pequeña ventana por donde entraba sin ruido la luna.

Si todas nuestras pérdidas no hubiesen existido nunca, si desde el principio todo hubiese sido advertido, ¿qué trabajo habría quedado por hacer a lo largo de los días hasta llegar adonde estamos? No seríamos los mismos, seríamos gatos blancos que brillan en la oscuridad y se esconden cautelosos para no tener que explicar nada.

A su derecha se agitan mínimamente las cortinas; desde la ventana

suben las voces de su padre y de sus tíos en el jardín. Si se han dado cuenta de su ausencia no han comentado nada. La habitación permanece en una penumbra sosegada y fresca que comienza a adormecerla. Levanta la vista y repara en el lomo de uno de los pocos libros que tiene su primo en el estante. *Las olas*. Se extraña tanto de que su primo posea una obra de Virginia Woolf que casi lo interpreta como una señal o una declaración de intenciones del propio instante. Rápidamente se incorpora y empieza a leer bajo las cortinas que le rozan la cara en cada ondulación. Eso son todas las voces. Olas que arañan la tierra mientras ella permanece sola como en el centro exacto del océano.

Otra de las noches que había invitados debía de tener nueve años y leía en el sillón que había junto a la ventana, no muy lejos del comedor lleno de luz donde continuaba la cena. Pero por encima de las risas y las voces, y pese a las páginas que reclamaban su presencia en espíritu, la escuchaba a ella, sus silencios, su manera de fingir que prestaba atención con una mano apoyada en la mejilla y con la otra mano haciendo círculos con el cuchillo sobre el mantel cuando en realidad estaba preparando un nuevo comentario para lanzarlo como una bomba oportuna en mitad de la conversación. Escuchaba, también, la voz de su padre, el hombre que estuvo enamorado de ella hasta las últimas consecuencias, su asombro y diversión y la resignación con la que soltaba el humo y disculpaba cada uno de sus descaros porque en el fondo los adoraba. Y fue en el momento en que volvía a su historia en la semipenumbra del sillón cuando debió de producirse el estallido de la bomba, porque a continuación risas y tonos de voz más altos hicieron que abandonara definitivamente el libro y se entregara a ficciones más interesantes. Apagó la luz de la pequeña lámpara y caminó los pocos pasos que la separaban del comedor. Lo primero que vio fue su triunfo, después reparó en la sonrisa de espaldas del hombre que la amaba. Su madre, riendo, pronunció su nombre al verla apoyada en el quicio con el libro todavía en la mano, y al ponerse de pie su vestido negro absorbió toda la luz de la habitación.

Cuando todos los invitados se marcharon, ella volvió a sentarse un

minuto. Su hija continuaba mirándola desde el quicio. Le pidió que se acercara, la sentó sobre ella y comenzó a peinarla con sus dedos. Al cabo de un rato se detuvo para apoyar su barbilla en la pequeña cabeza infantil.

—Si no fueras rubia y con los ojos azules no te querría...

Y las dos reían, aunque fuera verdad lo que estaba diciendo. Ninguna enfermedad golpeaba en las ventanas. La muerte no existía. Todavía no se escuchaba ni de lejos el galope de sus cascos.

Ella se levantó, y la niña se quedó mirando cómo avanzaba hacia el pasillo desatándose el vestido, negro tragándose el negro como en una visión soñada y el débil, luminoso, rubio de su cabeza, hasta que escuchó las campanadas de las dos y su madre se internó lejana en el trágico invierno de los últimos zares.

Un nuevo golpe de aire en las cortinas llega hasta su frente y disuelve esta última imagen. Aparta los ojos de las olas escritas y su rumor infinito y se vuelve hacia el propio oleaje de su memoria inmediata, la de hace apenas días, semanas, meses. La casa de su tío recién vendida mediante una transacción que ella se ha limitado a firmar apretando los ojos; un coche nuevo que la conduce a través de carreteras tranquilas y llenas de luz; el transcurrir de horas en calma con su padre en un momento en que la relación entre ambos crece apacible y se repone. Todo es un ligero ir y venir de nuevos recuentos. No puede evitar sentir que le faltan muchas cosas, que hay un abismo inescrutable en su interior, pero la sensación de su propia vida arrebatada comienza a querer ser reemplazada por un anhelo moderado de confianza que drena aguas estancadas.

Ve a su hija, el día anterior, aparcando el coche justo enfrente del portal nada más llegar de sus clases a la hora de comer. Es un día de enero soleado y no hace demasiado frío. La ve sonreírle y agitar el brazo por la ventanilla, incluso le llega la canción que venía escuchando en la radio antes de que apague el motor y se interrumpa bruscamente.

—¡Papá!

Él la espera sonriendo también, aparentando más alegría cuando se

cruza con un vecino que sale en ese momento del portal y con el que intercambia una breve charla animada, pero lo cierto es que lleva unos días sintiéndose inexplicablemente cansado.

No el preciso instante ni las horas después. La mañana antes, la cena de la noche anterior, la última conversación mínima ya están cargadas de muerte.

Fue perfectamente lógico. No podía morir por otra causa. Su corazón estaba roto, llevaba roto muchos años, y una tarde, simplemente, dejó de funcionar. Su hija se había pasado la tarde estudiando, apenas habían hablado ese día; se levantó de su escritorio una hora antes de la cita que tenía con sus amigos para salir a cenar. Se extrañó de ver en el pasillo el reflejo encendido de la habitación de matrimonio y el resto de luces apagadas. Cuando se acercó a ella su padre estaba convulsionando sobre la cama con los ojos semiabiertos y emitiendo un sonido como de ronquidos entrecortados. Le bastó contemplarle un segundo para abalanzarse sobre el teléfono, pero ya estaba loca. Ya gritaba sola. En el brevísimo lapso en que se giró sobre sus talones para salir corriendo de la habitación se le desató el rictus como un mástil despedazado en mitad de una tormenta. No era recordar lo que hacía en ese momento, más bien limitarse a contemplar impotente las imágenes de las escasas horas anteriores que explotaban delante de sus ojos como proyectiles: la película que vieron la noche anterior; era más de mediodía cuando se levantó y su padre dijo no encontrarse bien; apenas había comido nada; apenas le había escuchado en toda la tarde, no supo qué estaba haciendo ni cuándo decidió acostarse para no molestarla, quizá pensando en que el malestar se le pasaría si se echaba un rato, no le prestó ninguna atención y ahora era tarde... Plenamente consciente de lo que iba a ocurrir, corrió enloquecida por toda la casa encendiendo las luces, tal fue su absurda prioridad, encender todas las luces de la casa: necesitaba de repente luz, más luz, la luz que lo retuviera allí, que espantara la oscuridad del pasillo abierto hacia la noche. Más allá, los segundos parecían escalar muros detrás de los cuales no había nada. Tiene que seguir telefoneando.

Pronto la casa estará llena de gente, médicos, familiares. Tiene que vestirse. Que no quede ni una luz sin encenderse. Por favor, aguanta un poco, aguanta un poco todavía. Ya vienen, ya se va la oscuridad, la luz puede sujetarte. Pero su pecho se detiene, ha dejado de moverse. Si hubiese llegado sólo un minuto antes. A partir de ese momento todos sus días se articularán en torno a la idea del tiempo y el perdón, sus labios sólo serán capaces de abrazar la exigencia murmurada de una disculpa infinita. La vecina también la ha escuchado gritar, está allí con una tila, ella desearía quedarse al lado de su padre pero no quiere volver a entrar en la habitación hasta que llegue la ambulancia y espera el desenlace sentada inmóvil en el sofá. Una médica joven se agacha delante de ella y sólo niega con la cabeza; no le hace falta pronunciar ni una palabra. Luego apoya los brazos y la barbilla en sus piernas e intenta tranquilizarla como puede mientras ella, con angustia voraz, aprieta su propio pelo entre los puños sintiendo el resto del cuerpo paralizado. De repente sólo ve blanco. El color fúnebre se extiende y se derrama por dentro de sus ojos. Enero se despliega blanco como una terrible flor carnívora, un vacío terrorífico donde no se distingue nada. En el salón de su casa no ha entrado una simple niebla invasora sino una opacidad siniestra en la que ningún contorno sobresale. Una luminosa penumbra física la ciega, le golpea la cabeza y los oídos. Siente en sus manos las manos de la médica de urgencias pero no puede verlas ni responder a su contacto. Sus propias manos son hojas blancas de diarios vírgenes, caminos que se abren hacia nadie sabe dónde, páginas que todavía no explican nada, hogueras en el hielo, niños envueltos en sudarios, artificios pálidos de la mente cuando no dice nada, de la vida cuando se ha quedado estéril. Su salón es de repente la Giudecca, el recinto más profundo del Infierno, la habitación inmaculada de un hotel extranjero en mitad de la nieve, implacablemente blanco como un rostro sin facciones.

Sus amigos llegan y la abrazan, se aprietan contra su cuello y ella siente sus lágrimas quemándole las mejillas cuando sólo comenzaba a ser consciente del mareo y la caliente claustrofobia. Alguien le habla, alguien susurra. En las noches blancas que vendrán, como la sábana que cubre sobre la cama el cuerpo que su yaya se niega a abandonar

—permanecerá horas velándole a la luz de la mesilla—, tendrá que reconocer de nuevo su casa y apartar las cataratas que la cubren, necesitará como nunca antes la compañía de amigos a los que abrazarse en el sofá mientras brotan las lágrimas, deberá forzarse a no pensar en cuanto cierre la puerta y apague las luces, redescubrirá su casa como un territorio virgen donde todo será oblicuo, desde la herida de la luz hasta los pliegues de las cortinas, y ella un príncipe exiliado obligado a reinar en otro sitio que acabará llamando hogar. «Eres joven, tienes veinte años, independencia, una casa, un coche, dinero para poder vivir sin problemas económicos, un montón de amigos que no van a dejarte sola. Y puedes salir adelante, porque no he conocido a nadie más fuerte que tú». Es lo que le ha dicho su mejor amigo, y ella se aferra a estas palabras como quien, entregado a una labor escrupulosa y esmerada, redacta una lista minuciosa, perfectamente lógica, de todas las partículas que indican tiempo, persona y número en un idioma desconocido que seguramente hablaron los primeros niños o los sabios prehistóricos. Una por una, las partículas esenciales. El último refugio cálido antes de olvidar las palabras y convertirse de nuevo en eremita o ilustrada y aprender a esconderlo todo.

Mi padre dormía en una urna de cristal en el salón, justo debajo de la tele, y sin previo aviso empezó a llegar gente a casa. No sé quién abría la puerta ni quién se ocupaba de recibirles; de repente el comedor se llenó de desconocidos y yo me sentía en la obligación de ser hospitalaria, de ofrecerles algo de beber. Cada vez había más caras, más luces encendidas, más ruido de abrigos y de vasos sobre la mesa. Temía tanto que mi padre se despertara que, educadamente, casi sin atreverme a solicitar algo así, les pedí a todos que se marcharan, después levanté la voz para echarles porque mi padre necesitaba estar tranquilo y descansar. La casa se quedó en silencio y yo velándole, las luces del pasillo todavía encendidas. Entonces recordé súbitamente que me habían invitado a una fiesta en otra casa, así que cogí mi abrigo y las llaves y cerré sin hacer ruido. Era ya muy tarde y quise irme, quise seguir acompañando el sueño de mi padre hasta que

despertara restablecido, si retrasaba el momento de despedirme era porque el camino de vuelta a solas me daba mucho miedo, creía que iba a ser terrorífico y amenazador pero al salir a la calle la noche era suave y tranquila, las rosas brillaban en sus parterres y había luz en mi terraza como si alguien estuviera esperándome.
En la parte de atrás de su edificio hay una piscina en sombras cubierta con una lona, y también parece poseer cierta propiedad oblicua o simple física como de estación inclinada. Sólo dos días después ha vuelto a su casa, decidida a no rendirla al miedo, y ahora observa, incrédula, la novedad que la recibe en cada habitación vacía, como puertos abandonados a los que ha llegado en barco tras un largo camino atravesando nieblas. Su casa se abre acogiéndola; cada habitación una ciudad recién nacida a la que acunar; un museo de tesoros antiguos que han aguardado durante siglos a ser tocados por sus manos. Curiosea en cajones y estantes altos de los armarios. Pero sin ninguna pretensión, fría de desear nada, como recién llegada a una fiesta en la que no conoce a nadie y tarda un rato en encontrar al anfitrión. En uno de los cajones hay un antiguo disquete con una etiqueta: AÑO 95. También álbumes que nunca ha visto; cuadernos de caligrafía, camisones y guantes de encaje. Los pañuelos de bolsillo de su padre, tan perfectamente planchados y doblados que llora al contemplarlos. Hay fantasmas en su casa, puede sentir su compañía en su sedoso y tranquilo deslizarse.

Cada día se entrega a dos labores esenciales mientras desayuna: mirar por la ventana y dejar que la mañana crezca, revuelta o calma, según el viento. Entre la primera vez que (la primera, quizá la única cierta) y quienes somos ahora, cuántos saltos. La mañana más triste de todas tuvo que ir a recoger un vestido rojo a la tintorería, y la niebla cubría todas las calles hasta más allá de la ciudad. Sospecha que cuando llegue el calor este año los pájaros se prenderán fuego en pleno vuelo pero ya no sabe si esto es una idea suya o la leyó en alguna parte o era que con el frío las alas se les congelan y caen al suelo convertidos en escarcha, pero de cualquier modo acaban cayendo en uno u otro caso o quizá somos nosotros quienes nos lanzamos en picado como las frutas maduras porque no soportamos

más el peso de nuestro anhelo.

El disquete está encima de la mesa del salón, lo ha traído consigo desde la habitación, y no puede reprimir más la curiosidad.

Heredó de su madre la capacidad de leer mapas con los ojos fríos y unas manos firmes para dirigir cualquier timón; de su padre acaba de heredar un buque de niebla. Con él, siempre a última hora de la tarde, se acerca a los antros iluminados de los puertos para encontrar por casualidad a otros capitanes de barcos hundidos, aunque ninguno de ellos es el que está buscando. Sobre las húmedas tablas de la cubierta contempla una noria enorme de colores de neón que gira sin descanso en el cielo alto sobre la superficie del agua, hasta que pasado un rato da la orden a su tripulación invisible de virar la embarcación y tomar distinta ruta. Ahora que se ha convertido en contramaestre de proa se siente investida de autoridad para desgarrar los sobres cerrados que esperaban entre nudos de algas a que estuviera sola y preparada para abrirlos. En ellos reaparece la antigua voz de mando, tratando de componer bitácoras y absoluciones, disculpándose por haber perdido el rumbo hacia ciudades de fuego, confesando su fracaso, lamentando que los ríos que antes habían fluido ahora no eran más que larguísimos caminos encendidos que nada podían indicarle cuando se presentaba ante ellos, de pie como una llama alta al nacimiento del bauprés, mirando con obstinación a pesar de que hacía ya muchas noches que las velas se habían plegado y hacía más tiempo todavía que los mapas no servían en ese tramo del viaje. «Mi querida niña, mi única hija, ¿por qué te empeñas en seguir sufriendo?». Dobla de nuevo las cartas y las vuelve a encerrar en sus cofres sumergidos antes de despedirse de él en los muelles —le deja silbando al amanecer con el viento de cara—, y sólo cuando vuelve a casa con sus mástiles diluidos bajo las primeras luces de la mañana nota el peso en su bolsillo de la brújula que servía de simple juego cuando no era contramaestre ni aprendiz de capitán, y la lanza al océano para que nadie más pueda volver a perderse.

La vida es sólo dos días antes y dos días después.

Dos días antes, enero abierto de color blanco, sangrando niebla por la boca. Dos días después, el humo dando forma a la noche monocromática.

Dos días antes, la absoluta ignorancia y su nombre susurrado por última vez al otro lado de la línea de teléfono mientras aparcaba. Había ido al cine con su primo despreocupadamente. Estaban desmontando la vieja iglesia debajo de su casa y cuando cerraba la puerta pensó que ésa sería una gran metáfora si supiera escribir. Despertó en una cama que no era la suya y lo primero que hizo fue abalanzarse sobre un papel vacío creyendo que así podría tranquilizarse. Dos días después, la calma. El tiempo en calma. Abarcó todos los mares, y todos los azules de la noche y todo el frío de los cristales. Se quedó a su lado y le desgarraba poco a poco el comienzo inútil de los primeros días llenándole los ojos, la casa en silencio y la ropa de su padre que aguardaba su final en los armarios, cuando la carretera por las tardes en invierno sólo llevaba hasta la madrugada empapada de luz y de humo de tabaco, cuando conducía lo más rápido que ha conducido nunca en su vida para llegar a cualquier sitio cuanto antes y olvidar. Cuanto antes, cualquier sitio, para que enero se quedara atrás lo antes posible, para no acordarse de todo lo que había visto, sin darse cuenta de que ni todas las carreteras del mundo podrían alejarla de sí misma. Pero siempre nos enternecemos al ver pasar una ambulancia y apartamos el coche a un lado con rapidez cuando escuchamos la sirena, porque ¿quién de nosotros está curado?

Su vida hasta ahora han sido sólo dos días antes, dos días después, y muchas, muchas noches recordando.

Explotar de repente en un pub cualquiera una noche cualquiera que ha comenzado bien, apoyar la cabeza en el hombro de la primera amiga que le levanta la cara con los dedos cuando permanece callada y quieta contra la pared junto al altavoz al que sin ninguna razón, como observándose desde fuera, le ha pegado un puñetazo súbito, sentir que su amiga llora también y que están intentando sacarla a toda prisa del local, hasta despertar la conciencia al frío desgarrador de la madrugada con la camisa medio abierta y sin el abrigo puesto,

toparse súbitamente con la expresión sorprendida y triste de cuantos la miran demostrando una tierna torpeza al creer, erróneamente, que su pena disminuirá con el tiempo y es en los primeros días cuando más va a necesitar el apoyo y las llamadas de teléfono para no sentirse sola, y comprender que no es así, sino que será dentro de diez meses o diez años, y ya no haya llamadas ni mensajes preguntando, cuando la ausencia, lejos de disminuir con los días, vaya en aumento hasta abarcarlo todo.

Los muertos condicionan su vida más que los vivos. Su infancia y los años pasados con sus padres adquieren entidad prehistórica. Una época tan alejada en el tiempo que ahora parece que no existió nunca o que fue vivida por otra persona. Camina por las calles sonámbula, contabilizando cuántos días más ha de vivir todavía marcada más por Tánatos que por Eros, porque sin admitirlo se ha resignado a convertir su vida en un esperar a que llegue su turno. A eso la reducen no tanto ella misma como sus actos. Repitiendo sus tareas cotidianas paciente y mecánicamente sin pensar en nada más, sin desear nada más, observa su vida desde fuera como un pasaje repetido de estaciones todas iguales y de días que no traerán cambios, y para no concederle asomo a la furia se rinde sumisa a los actos rutinarios con devoción monacal. Sin detenerse, ella misma le da cuerda a su propia rueda miserable.

Las Navidades de sus nueve años su padre desperdigó trozos de algodón y hojas secas por la cama de la habitación donde encontró los regalos, para después exclamar con fingida sorpresa que se debían de haber desprendido del saco y de las patas de los renos de Papá Noel. Y las cartas. Todos los años escribía para su hija, en una preciosa caligrafía inventada, largas misivas rubricadas por el mismísimo Papá Noel donde la felicitaba por sus triunfos escolares y la invitaba a seguir siendo buena el resto del año.

Ahora, ya adulta, la hija odia estas fechas con toda su alma.

Su corazón grita sus nombres en mitad de una comida familiar de muertos. Toda su sangre tumbada, entre el frío y el duelo, continúa

gritando esos nombres vacíos, remotos, desgastados, resonantes y tensos como pieles de tambor contra la lluvia que golpea por la noche.

Entre el frío y el duelo se han quedado vacías las casas en las que vivió hace mucho tiempo; inviernos con un alfil negro, mañanas luminosas con la reina blanca. Sus nombres ya se han ido. Sólo llegan los ecos de vez en cuando, si se empeñan los cuervos del tiempo, y su corazón resiste los embates de las mareas como una pared de roca viva. Ahora lo ve claro. Es una cueva excavada en un acantilado frente al mar furioso, y las olas se estrellan sin descanso contra sus paredes. Una tras otra golpean. Todo el tiempo, una tras otra, ruido y furia, y el cielo permanece gris y en calma. Es sólo una pared reverberante de roca ante las altas olas. Y el eco de los nombres solloza en sus esquinas, su corazón se ha hecho de piedra y se resbala. Es ahora cuando lo entiende. *No eres hija de nadie, no eres hija de nadie*, y su cansancio se rinde. Una tras otra las olas estallan, subiendo por encima de las piedras, creciendo para tocarla, y con ellas van los nombres que se lleva el viento, los únicos que su corazón querría pronunciar en mitad de las reuniones familiares pero le están vedados, y por eso permanece quieto, húmedo, cansado y en silencio, replegado sobre sí mismo entre las rocas tanto tiempo que ha llegado a confundirse con ellas.

Allí donde las otras niñas veían montículos de tierra, dos chicos en bicicleta en lo alto de la cuesta, cabañas a medio hacer, ella se asomaba y distinguía reinos deshabitados, escaramuzas inciertas, registros de arena y caminos que se prolongaban dentro de la tarde. «Ni se os ocurra hablar de él en mi presencia», escupe, con todo su desprecio, cuando todavía escucha a alguien comentar que su tío era un poco raro y los demás intentan disimular una risita contenida. Vuelve la cara y emprende el regreso como quien se inicia en un rito. A su alrededor luces de agosto, altas tapias, fruta vencida.

Sueña con el cielo por encima de las casas de un color naranja intenso. Hay muchas luces, como si fuera una verbena, y una iglesia a la que han quitado el techo para lanzar fuegos artificiales en cuanto

anochezca. En su sueño está contenta de pasear de nuevo con sus padres. No han muerto, sólo habían estado en otro sitio todo ese tiempo. Tiene a uno a cada lado, su madre sonríe de una forma que ya casi ha olvidado y ella la ayuda con cuidado a cruzar los charcos que se han formado con la lluvia de la tarde. En uno de esos charcos su madre quiere quedarse al otro extremo, pero la hija lo atraviesa mientras ella sigue mirándola desde lejos sin perder la sonrisa. Así que, aunque algo desubicada, la hija echa a andar atravesando el patio. Tan deliciosamente frío, el patio de su colegio. Algo más sucede en el sueño, alguna cabeza vista a lo lejos a la que se intenta llamar en vano, alguna presencia intuida que no responde, la constatación de una pérdida o una soledad de la cual se acaba de dar la alarma, y se deja caer en un banco. De repente ambos aparecen a su lado, su padre le pasa un brazo alrededor de los hombros. Deja de tener conciencia de toda la gente allí congregada al aire libre bajo la noche en fiesta y sólo les ve a ellos, preguntándole extrañados por qué no es feliz o si lo ha sido en algún momento de su vida, y a la vez que las palabras le brotan de la voz las ve como si estuviese escribiéndolas al mismo tiempo en algún sitio, más tarde, quizá ahora mismo, mientras en medio de su furiosa indignación frente a lo injusto y lo inevitable ellos solamente sonríen y parecen comprender.

Las sábanas se la tragan al despertarse. No significa nada. Se esfuerza en ver algún mensaje oculto pero en el fondo sabe que ningún sueño significa nada.

Como tampoco significan nada las pesadillas que se repiten constantemente, en las que intenta gritar y llamar a su madre pero no le sale la voz, o se le caen los dientes, o le pregunta a su padre qué sucede después y él le contesta: «Te conviertes en ácido y quemas», o se despierta dentro del sueño y al ir a encender la lamparita de la mesilla descubre que se ha ido la luz, entonces se levanta para conectar los plomos, avanza unos pasos por el pasillo a oscuras y de repente el suelo se abre bajo sus pies y se desploma en un abismo hasta despertar con taquicardia.

Comienza a encontrarle un placer masoquista a introducir en un buscador de internet la dirección de su antigua casa y contemplar durante largo rato la imagen real que el mapa le devuelve. Hay algunos establecimientos distintos en las antiguas calles, pero son ésos los mismos árboles que la veían recorrer cada mañana y cada tarde las escasas tres manzanas de distancia hasta el colegio. A través de la pantalla se acerca todo lo que puede hasta el portal y las ventanas cerradas del cuarto piso, por si pudiera intuir alguna sombra de movimiento en su interior, algún detalle nuevo, aunque en el fondo cree absurdamente que todo debe permanecer igual desde que ella se marchó. Ha llegado incluso a pensar en presentarse allí, ante los nuevos inquilinos, simplemente llamar a su puerta y rogarles que la dejen echar un último vistazo a la que fue su casa. «Porque esta fue mi casa, ¿saben? Mi infancia, mis años más felices los pasé aquí... Por favor, déjenme entrar otra vez a la habitación de mi tío, por favor, necesito recorrer este pasillo de nuevo...». Lo piensa seriamente; llega incluso a acercarse con el coche una mañana en que se desvía automáticamente, como obedeciendo al acto más lógico, de su camino habitual hacia la facultad. Aparca justo en el portal y se queda inmóvil sujetando el volante, pero se echa atrás en el último momento. ¿Cómo iban a tomarla en serio? ¿Con qué derecho iba nadie a dejar entrar en su casa a una desconocida? «Con el derecho que me da haberla habitado durante años, con el derecho que me da que mi tío murió solo entre esas paredes por mi culpa, que yo crecí junto a mi madre bajo ese techo y leí todos los libros y jugué a todos los juegos... Por eso tienen que dejarme volver a entrar, aunque sólo sea unos minutos, por favor...». Quizá diera con alguien comprensivo. Quizá hasta podría contarle su historia y se compadeciera de ella y encontrara un breve consuelo. Pero no es posible que viva nadie allí, en la casa en la que ella vivió con su familia y en la que no puede dejar de pensar sino como en su casa y jamás en la de otros, de nadie más; no puede ser que ahora esté habitada por otras personas desde hace años, es sencillamente imposible que otros recorran los mismos pasillos en la misma penumbra de noviembre pero entre otros muebles, entre otras habitaciones.

Antes de darse cuenta ya ha arrancado y se aleja de allí recordando tantas cosas. El olor a colonia del baño y los dibujos de las baldosas, a su padre haciendo zumo de naranja cada mañana, el tocadiscos de su tío, las tardes enteras de junio leyendo en la cocina bajo la ventana con la torre Picasso al fondo, el sonido exacto de las alacenas y los armarios al abrirse, el gris profundo derramado, el amarillo de las lámparas, la mantita de su abuela sobre el radiador, el tacto del gotelé al pasar los dedos, el frío suelo de gres que había que cubrir con alfombras en invierno, las cenas en el comedor que siempre parecían presagiar noches extraordinarias, su rincón en el sofá desde el que leía y leía sin que nada la distrajera, el pequeño escritorio iluminado en el que hacía los deberes mientras la música que escuchaba no hacía sino avivar sus arrebatos, el largo pasillo que su abuela recorría una y otra vez, el cazo con infusión de eucaliptus que su padre dejaba cada noche en la habitación, las fotografías de su boda bajo el cristal de las mesillas, el gran espejo del armario, la terraza llena de estanterías con sus libros, su baúl de mimbre y el amplio ventanal desde el que se veía el campanario de la iglesia de San Antonio y la entrada del mercado. Con tres o cuatro años, antes incluso de empezar el colegio, muchas mañanas gélidas, envueltas en una manta, su abuela y ella dijeron adiós con la mano a su madre desde esa misma terraza y la vieron coger el coche para ir a trabajar o entrar en el mercado un instante después de girarse y sonreírles. Ese instante prodigioso.

Quien viva en esa casa no sabrá nada de todo esto. Nadie lo sabrá nunca. Nadie será consciente de todo cuanto sucedió. ¿No debería ir y contárselo? ¿No está obligada a ello? «Querido nuevo inquilino: si vives aquí, debes conocer la historia de esta casa y de quienes la habitaron antes que tú; ¿acaso nunca te lo preguntas? Debes saber quién soy y todo lo que ocurrió aquí. Debes saber que mi madre vivió».

Contempla ahora desde su salón las cuatro torres que iluminan la noche entera como llamas.

Oh, madre. Si pudieras girarte otra vez sólo el segundo necesario para verme.

Su madre ya no está desde hace años. Su padre acaba de marcharse también. Toda su familia ha muerto y ella es libre. Recuerda un consejo, siempre que de niña tenía fiebre: «Procura mantener la piel caliente por si te quedas dormida en la nieve», y con su propia mano le cerraba los párpados y se marchaba sonriendo. Sentía los ojitos pesados de arena, y la fiebre le hacía soñar con grandes buques que surcaban los mares del Sur bajo cielos violetas cargados de vapores. Pero otras veces eran islas de hielo y los fuegos del Ártico en ráfagas verdes, o las tierras salvajes de los príncipes polares que sólo se alimentan de cerezas y de escarcha.

Se despierta en la nieve, es joven y la vida se abre ante ella, pero se siente anciana y muerta y daría las dos manos por volver a aquellas tierras.

A la hija ya sólo le calma dibujar calendarios. Los hace a cientos. Llena cuadernos enteros de meses y años pasados, de semanas por venir, páginas y páginas, y luego se queda noches enteras mirándolos fijamente. Días negros, días rojos, caminos circulares, correspondencias matemáticas. Y aun así le resulta insólito que los números se ajusten con tal precisión, y que las horas, los años, coincidan. Inventa otro juego para conciliar el sueño. Tira varias veces su cerebro como un dado para caer en cualquier fecha, después recuerda, y a cada respiración se le vacía el rostro en el pecho.

Después levanta la vista a un espejo y se contempla a sí misma sin poder explicárselo. Mira a la que tiene delante y se asombra de los recuentos con una estupefacción de ofensa. Muchas veces escucha que la llaman trozo de piedra («y no lo eres, no lo eres») y se siente una roca excavada a lo lejos donde estallan las olas.

Le sucede en ocasiones que el presente se le desvanece entre temblores de tierra para construir túneles hacia el pasado. La ecuación que no supo resolver su amigo Sherlock, la variante que nadie había calculado ni previsto. Qué se hace con la muerte a los trece años.

Muy bien podría serenarse un instante y admitir que todo está llegando cuando tenía que llegar, ni más tarde ni más pronto, que

nada se posterga ni se está anticipando, que todo está cobrando sentido en su momento y los minutos están funcionando con una precisión cósmica. Bien podría admitir que algo así es compatible y es real, que algo así puede mover el eje de rotación de la Tierra, porque reconocerlo y calmarse sería algo tan cómodo, tan fácil... Pero la cuestión es que no sabe de cómputos ni fechas ni de bucles temporales, y menos aún de protocolos, no tiene la menor idea de hacer encajar los días donde deberían estar siguiendo un canon lógico porque los calendarios siempre han sido para ella puzles móviles y si volviera a cumplir trece años mañana mismo le resultaría maravilloso y terrorífico cambiarlo todo y no cambiar nada, porque de repente cualquier máquina del tiempo es un concepto que está empezando a quedarse muy pequeño para quien resiste solo y el viaje le resulta como un círculo perfecto. No sabe a dónde tiene que dirigirse ahora, de modo que el trayecto debe ser el mismo para todos.

Lleva años construyéndose un atuendo perfecto de espinas y piedras, agazapada en lo más profundo sin ver a nadie más a su alrededor y sin que nada ni nadie puedan tampoco tocarla. Pero no había calculado que el veneno de la literatura le picara tan hondo y se extendiera por todo su organismo, y como tampoco puede ni quiere detenerlo se pasa las noches enteras devorando libros, desde Milton a Maxwell. Todos ellos, los saca de la tumba y les pide que le hablen. Busca respuestas; en el fondo, busca a sus padres en mitad de una encantadora congregación de fantasmas. Dostoievski y Gógol con sus gorros rusos, Ibsen junto a Sófocles desde un rincón, Cummings mirando por la ventana tratando de no hacer ruido, Carver fumando en el mejor sillón y lanzando miradas cínicas, Whitmann haciendo buenas migas con Dos Passos, Proust y Baudelaire recogiendo sus armas tras la batalla. El tembloroso Le Fanu, el prodigioso embustero de Bradbury, el vacuo seductor de Byron. El convincente Gide, el poderoso y vulnerable Hesse. Lorca despidiendo rayos de luz por sus dedos y Camus marcando el paso. Cortázar y Nabokov. El dulce Eliot. Sylvia y Virginia. No hace otra cosa que escucharles durante toda la noche y esconderse en los pasillos por el día para no tener que quitarse las

gafas de sol ni abrir la boca delante de nadie aunque su vida dependa de ello, porque le resulta terriblemente agotador e inútil. Pese a todo, en las primeras horas del día, con los ojos inservibles ya, su cerebro parece desatarse, como si cada una de las palabras de Faulkner actuaran como cuchillos cortando cuerdas. Es fácil para ella escribir entonces, hasta que vuelve el embotamiento a apretar de nuevo los nudos, pero en esos momentos agradece como nunca la fertilidad libre e inmensa y es como si la cabeza le fuese a reventar en su euforia. Y cree que eso significa algo porque entonces no es más que una universitaria soberbia y estúpida.

Ha leído más de mil libros hasta ese momento de su vida, y cualquiera pensaría que todas esas lecturas la han vuelto más sabia, más culta, más sensible, más feliz. Pero se equivocan; es todo lo contrario. Nadie se imagina el daño que le han hecho. En pocos meses tendrá que dejar de leer por prescripción médica, después de estar a punto de perder la cordura irreparablemente. Cuando se enfrentó a ellos durante la última noche se dio cuenta de que los libros en los que se había refugiado hasta entonces no eran más que un depósito de miseria inútil. Y que su encantadora congregación de fantasmas no le había traído a su madre ni revelado ninguna respuesta.

Y oh, prodigio. Encuentra a ambas, de repente, en una chica de la universidad. Se enamora de ella con desesperación de huérfana.

Se fija en ella por su manera de fumar. Es lo primero que le llama la atención. Eso y que siempre viste de rojo y negro. Son los dos colores que la definen. Tiene la piel muy blanca y los labios increíblemente rojos. Fuma siempre apoyada en el pasillo entre clase y clase, con los brazos cruzados y expulsando el humo hacia arriba. La mira de reojo al principio, la observa después durante meses. La busca con ansiedad por las distintas filas hasta que la encuentra en cada aula, la persigue por los bares de la zona universitaria, se marea mientras la ve sostener entre los dedos un pequeño reloj de arena dos mesas más allá en la biblioteca, se da cuenta, estupefacta, de que no puede apartar la mirada cuando una tarde se va la luz repentinamente en la cafetería de la facultad y se queda titilando entre las sombras el incandescente

punto rojo de su cigarrillo.
En su cabeza la bautiza con un nuevo nombre y la inviste de dones inventados. Pero pronto descubre que comparten el mismo gusto por la música R&B y los poetas ingleses del diecinueve. Consigue hablarle durante el descanso de todas las mañanas, hacer su presencia necesaria en el día a día de clases y salidas nocturnas. Bailan canciones nuevas. Conducen enloquecidas. Frecuentan pubs hasta entonces desconocidos o cafeterías donde se puede jugar al Cluedo y al Pictionary hasta altas horas de la noche. Comienza a fumar únicamente porque ella le dice que le queda bien. Conoce a un tipo que les deja el gramo de cocaína más barato, no quiere dejar de probar nada y se abandona por completo a sus manos cuando éstas le extienden el pequeño cilindro plateado y luego le recomponen el pelo después de aspirar el amargor blanco. Se quedan las últimas en la biblioteca, en los billares, hablando hasta muy tarde en el aparcamiento de la facultad. La chica de rojo y ella se hacen prácticamente inseparables.

Los meses fueron intensamente rojos. Había luz en su casa después de conducir desde la ciudad al amanecer y habernos pasado la noche bailando. Eran rojas las ventanas abiertas y la madrugada entrando a borbotones; era rojo el hielo de las copas, el humo del tabaco y el sonido de sus uñas sobre el cristal de los vasos. Vertías el licor mientras bailabas, yo podía verte, como el divino escanciador de la leyenda griega. Te nombré y eras roja como el estallido de la sangre bajo el absorto bisturí del cirujano.

Llegaba a su casa por las noches mientras ella la esperaba con los labios apretados contra el cristal. No se acordaba de encender la luz mientras mantenía las pestañas pegadas a la ventana, tan cerca estaban sus ojos de la calle. A veces le confundían las sombras sobre la acera, creía que era ella cuando sólo había sido un revoloteo en los arbustos, pero el corazón se le lanzaba hacia arriba hasta ser contenido por los dientes. Lo sentía latir y sangrar dentro de la boca, los labios ardiendo, sus dedos presionando el cristal. No venía. Miraba

el reloj con la luz apagada. Había un nuevo soplo de viento y otra sombra crecía y se alargaba tras la esquina. Empezaban a dolerle los ojos de tanto forzar la vista a través de la noche esperando sólo verla aparecer entre las ramas negras. Sabía que la tendría a su lado toda la noche, que dispondrían de todas las horas de la madrugada y que se cansaría de mirarla hasta que amaneciera. Pero tenía que verla justo antes, justo entonces, justo en ese momento al otro lado del cristal, antes de que llegara hasta ella y quizá se transformara en algo distinto.

Extraña magia: la facultad se ha convertido en un lugar acogedor al que no le importa regresar cada mañana. Al salir fuera para hacer pequeños descansos durante las jornadas de estudio en la enorme biblioteca principal se queda mirando el largo pasillo de la entrada y sonríe cuando por fin la ve acercarse como si fuera lo único que hubiera estado esperando en todo el día. Y si era viernes, se montaban en el coche y todas las horas del fin de semana se desplegaban sólo para ellas con la misma cualidad de orla que la extensa carretera hasta la sierra.
Algo la arrastra, y su sangre flota entre el blanco y el rojo. Algo se adentra, algo la expulsa de sí misma, algo ha vuelto sus órganos ingrávidos.

Algo se está levantando. Lo nota derramándose en las profundidades azules de la noche. Dulce y amargo como una fruta sombría.

Cuando volvían a casa hacía ya un par de horas que había amanecido. Ella fumaba en el asiento del copiloto con la ventanilla abierta y se colaba en el coche olor de cielo prematuro. Le llenaba de un entusiasmo casi salvaje cruzar las largas avenidas del centro cuando los demás conductores, en el atasco del sentido contrario, con toda probabilidad acababan de salir de sus casas para dirigirse a sus estúpidos trabajos. De vez en cuando cedía a la tentación de mirarla de reojo y podía ver su perfil perdido contra las primeras luces del día. Momentos antes, entre el humo azul de *afters* casi vampíricos, la observaba contestar con un deje de indiferencia a los chicos que se

acercaban y temblaba si simplemente le cogía de la mano para conducirla a otro sitio. Ahora, haciendo frente al declive en las horas del regreso, sigue preguntándose si aquellas podían ser señales ocultas o reglas complacientes de un juego que cree manejar todavía.

Vislumbra incrédula cómo comienzan a encajar pequeñas piezas extraídas de algún lejano tabernáculo de humo. Sumerge en él las manos para aferrar y aislar recuerdos como quien se esfuerza en enhebrar hilos de niebla con los que tejer imágenes que poco a poco toman forma.

Habla en su pecho de nuevo el oráculo, aquél que escuchó despertar por primera vez hace tiempo, y le confirma que nunca se vuelve a fumar igual que cuando tienes trece años y te has subido al tejado para esconderte y ver el cielo en plena noche. A lo lejos pasaban trenes desde el atardecer, y tú te sentías todo un caballero porque habías ayudado a tu amiga a bajar las escaleras apoyadas en la pared y le habías ofrecido fuego con un mechero recién robado. Tampoco vuelves a sentir nunca el color rojo igual que a los dieciséis y se te ha pasado la hora de llegar a casa porque la has visto sentada en el banco más oscuro con alguien que nunca la ayudó a bajar de ningún tejado y la confusión te ha dejado aturdida largo rato, tanto que ya ni te preocupas de caminar más deprisa para llegar a tiempo. Esta imagen, la última de una serie encadenada que presumes acorde —el recuerdo de un beso efímero en un pasillo en sombras, una mañana de invierno recién llegada al colegio—, se desvanece un momento para volver a componerse en un dibujo presente emborronado de agua; ahora te ves a tus veintiún años tratando de identificar tus sospechas sin querer aceptarlas del todo, mirándola de reojo cada vez que se le acerca un chico para hablar con ella, sintiendo trepar los celos como arañas en tu estómago, fluctuando entre lo que experimentas y lo que consideras imposible, roída por la inseguridad y la tensión inexplicable, vislumbrando una lejana identidad desconocida que te resulta hostil e ilógica. El rojo, siempre, la lucha del rojo extremo pintando rizos y labios y noches enteras. Y sigues preguntándote qué te sucede, *qué eres*.

Mareada por los vapores cierra la caja de bronce, pero siguen golpeando en su memoria los paneles. Deja sin custodia lo que cree saber, lo que todavía no es ni un soplo ni una sombra de intuición pero que ya le pertenece, ya lo asume como un vestido en el que deslizarse, aunque aún no tiene guardianes ni sacerdotes que disponer en su altar ni que formulen el nombre de lo que se oculta en lo más profundo del sagrario.

Durante toda su vida ha evitado siempre hablar de sus padres, elude incluso nombrarlos, oculta la tragedia de su vida como si se tratara de un defecto físico a esconder pero que todo el mundo sospecha. Decir «mi madre murió, mis padres murieron» es un ejercicio encriptado en un lenguaje extraño e impronunciable para ella que adopta la forma de losa de vergüenza a sus espaldas. Y en lo posible trata de caminar sola, bajar el rostro y ocultarse a la vista como una leprosa pegada a las paredes, su corazón endureciéndose, su mente ajena a todo estallido como un recipiente de cristal que va llenándose hasta que ya no soporta más la presión.

Suben a su casa, esa noche, después de agotar la madrugada entre copas y rayas, aunque cree que se le ha podido ir la mano en esa ocasión porque el mareo y la taquicardia son más violentos de lo habitual y lo achaca únicamente al alcohol y la droga. Dejan atrás Madrid amaneciente y todas las luces de la calle que se agostan; la puerta de su casa se cierra tras sus risas. Es, quizá, el momento que el cáliz estaba esperando para romperse, la madrugada ha terminado de colmarlo y presiones ajenas han establecido por fin su límite. Está recostada en el sofá, tratando de controlar las náuseas, y el único punto fijo que resiste a la rotación de las paredes del salón es la cara que la observa. Algo la está obligando a abrir los labios y suplicar clemencia, sólo ella, en ese instante, tiene el poder y el remedio para calmar su ansiedad, sólo ella puede contestar a la pregunta que la quiebra —«¿También morirás tú?»— cuando únicamente su silencio es lo que la está partiendo. Ahora se inclina hacia ella, quedándose tan sólo a unos centímetros, le sostiene la cara, y está llorando.

Quise enterrar mi cara en su corazón, agarrarme a su sangre para no marearme en el viaje. Porque todo en la noche descendía como en una pendiente abrupta hacia la que nos empujaba una fuerza violenta y estaba tan desguarnecida como las piscinas silenciosas tras los setos. Había un coche aparcado frente al escaparate luminoso de una cafetería abierta, con todo su amarillo derramándose sobre la acera y el negro mate tragándose los edificios.

Tan lejos, esa noche y sus luces de clínica.

Volvíamos de la ciudad vacía, volvía con la lengua cargada de presagios, y hubo un breve momento antes de que todo estallara en el que creí quedarme dormida y ver cómo sus uñas golpeaban el cristal del coche aparcado frente a los ventanales. Dentro del coche, entre dos franjas de penumbra, giré la cabeza tratando de sacudir el embotamiento y me encontré con su cara preguntándome algo. Desperté para no creérmelo. Volvimos a casa solas desde la ciudad porque no quedaban luces allí, las habíamos agotado todas con la fiesta.

Al llegar, el mareo producido por el alcohol me hizo creer que las raíces de alguna flor venenosa y carnívora se expandían en mi estómago. Dejé caer la cabeza sobre los cojines del sofá, y nada me habría preparado para lo que iba a presenciar entonces, porque esa noche las estatuas se movieron, lo juro, y un solo momento arrojó más luz que todas las edades. Y después, recién amanecida, abracé todas las causas y conocí todos tus nombres cuando el cielo despuntaba profundamente malva.

Hacen el amor como dos barcos astillándose contra los acantilados de un mar de niebla. Temprana la luz, por fin da con el puerto. Estaba allí mismo, escondido en su pecho, y se siente victoriosa o vencida. E incluso en ese instante nuevo de absoluto júbilo por el descubrimiento de una libertad desconocida le quema el chispazo de un presentimiento aciago.

Sus hombros desnudos a contraluz, de espaldas a ella en la cama, son su primera visión en la primera mañana del mundo.

Todas las cosas de este mundo pueden resumirse en una sola abstracción, en una sola letra o un solo nombre. Todas nuestras búsquedas, todos los caminos de la salvación: Beatrice o Venus, que cansadas de vagar de niebla en niebla, en una esquina se frotan las manos.

Su primera amante tiene largos rizos rojos que le caen por la espalda como hilos de sangre. Ya casi no se acuerda de ella. Solían verse en su casa de la sierra, las habitaciones tardaban horas en calentarse y ellas se buscaban bajo las mantas mientras fuera se aglomeraban las nubes ácidas y rugían los leones presintiendo la tormenta. Si más tarde le preguntaran por esos días, recostada en la cama mientras fumaban y hablaban de poetas ingleses como si les hubieran conocido en primera persona, negaría con la cabeza. No los conoce. Nunca los trató. No quiere que las vidas tristes inunden la suya de nuevo. No le apetece sentir otra vez que ella esperaba en la otra orilla mientras Byron cruzaba el río a nado. Porque Byron hizo eso, ¿no lo explican así los libros? Ya era un león mucho antes de meterse en el agua, pero a veces las fieras tristes se sumergen para poder detectar a tiempo las gotas corrosivas de la necesidad. Mientras hablan de Byron, fuman, se contemplan incrédulas, vuelven a caer en los rituales y las trampas del deseo, los días crecen largos.

Hacía tanto frío que el frío quemaba, y era aquel invierno azul de niebla sobre las montañas como en una visión amanecida de las estepas rusas. Sólo había niebla por detrás de los cristales, extendida en el asfalto y los parterres a ambos lados, sólo su coche aparcado frente a mi portal a lo largo de toda la calle como el único brote existente del mundo.

Mis ojos lloraban de frío por las mañanas cuando salía a comprar el desayuno muy temprano y todo alrededor era de color blanco azulado, el paisaje tras las ventanas de la terraza, los muebles del salón y las páginas de apuntes que habían quedado desordenadas en la mesa, pero no existía ninguna amenaza ni ningún terror tras el despertar del día; ella me esperaba en la cama y a ella regresaba hasta que caía la

tarde hacia los porches desde arriba, desde las montañas, cuando los colores cambiaban a lo lejos por la carretera oscura de camino a algún cine, a la pequeña cafetería que descubrimos, un lugar de débil naranja donde las noches eran largas y las horas eran tibias y el humo de los cigarros tropezaba con el azul interminable del invierno y de las tazas hasta que nos entraba sueño y nuestros ojos se llamaban y deseábamos volver, porque siempre había un sitio cálido al que regresar aquel invierno.

Se repite, en fin, de manera inevitable, el mismo ciclo que viene propulsando al planeta y a sus habitantes desde la invención del fuego y del cual ella creyó verse expulsada para siempre. Se repiten los mismos cultos que durante siglos han establecido a los durmientes en un territorio cálido, donde después de cenar se tienen buenos sueños y la nieve cae lenta como en un susurro.

Contempla su inmovilidad, la ausencia de su hasta ahora férrea voluntad, como un hecho insólito. Se ha entregado. Imagina que la única medicina válida es la que administran los chamanes a través de una pálida chica vestida de negro y rojo para ahuyentar a los espíritus tristes. Ahuyentarles no, en realidad le da pena pensar algo así, sólo llevarles de la mano a un sitio apartado donde encuentren el descanso, alejados de los vivos para que no les contagien su pena.

Se olvida también de sus obligaciones, lo encuentra inexplicablemente agradable. En lugar de levantarse para ir a clase, se pasa las mañanas contemplando sus hombros desnudos mientras va creciendo la luz en las paredes y pensando, si es que piensa en algo, en cómo se ensamblan en los primeros años de vida los distintos huesos del cráneo, separados cuando nacemos, como si se cosieran solos porque todo lo que es necesario ya se ha guardado dentro.

Desaparecen junto a ella todas sus ausencias, aunque a menudo insiste Invierno en reclamar su atención haciendo alarde de su nieve, como un mago solitario y presuntuoso. Pero ni siquiera entonces se inquieta. Simplemente llama a los chamanes y le aleja suavemente de la mano, sin acritud, sólo proponiéndole un descanso, y después ambas se alegran del cambio de estación, desnudas sobre camas de

montaña como pequeñas caníbales aprendiendo los ritos del hambre, para constatar, en el punto más estrecho de la elipse, lo lejos que se encuentran del mundo.

Saltábamos la verja algunas noches, muy tarde. El vigilante dormía desde hacía horas, no veíamos ninguna luz en su casa junto a la piscina. De modo que saltábamos silenciosas y nos besábamos a escondidas en la hierba o bajo paredes azules donde permitía que me dieras un no detrás de un sí y por último un quizás que te encendías con mi mechero. La Cruz del Sur sólo puede verse desde el hemisferio austral. Mentira, yo la veía en mitad del agua cuando te deslizabas y caías, cada vez que te contaba aquello de que *Caddy olía como los árboles*, cada vez que te tenía que tapar la boca para que nadie nos oyera por encima de las verjas. Llegamos más allá del arco del verano, y superada su bóveda abriste de repente la caja de las fustas para desgarrarme la sangre a latigazos. «Quizá no quiero esto... quizá nunca debimos... quizá es mejor que nos detengamos aquí... Quizá un tiempo sin vernos ayude a aclararnos». Cuando salí del agua la última noche era prematuro el alba sobre nosotras pero el frío seguía paralizándome.

Irse lejos. Irse. Es todo cuanto alcanza a ver. No será en otro lugar lo que cree ser aquí. Otro suelo que aún no esté infectado le dará paz, le enseñará que el camino que pisa es el equivocado y que existen otros más seguros y más limpios. Podrá olvidarse, purificarse, resurgir y reconocerse de nuevo siendo otra.

En Ur, cuentan, los hombres habían sido modelados con agua y tierra limpia desde altos tronos de arcilla y fuego antes de obtener permiso para descender sobre el suelo del mundo. Podían hablar con los leones, inventaron la plata y el violeta sólo para adornar las túnicas de las mujeres y en las cuencas de sus ríos enseñaron a los dioses a leer.

En el Bajo Egipto, la abeja todavía canta inscripciones al oído del faraón bajo su corona roja. Las jóvenes fenicias tejen mitras blancas y adornos para las velas del Nilo; al amanecer, los niños recogen tallos

de papiro junto a apacibles cocodrilos y al caer la noche todos los templos brillan y elevan su azul hasta las alas de Horus.

En Alejandría el aire huele a arena y a barcos griegos, el cielo siempre es rojo o amarillo, los colosos miran alto situados a horcajadas sobre el mar y se reúnen los filósofos en patios donde no existieron cruces ni prendieron las antorchas las hojas de los libros.

En Creta, los adolescentes son rubios pero tienen la piel morena de pasar horas enteras en el puerto, ellos mirando las gaviotas, ellas haciéndose trenzas en el pelo, unos y otras imaginando laberintos y teseos.

En el techo de la sala común del *college* nunca paran de girar las aspas de un ventilador inmenso. En camas extrañas de ciudades extranjeras, les pide a los viajeros que le cuenten historias de tierras lejanas, ellos comienzan sus relatos invocando lugares remotos y ella pasa entre los caminantes en silencio, sin ruido, cerrando las ventanas, recogiendo el aire suave que les ronda y que se queda, apartando de sí la vida cada vez que se le cruza.

Londres la mece apaciblemente. Se hace amiga de un chico noruego que tiene la piel infinitamente blanca y los ojos infinitamente azules. En realidad, a los dos les toman por nórdicos. Con frecuencia se lo encuentra bajando el puente de St. Paul hacia el río, «*Hey girl, would you please please let me invite you?*», y van casi todas las tardes a tomar el mejor zumo de manzana que ha probado nunca, en un sitio cerca de King's Cross. Él quiere ser piloto. A ella por entonces no le importaría empezar a estudiar historia. Un día le propone una excursión clandestina a Canterbury, y ella aún recuerda con qué reverencia tocaba las piedras de las tumbas que bordeaban el altar. De regreso cogieron el último tren hacia Londres y pasaron las dos horas hablando de catedrales y de mujeres.

No volvió a saber de él desde entonces, pero le gusta pensar que fue él, quizá, quien años más tarde la llevó en avión a París, o a Ámsterdam, o a Tokyo; o quien, tal vez, la lleve a todas las capitales que aún la quedan por conocer.

Se quedó sola después de atravesar el puente que llega hasta la estación de Charing Cross y se sintió obligada a agradecer algo existente en aquel momento al mirar los reflejos sobre el río desde la baranda de piedra de los muelles, algo que se levantaba desde las sombras bajo los arcos de los puentes y que ya no era amenaza ni fantasma sino antiguo visitante conocido. Los mismos reflejos rojos del fuego sobre el río que habría pintado Turner hacía siglos, el incendio del Parlamento atravesando días y años hasta llegar a ella. Se sintió obligada a reconocer y agradecer aquel momento como algo esperado y bienvenido, porque había caminado por las mismas calles que Virginia Woolf con la atracción del río tal vez ya en la cabeza, había visto la piedra Rosetta que desentrañó el mayor misterio y las mujeres que esculpió Fidias en Grecia, había tocado las piedras rojas de la catedral de Westminster aquella mañana y había corrido por los puentes sobre el Támesis en un estado de excitación que sólo puede proporcionar un momento de reveladora epifanía. Cuando llegó a Covent Garden todas las aceras estaban llenas de flores y cerca de la entrada del mercado alguien cantaba una ópera mientras un chico pintaba en el suelo la cúpula blanca de la catedral de San Pablo donde están enterrados los reyes del pasado. Reconoció todas las pinturas de la National Gallery, una tras otra hasta casi llorar, y al salir vio a dos chicas besándose en una cafetería de Piccadilly y de repente sintió una felicidad tan frágil que tuvo que sonreír al recordarlas y asumirlas como un secreto posible o una luz que nunca se extingue.

Guardó muy adentro todas esas imágenes cuando en el tren de regreso el cielo era ya de color malva sobre los tejados victorianos. Antes, en el punto más alto de la noria, había sentido evaporarse el deseo de convertirse en algo ajeno mientras la vista se le había quedado fija en el río, y en ese momento en el tren notó claramente cómo se prolongaba esa sensación y ya no la abandonaba. Fueron suyas todas las luces de Londres, se las llevaba consigo arrastradas por el río junto a las Casas del Parlamento. Ya pertenecía a ellas como un ser inerte y sumiso que ha dejado por fin de luchar, el sol poniéndose sobre los tejados y el Big Ben reluciente como una llamarada en ascenso. Se hacía cada vez más de noche y los árboles eran sólo

manchas de color difuso a ambos lados de las vías. Sobre el Big Ben seguiría ardiendo el fuego de todas las almas, exactamente igual que la noche en que Turner fijó para siempre la imagen de las llamas y se dio cuenta de que era capaz de pintar el invierno con sólo un vapor gris en espiral sobre el lienzo. Las acepta a todas ellas y la imagen la transporta, se la lleva con el aire por la ventanilla y tiene que cerrar los ojos y dar las gracias por tercera vez, reconciliada con el oráculo, hermanada con cuanto la rodea y existe, asumiendo quién es y con quién desea compartir el resto de su vida.

Al ir dejando atrás la ciudad todo se reafirma. El núcleo de las trampas y de las debilidades, las sutilezas del veneno, los principios del juego. Parecía recién descubierta la medida de los días, como si la luna fuera todavía adolescente y el sol hubiese salido muy pocas veces sobre el mundo. Cuando llegamos, continente virgen, era posible contar los días desde la creación y el fondo del mar se escuchaba profundo e insondable. Sobre él se alejaban velas blancas. Lo que nunca tuvimos está congelado en el tiempo, en algún punto, convertido en frío que cae del cielo o en quebradiza cortina que retira con clemencia todo nuestro pasado.

Volver a la luz desde un estado de duermevela con la sensación de haber pasado la noche enferma y despertar curada. Abrir los ojos y las ventanas al amanecer cuando el aire huele a limpio y a agua fría, ver los libros a su lado y todos los objetos domésticos que han dejado de ser jueces adversos. Divisar abiertos todos los caminos por delante y después salir a la calle muy temprano a pasear porque la casa se hace pequeña y las paredes no parecen capaces de contenerla, pensar y verse a sí misma como una simple chica caminando por los comercios con el deseo de comprar flores como Clarissa Dalloway o de entablar una mínima conversación con alguien, y en todo momento tratar de controlar el hervor de su cabeza esa mañana, consciente como nunca antes de la ausencia y de la vida y de la infinidad de posibilidades que se extienden.

Cuando vuelven a encontrarse ella lleva la determinación enarbolada en los ojos, el regalo de su identidad entre las manos para ofrecérselo, pero la vida se ha interpuesto entre ambas. Su primera amante se ha convertido en una pequeña máscara blanca; en todo momento trata de mantener esa pose de diligente cordura que durante la partida es mero escudo contra el pánico. Una tras otra van cayendo sus razones como lluvia de piedras pero no las entiende, ni siquiera las escucha; ahora grita, suplica, la urge a explicarse sin creerla, exige saber cómo es posible que lo mejor para las dos sea esto, y cuando por fin se ha marchado, cuando la puerta de la calle se cierra por última vez, se queda con la cabeza apoyada contra el quicio y las manos extendidas sobre la madera, como esperando encontrar en ella la forma de sus dedos, tratando de asir lo que no es más que un final que ya se ha hecho recuerdo.

Los días que siguen son laberintos negros, un continuo correr a ciegas para evitarla en los pasillos de la facultad, de nuevo territorio hostil que descubre su óxido bajo el barniz desconchado, huir de encuentros y miradas, asfixiar cualquier deseo y cualquier súplica, intentar olvidar cuando se queda en casa ajena a todo bajo mantas aprendiendo a no buscarla, a no pensarla, luchando por no verla a todas horas bajando de todas las escaleras y atravesando todas las puertas. Pero muchas tardes llegan sujetando un mazo de cristal con el que le golpean la cabeza, reclamando un presente que siempre fue pasado cíclico; entonces se sienta en el entarimado blanco y negro de su precipicio, empeñada en inclinarse hacia el costado del abismo, y brama octubre en la ventana, primer frío, el sábado entero bajo las mantas del salón sin ningún cuerpo que respire a su lado, sin ni siquiera cuerpo que le pertenezca, reina sola al llegar a casa, un cigarrillo cansado y humeante apoyado en el cenicero, las hojas en las calles, la facultad cerrada y su almohada cruz de hielo cuando al despertar le parece como si la hubiera tenido entre sus brazos de nuevo y ella riera apretando la cara contra su hombro con todos los rizos extendidos hacia atrás.

Finalmente se pregunta de qué ha servido abandonarse a todo aquello, y de qué sirve considerar ahora cualquier acto en términos de justicia o ruego. Son las mismas palabras y los mismos besos, pero esta vez se los dan otros, se los da él, su entrega no irá a parar en nada y quiere huir de ella, huir de sí misma, preguntar y no saber nunca, la rabia y las mentiras ascendiendo como antorchas sobre túneles de hierro. Le imagina tocándola y la sangre le hierve y explota. Llora, grita, se maldice a sí misma y la odia porque estuvo en otros brazos y fue otro cuerpo el que se apretaba contra el suyo mientras ella en Londres aceptaba por fin la voz del oráculo, otros labios los que bebían de la copa que se dispuso en la mesa para ella y le susurraban todo aquello que ella también sabría decirle pero con el corazón estallando de puntillas. Asignada para ella, ¿no era así? Quien confortó sus noches y la esperó en sus mañanas, aquella entre cuyos brazos podría alcanzar su libertad y todo cuanto la pertenece si el mundo fuera justo y no existieran los ladrones. Por primera vez comprende el *odi et amo* de los sabios. Se odia y les odia, a ellos, a ellas, detesta su propio sexo y su propio corazón. Siente su vida como algo vano, innecesario, algo que tiembla y solloza fuera del contorno de un círculo cerrado de lógica y materia. Algo absurdo que se agita, una idea, una locura, algo que bate y se retuerce, algo que oprime, que golpea. Innecesario, indefinido, sin importancia. Insoportable. Inextinguible y silenciado, algo perpetuo y maligno entre la furia y el dolor que arde, algo que convierte su vida entera en un cuento fingido. La ha perdido, ése es el único compendio, su elección ha sido otra persona que no es ella, que es un chico, alguien que se ha apropiado de lo que más ha amado nunca hasta ese momento, de lo único que ha tenido y sería suyo por derecho si la justicia existiera. Al amanecer la sigue llorando, ya no sabe a quién, y extraña un cuerpo tibio a su lado que la acune cuando está agotada y nada puede hacerla dormir.

Las noches en que no puede dormir piensa en metal líquido. Piensa en finas láminas de metal derritiéndose, y a continuación llegan las imágenes de los cuerpos blancos que duermen desde hace tiempo en cajas blancas, como días del pasado almacenados dentro de urnas bajo

llave.

Los ataúdes están llenos de mercurio. Por eso hay que esconderlos bajo tierra, muy abajo; si los abriéramos a media noche nos ahogaríamos en la corriente, seríamos arrastrados hasta los mismos límites del mundo donde abren las fauces los dragones (que no nos engañen los mapas de Copérnico porque existen estos confines: cualquiera que llegue hasta allí podrá ver a los guardianes con sus propios ojos), y si los venciéramos podríamos ponernos de nuevo en pie con la misma dignidad que los caballos del capitán Scott sobreviviendo a otra noche ártica.

Se levanta de la cama, enciende la televisión de madrugada y es testigo gracias a las noticias de cómo una ballena ha acabado nadando en las aguas del Támesis durante tres días después de equivocar su camino hacia el océano, hasta que al cabo de ese tiempo ha muerto a bordo de la misma barcaza que intentaba devolverla a la Antártida. Cuando llegue por fin el pequeño bote a rescatarla a ella —si es que llega, si es que todavía le es lícito desear o alcanzar algún descanso— se sentirá tan aliviada y tan incrédula que le pasará igual que a la ballena perdida: apoyará la cabeza exhausta en la cubierta y se dejará ir, cayendo en un remanso tranquilo de fiebre, hasta despertar en casa.

Ningún ladrón existía, y no era real nada de lo que había sucedido. Se había visto obligada a celebrar sin ganas una Nochevieja tan improcedente como si tuviera lugar en pleno agosto, pero de repente empezaba a ser de día y estaba sola en mitad del bar, intentando disimular que acababa de escuchar su voz y su risa tan claramente como si fuera la única entre la multitud. Y ella también la había visto, de pie contra la luz de la puerta, y ya era muy tarde para echarse atrás o esconderse, así que se acerca y le desea felicidades por algo. Ella deseándole algo así, qué gesto tan absurdo, de pie con su traje de corte perfecto y su corbata aflojada alrededor del cuello, y va aún más lejos cuando le propone acercarla hasta su casa. Acepta, algo más extraño todavía, pero sólo porque empezaba a amanecer y ya era difícil encontrar un taxi. La llevaba en su coche por largas calles con las farolas todavía encendidas y ningún ladrón existía. El infierno no

existía. Hasta que ella lo mencionó de pronto y algo que era de cristal se rompió y el ciclo entero volvió a repetirse. Se despide de ella y le da las gracias, una ráfaga de su perfume al cerrar la puerta, la ve alejarse y abandona toda esperanza como quien cruza las puertas implacables de un reino ajeno a toda piedad. Se queda inmóvil sujetando el volante hasta que las luces de su portal se apagan. Los cuervos del dios Tiempo, Pensamiento y Memoria, le tocan los ojos con sus alas el primer amanecer del año. A veces le dan descanso, otras veces no tienen piedad; en esa ocasión baten bajo sus párpados imágenes a medio camino de lo uno y de lo otro. Piscinas en sombra, el verano que empezó a sospechar de todo, los anocheceres esperándola. «Vuelve a mí». Lo escribe en su último cigarrillo y lo deja caer en su buzón antes de irse, segundos antes de que se abra sinuosa la sospecha de un camino hacia otra parte. Con su lentitud indiferente e inaplazable comienza a reptar cuesta abajo el mes de enero, y se le ha quedado tan frío el corazón en pleno día que le quema.

Dentro de una caja, tierra abajo. Su cuerpo, ¿qué aspecto tendrá ahora?
Diez años, el mismo día. Sólo hay fechas que existen para ella, su zarpazo llega sólo hasta ella. Nadie más las tiene ya en cuenta. Pero en realidad no es así, no es tanto la fecha exacta, porque no hay día en diez años que su madre no haya muerto, no hay un solo día que no se haya repetido el mismo suceso en su memoria y que haya determinado cada uno de sus actos desde entonces. No se concede ni un solo segundo de paz. No es capaz de aligerar ni de soltar el lastre que la hunde en sus arenas. Qué más da un solo día marcado en el calendario: en su vida todos los días son el mismo, y los odia a todos ellos con la misma intensidad con la que odia hasta el aire que respira.

Su inusual impulso trágico, en lugar de colaborar en el consuelo de la purificación y la catarsis, la lleva a magnificar la desgracia hasta el punto de causarle cierto placer morboso llevarla a cuestas sobre sus hombros. Por eso se planta en un aniversario de diez años como arrogante portadora de muerte, marcada con un cáncer que se

extiende, infecta y destruye todo cuanto sus dedos tocan. Quiere atravesar los días en silencio, olvidarse de la clarividencia de Ofelia, ser únicamente Hamlet como cuando decidió leer ese papel en el colegio («Que otra haga de Ofelia, o Hamlet o nada») y adoptar su discurso como filosofía de vida. No el ser o no ser; o Hamlet o nada.

Tiene una visión de ella misma a los dieciséis años corriendo sola por las calles desde su casa hasta el colegio. De repente se ha desdoblado en esa adolescente enloquecida y la ve frente a ella, la ve en su propia sombra, corriendo con las manos metidas en los bolsillos del plumas negro y la cara enrojecida por el frío y el llanto. Se queda paralizada en la acera después de salir de un bar de copas, también es invierno ahora, mientras la ve pasar corriendo frente a ella. «De modo que todavía les busca», acierta a pensar en una ráfaga. «Todavía no les ha encontrado». La sigue con la mirada empañada y no puede desearle suerte, sabe que su propósito no conocerá un final porque su búsqueda no terminará nunca.

La casa aguarda su momento de despertar. Lentamente se despereza y agita sus alas para desentumecerlas. La casa es un camuflado Leviatán que contiene el aliento agachado en el vestíbulo hasta que su dueña abre la puerta de madrugada. Entonces, en un solo movimiento, tensa el cuello y se abalanza sobre su cabeza, exigiendo cobrarse de una vez su postergado tributo. Ella siente sobre sus hombros todo el peso del dragón, las garras hundiéndose en sus clavículas y el aliento de fuego impidiéndole gritar, sus rodillas doblándose y la impresión de que todos sus huesos se rompen a la vez. O es el suelo desplomándose bajo sus pies, y otra vez tiene que llamar temblando a su mejor amigo porque no puede respirar. «No puedo respirar», le dice, en tono casi de disculpa. «Me ahogo». Y él, que ya estaba también camino a su casa, da la vuelta sin pensarlo un segundo y enfila hacia la casa de su amiga para acompañarla a urgencias (su tío no tuvo a nadie que le acompañara, piensa, nadie que se quedara con él), para tranquilizarla y sostenerla el resto de la noche y aguantar sobre sus hombros el peso de ese techo que se derrumba, conteniendo al dragón, tomándole del

hocico suavemente y haciéndole retroceder de buenos modos, sin levantarle la voz ni asustarle. Y cuando ya está domado y la dueña ovillada en su cama a punto de caer vencida piensa de nuevo en su tío vistiéndose a solas en la oscuridad de aquella otra casa, otro estómago monstruoso, para ir en taxi a un hospital donde le atendieran porque él solo ya no podía, ya no, y en lo que le ha sugerido su mejor amigo sobre la necesidad de cambiar su casa entera, transformarla de arriba abajo, maquillar al dragón o darle un nuevo hábitat donde quizá se acomode o acabe muriendo de frío.

El primer día de noviembre comienza una obra de remodelación integral de su casa que calcula habrá finalizado para Navidades. Su prima, arquitecta, le ayuda a trazar los planos y a contactar con un jefe de obras de confianza. Para todo lo demás sólo cuenta con la incondicionalidad de su mejor amigo: vaciar los armarios y los estantes, decidir qué tira y qué conserva, encontrar viejos cuadernos de su madre, informes médicos de su tío, ver cómo los fantasmas se levantan, sucumbir, continuar, vender por internet los muebles antiguos, hasta los cuadros y las figuritas de porcelana, recorrer juntos la ciudad y el extrarradio buscando las puertas, los apliques y los suelos más baratos, diseñar la cocina, comprar los electrodomésticos y los muebles nuevos, acarrearlos y almacenarlos en la terraza hasta la hora de montarlos, vigilar que los obreros cumplen día tras día, cubrir con plásticos las puertas de los armarios, observar incrédula cómo un día desaparece el baño, otro día la cocina es una escombrera, al siguiente ya no hay luz ni agua y todo el suelo está destripado, al aire las tuberías de sus intestinos, saltarse clases para quitar una mañana el papel pintado de todas las paredes con sus propias manos y una esponja, exponerse al frío que entra por las ventanas sin marco y caer enferma, llorar cada noche en casa de su tía, llenar una mochila de ropa, apuntes, libros y ansiolíticos y pasar los fines de semana en la misma casa de la sierra donde se refugiaba con su primera amante en lo que hace no mucho tiempo era una apacible huida y ahora se ha convertido en trampa.

Eran de color blanco las calles y el cielo extendido a ras del suelo como una máscara inabarcable. Está allí de nuevo y vuelve a ser invierno. Se ve las manos blancas pero casi no es capaz de distinguir nada más de entre una niebla que sale de debajo de los coches y que lo cubre todo hacia lo alto. Entre las paredes de los edificios que hacen esquina y el punto de fuga del cielo hay un espacio vacío de profundo y tenso color gris. Se acerca hasta el césped donde jugaba en su infancia, tras los arbustos pardos. Sube. Siempre ascienden las escaleras. Incluso dentro del portal se extiende la niebla. Está de nuevo allí, en el mismo sitio en invierno, y existe en el interior de alguna habitación recién amanecida una miserable esperanza de que el invierno sea aquél del pasado, cuando la niebla se abría ante ella al regresar con el desayuno y un cuerpo descansaba en su cama, pero no hay nadie esperándola arriba. La casa está en ruinas y la niebla se expande alrededor de sus paredes. Lo ve todo, el salón blanco y vacío, el teléfono sobre la mesa, y apenas puede sujetar el cigarrillo entre sus dedos.

Por las mañanas solía estar nevando cuando se despertaba. Los días eran sombríos y gélidos, apenas traían luz, y ella los pasaba sola echando de menos su casa y comiendo ciruelas moradas en la cama. Escuchaba voces a través del tabique cuando los vecinos celebraban alguna cena con amigos y reían todos juntos, ajenos a la pena del destierro que sufrió Ovidio en Constanza. Pero en esa misma cama, y he aquí lo incomprensible, durmió tranquila hace algún tiempo, cuando el invierno era todo cielo y rizos y venía cargado de electricidad.

Poco a poco va componiendo un memorial de días perdidos incapaces de vencer a los recuerdos. Es gris y azul la niebla por detrás de la ventana, no hay nadie por la calle y la casa está caliente. Deja café preparado y galletas para el día siguiente; la mañana del lunes es fría y la carretera permanece húmeda. Conduciendo de vuelta a la ciudad todavía hay niebla tapando la parte más alta de los edificios; a lo lejos se han quedado su casa y su tejado entre pequeñas luces.

En algún lugar siguen una piscina vacía iluminada por la luna y una

verja de alambre. En el mismo lugar.

Las horas de la tarde transcurren sin posibilidad de descanso, como pequeñas agujas arañando deprisa los párpados, hasta que llega la caída de la luz. En esa hora, justo en ésa, se hace patente la necesidad: el consuelo puede aparecer bajo el disfraz de pijama cálido o del vaso de agua que bebemos las noches de verano cuando no podemos conciliar el sueño. Pero nunca llega.

Cansada de hacer desde su cama inútiles señales de humo, sale de casa y se acerca a la feria que hay al lado del paseo cuando ya todas las norias están cerradas y sin luces. Qué distinto de aquella vez, cuando el neón tocaba el cielo y podía verse el incendio como una promesa desplegada. Todo el solar está encharcado, los tiovivos cubiertos con lonas. Sin saber qué espera se sienta a esperar en el pequeño muro de piedra, pensando en bienaventuranzas con las que hace mucho tiempo se pasaba el año entero ocupada (robando lilas en verano, aprendiendo a hacer manzanas asadas en invierno; por el día prestando atención para escuchar a los ángeles —«Tienes que estar muy callada, mira bien porque irán corriendo a esconderse y seguro que se les cae alguna pluma blanca»—, por la noche tratando de encontrar el lucero del alba), temblando de frío hasta que le parece sostener entre los labios la punta asustada del mundo. Mira a su alrededor y las escasas sombras que distingue se le antojan extraños y deliciosos habitantes de un lugar insólito, acróbatas de ferias tristes donde ya no espera nadie. Imagina historias y apariencias para cada uno de ellos. Algunos no tienen cara, otros (los más) no tienen manos. Nunca salen de sus casas porque tienen la sangre tan helada que sus venas se han convertido en finos cables de cristal endurecido que no permiten el movimiento de las articulaciones. La permanencia para ellos lo es todo. Por eso sus vidas son cíclicas, por eso todas las calles que recorren son circulares como las norias. Por eso es imposible huir. Y si llega hasta allí un extraño como ella, después de haber conducido durante horas a través de una niebla sofocante, y deja su coche en el enorme aparcamiento solitario, e incluso se atreve a adentrarse por las calles en silencio cubiertas de un blanco atroz, los habitantes de ese

lugar le mirarán con desconfianza y con lástima, porque es posible que los últimos visitantes ya no recuerden ni siquiera cuándo ni cómo llegaron hasta aquí, hasta las mismas carreteras insondables que no acaban, y no se reconozcan en este nuevo extranjero que, si permanece atento al borde de los parterres encharcados, cerca de las canchas de deporte vacías y de las casas a ambos lados, y se mantiene sigiloso y repitiéndose su nombre para poder escapar si así lo quiere, quizá vea la mitad de una cabeza sin rostro desistiendo de mirar por la ventana de algún porche, o a algún hombre sin manos que camina, deslizándose como un leproso, justo por la mitad de la avenida principal hasta el reloj, herido de conmiseración y de abandono, resignado en el recuerdo de todos los inviernos, congelado, muerto de frío, en realidad muerto del todo pero todavía consciente, porque quién dice que los muertos no son seres reflexivos, verdaderos acróbatas que a veces se distancian y a veces pronuncian nombres y extienden los brazos dispuestos a iniciar el salto.

Con esta idea en la cabeza vuelve a casa caminando por el mismo paseo solitario que llega hasta el pueblo, ya es noche cerrada y el frío un cuchillo pendular. Quizá en el camino le ha sobrevenido el escalofrío de alarma, como si acabara de pasar al lado de un espíritu conocido que está alargándole la mano, pero no le ha visto. Subir las escaleras del portal hasta su piso la despoja de todas sus fuerzas, abre la puerta como un ánima desmadejada y enciende la televisión temerosa del silencio que se inflama en el salón como una bolsa de gas. Están diciendo en las noticias que dentro de unos años la industria farmacéutica sacará al mercado un medicamento que servirá para olvidar ciertos recuerdos. Eso escucha mientras se quita lentamente el abrigo, la bufanda y el gorro y se deja caer en una de las sillas del comedor con la vista inmóvil.

Y si ya no pudiera contar con esas noches, cuando ella se inclinaba y todos sus rizos le caían sobre la cara. Cuando después de cenar la llevaba a aquel sitio donde tenían fotos de Vivien Leigh en las paredes; cuando iban en coche a comprar tabaco de madrugada y luego se quedaba horas en aquel mismo salón mirándola fumar hasta que toda

su sangre parecía transformarse en humo blanco, el anuncio de algún dios sobre la Tierra. La recuerda así, blanca e ingrávida como una mañana congelada de invierno. Pese a todo cuenta aún con esas noches, cuando en su pecho brillaban, azules e inmensos, todos los planetas, y en el fondo se alegra de que no exista todavía ningún medicamento capaz de borrar instantes prodigiosos.

Ya no queda nadie allí ni en ninguna otra parte, pero el universo conserva algo de su calor, y un brillo muy tenue disperso.

Vuelve a tener trece años. Despierta impresionada de un sueño de fiebre y por un repentino e inexplicable quiebro temporal, el cosmos doblado sobre sí mismo o los relojes avanzando hacia atrás durante la noche anterior, se ve de nuevo con trece años en casa de su tía, escuchando las mismas voces, y por eso ha tenido que abalanzarse sobre un papel en blanco para dejar constancia escrita del año en que se encuentra. Despertaba en esa misma cama muchas mañanas siendo todavía una niña y aún no era consciente de todo lo que quedaba por venir, todos los años oscuros. Ésa es la misma casa y ha despertado con la cabeza ardiendo en una cama que parece extraña. Pero es la misma habitación, aquellas noches, con sus primas llegando muy tarde y hablando en voz baja y su madre esperando en el hospital su propio desenlace. Piensa en su casa. Ya ha acabado la obra, los obreros la esperan para devolver las llaves y extenderle la factura, y lleva días considerando si es lícito lo que ha hecho, si su madre lo aprobaría o se echaría a llorar como si hubieran tirado su casa piedra a piedra, porque quizá ella no tenía derecho a tocar ni a vender nada; porque, pese a todo, no siente que nada sea suyo. Pagar a los pintores le parece lo más triste que ha hecho nunca; las nuevas paredes de colores, lo más desolador que ha visto en su vida. No es la misma casa y ya tampoco es suya, al llegar y apartar los plásticos se tumba en el suelo entre restos de escombros y muebles a medio montar y piensa que al menos en la anterior quedaban huellas de su paso y su memoria. Ahora, siendo cada habitación desconocida y nueva, siente que ningún rincón puede guardar con el mismo empeño recuerdo alguno, siente que ha cometido una traición imperdonable borrándolo todo, echándolo todo al fuego, y nada puede consolarla mientras

repasa con las manos el acabado de los baños y las ventanas. Nunca más será la casa de su madre ni la casa de su infancia, sino una casa nunca antes habitada que no conserva nada de lo que ellos dejaron, quizá tampoco a ellos. La primera noche allí se sitúa en el último de los tres comienzos como una exiliada que pisara el suelo del planeta Urano, tan lejos en su densa oscuridad polar. Del primero aún recuerda las cajas llenas de libros por toda la habitación, rodeándola en el momento en que se metió en la cama, también era diciembre y había luz en el pasillo. En el segundo, la casa se llenó de humo de tabaco y se ubicaron revelaciones presentidas. Ahora hay nuevos olores, a velas frutales, a la pintura de los radiadores y el cartón de las cajas recién abiertas, y colores y cuadros y una decoración minimalista en blanco y negro que lo hace todo más gélido. Desde su nueva habitación se siente observada por los fantasmas de lo que hubiese sido. La miran y esperan, deseando solamente que alguien les explique teorías probables, que alguien les sostenga porque ellos no entienden por qué nunca nadie les dio forma. La miran y gritan reclamando la vida que se les negó y ella se lo permite porque siente lástima por ellos, porque basta para calmarles observar su zarpazo, el que cada uno de nosotros conserva en el costado —¿lo tendríamos, de haber tomado otro camino?—; basta el estar solos y comenzar a hablarles para que ellos se sienten a su lado y se apacigüen. Si se pusieran de pie todos ellos, cada uno de los alumbramientos que olvidó anunciar Gabriel, compondrían un ejército al que le bastaría un ligero movimiento para cambiar el curso de la última batalla.

Pero la duda es el vigía que hace guardia hasta el amanecer en las altísimas torres de la memoria.

Despertar en invierno, con el aire congelado en las ventanas. Dentro, el escaso triunfo de la cama caliente y el café recién hecho, la mañana después de que se descolgara una de las estanterías de libros vencida por el peso. Le despertó el ruido y los encontró todos caídos en el suelo, dispersos, algunos amontonados con las hojas abiertas, otros gimiendo más lejos, aislados. Los dejó así durante días y semanas; durante días y semanas fue incapaz de tocarlos o proceder al

levantamiento de los cadáveres: el pánico sobrevenía, corrosivo, y le hacía llorar. Muchos meses más tarde arregló la estantería y los fue colocando muy despacio, uno al día, con cariño, limpiando de polvo sus cubiertas y sus lomos, notando cómo al sostenerlos en las manos se iban curando, y ella con ellos, hasta que todos ocuparon de nuevo su lugar en los estantes. Cerró la puerta y continuó el invierno, alternando frío fuera y calor dentro, como ha sido siempre, pero ya sin sobresaltos.

—¿Qué es lo que tanto extrañas que nadie sabe darte?

Espera su respuesta una cara luminosa y paciente apoyada en la almohada. Esa tarde la dueña de esa cara redonda y aniñada se ha acercado a ella en la biblioteca, le ha confesado, porque la ha visto sentada a solas en la última mesa, absorta, soberbia, lejana. Se ha acercado a ella con unas botas blancas de nieve y le ha murmurado algo en voz muy baja, como si acabara de morir y fuera un dios piadoso emitiendo el juicio de su balanza implacable. Pero a ella no le han servido de nada sus besos ni su compañía, ha vuelto a hacerse sangre en los dedos y la ignora; está tan acostumbrada a guardar silencio como cuando tenía dieciséis años y no podía volver a casa porque no había casa donde volver. En un aleteo del cuervo, la imagen de aquel chico en su cama, qué sería de él, su amplia espalda desnuda aguardando.

Se le acaba la paciencia antes de sopesar nada, ya tiene ganas de poner fin al encuentro y quedarse otra vez sola. Su fugaz acompañante comprende que no va a obtener nada más que silencio. Se viste con parsimonia triste y se despide, pero al cerrar la puerta tras ella es cuando le viene a la mente la respuesta exacta y le entran ganas de cortarse el pelo a cuchilladas como hizo aquella vez.

Sin proponérselo conscientemente establece como axioma de sus días una guerra silenciosa contra todo y contra todos. A los que elevan a un nivel superior el propio bienestar y consideran que estar bien es mejor que estar mal, más útil que estar triste, más considerado hacia los demás, más satisfactorio para uno mismo, les reprocha su

irracional perseverancia. No sirve —no tendría que servir— ese propósito a toda costa, poniéndolo por delante incluso del privilegio temporal del duelo. Y a los que han amado les pregunta qué les queda ahora, qué pueden ofrecer que sea distinto al resto, a todos los demás amantes, qué tienen ellos que trascenderá; si tanto han amado, qué se ha hecho de tanto amor. A todos se les ha escapado entre los dedos, por todos ha fluido desde dentro hacia fuera y lo que parecían piedras con las que construir ciudades indestructibles se ha esfumado como el vapor del aliento. Ella, que por un momento formó parte de ese ejército insensato, no lo ve ya como motor ni causa, iluminación ni recompensa. Tan sólo vulgar espejismo del que renegar, veleidad literaria, vanidad de vanidades y nada más que polvo.

Y esto le aseguran que es la vida. Las fiestas que organiza en su casa tras los exámenes para paliar el silencio, los amaneceres en la Gran Vía, las bandejas con droga y, en fin, toda la parafernalia de la veintena que poco significa para ella. En eso consiste, al parecer, acumular experiencias vitales para los nuevos filósofos y antropólogos, los únicos capaces de explicar qué es vivir, encerrados sin saberlo en el mismo círculo, en la misma trampa para ratones. Será ésa, quizá, la solución, o el mínimo de felicidad que requiere una vida humana: una aventura excitante cada viernes de liturgia, un delirio permanente de fiestas y olvidos. Si ésa es la solución, jura que ella misma se coserá la boca. Enterrará todos sus renuncios antes de que cante el gallo, abandonará su particular Guerra Santa, se someterá. Iniciará el largo camino hacia la noche. Ojalá pudiera rendirse al delirio, reconocerlo como propio; pero sabe en el fondo que de lo que participa no es más que una larga cabalgata de efectos especiales que deja tras de sí el confeti esparcido en el suelo y los vasos rotos.

Le sigue enterneciendo de manera inexplicable ver a un hombre solo sosteniendo su paraguas bajo la lluvia, de pie frente a las puertas de una clínica, esperando la noticia que no va a tardar en llegar. «Ya han llegado», es lo que decía su madre los últimos días cada vez que se quedaba ausente y ella seguía sentada a su lado en la cama

sosteniendo el dibujo que acababa de hacer. Cada noche la pasa inquieta en el sofá, temiendo apagar la televisión y tener que ir a acostarse, y piensa que alguien viene cuando escucha en el descansillo las puertas del ascensor iluminándose.

Así también debió de salir su padre muchas noches antes de que ella se fuera a vivir allí, incapaz de conciliar el sueño, quizá también con el pijama debajo del abrigo y seguramente con uno o dos grados bajo cero por las calles. Así sale ella en plena madrugada después de sufrir un ataque de ansiedad tan intenso que tiene que bajar a comprar somníferos a cualquier farmacia que esté abierta, le da igual si tiene que andar dos manzanas o recorrerse toda la avenida completamente sola hasta más allá del centro comercial. Siente que se le congelan las mejillas mientras camina casi a ciegas, con todos los relojes avanzando y ella repitiéndose una frase desde fuera del mundo, apenas notando los regueros de frío que le cubren la boca y sin concederle a las sombras espacio ni dimensión en su cabeza, concentrándose sólo en seguir respirando, una bocanada tras otra, una vez más antes de sucumbir al pánico. No sabe si los dementes tienen conciencia de su locura cuando ésta empieza a manifestarse, pero esa noche mientras se le nubla la vista ella es consciente del avance de la suya desde el principio.

Le crepita dentro algo parecido a la rabia pero más caliente, más afilado. Arde con la furia de mil demonios danzantes en su estómago, propagando ácido y fuego por su pecho y empujándole metralla hasta los ojos. Es un incendio que jamás se extingue, el horno más profundo del infierno donde hierven su corazón y sus entrañas como en una pira que lo abarca todo y la cubre por completo hasta consumirla porque ella misma, situada en una esfera superior incorruptible desde donde juzga y odia y se gangrena, la alimenta cada hora, a cada momento, en todo cuanto lleva a cabo a lo largo del día, hasta que su cuerpo entero se contrae en espera de la implosión creyendo que si se repliega sobre sí mismo el daño será menor, la detonación más controlada.

Y ésta llega, por fin, una noche de fin de año cuando se retira pronto a casa, a acurrucarse en su sofá con la televisión encendida toda la madrugada —están poniendo *Candilejas* y ella absorbe el argumento como si fuera la última luz antes de acabarse el mundo—, pese a que a sus amigos les gusta pensar que está bien, que es capaz, que se levantará al día siguiente. Quieren —a veces incluso le piden— escucharlo de su boca. Y ella, para no hacerle un feo a nadie, les cuenta cada noche una nueva mentira piadosa antes de recluirse otra vez en ese frío que la conserva intacta. Nada saben de las pastillas que se traga a puñados para poder conciliar el sueño, de los aleteos negros a todas horas, de no ser capaz ya de abrir un libro sin sentirse enferma, de las prescripciones médicas, de la cabeza llena de lágrimas, de querer acabar por primera vez con todo. De haber sido adolescente y no vivir las cosas que le habrían correspondido. De perseguirlas cuando lleguen, si le llegan, a destiempo y en edades ya inapropiadas. Pero qué necesidad tiene de decir la verdad, si se sobrevive siempre a base de ficciones.

Más tarde sabría que entonces no tenía ni idea. Se pasaba las noches entregada a los estudios con devoción religiosa, convencida de que todo lo demás era perder el tiempo, sin ser consciente de que desperdiciaba toda oportunidad porque no hay posibilidad de cambiarlo todo desde arriba o desde fuera sin que la lógica interna suponga un problema. Qué listos eran los griegos, qué fantástico invento el del dios teatral que validaba todo desenlace a su antojo y su justicia. Podría escribir una historia distinta, una mentira fabulosa en la que su madre siguiera viva y su tío llegara a tiempo al hospital. Ella es hábil con la palabra escrita, pero no hasta ese punto. Mira qué prodigio, se dice, un vómito de sangre puede describirse como la visión más poética del mundo; una barra de hierro retorcida puede convertirse en un ramo de flores y hojas. Pero no es tanto cuestión de concederle a lo escabroso un turno como de hacer aparecer universos o reyes Midas. De no hacer nada, todas las palabras que ya estén escritas quemarán un momento y enseguida serán derrame inútil.

Pero ella no tiene ese poder, no es capaz de hacer surgir ni desaparecer mundos. Entonces no sabía nada; la vida no será eso. No será cobrar una generosa pensión de orfandad absoluta que le permita dedicarse a hacer lo que quiera en todo el día, pasarse las noches leyendo, escribiendo o jugando a la consola y levantarse muy tarde, no saber ni querer saber nada del mundo exterior, lamentarse de que todo podría haber sido distinto, hacérsele de día fumando en la terraza mientras escucha a sus vecinos levantarse para ir a trabajar. Años de velar todas las noches y dormir todas las mañanas, de descubrir a su primera amante gracias a un apagón en la facultad, de verla vestida de rojo en el vestíbulo las horas previas a que se vinieran abajo las Torres Gemelas, de convertirse en heredera y en desposeída, de hacer desaparecer su propia casa... En todos esos años no tenía ni idea de nada. No sabía lo que era la vida real, y cuando por fin la tenga delante nunca podrá reconocerla.

Los días empujan al olvido, pese a todo, clementes; la fuerza de la rutina y el sosegado aburrimiento cotidiano nos incitan a abandonarnos a la cálida, pasiva resistencia y ocuparnos solamente de los quehaceres inmediatos. Si los días van quedando atrás, ya no cuentan. Transcurridos unos meses la insistencia inicial de las llamadas se apaga, la preocupación se desvanece poco a poco, el interés va cediendo a la prioridad de las cenas y el telediario, la puntualidad desquiciante de los despertadores y la hora de recoger a los niños del colegio. Para qué más, es suficiente todo esto para estar entretenidos y considerar que no hace falta ningún detalle que se salga del compromiso, ningún recuerdo, ningún minuto de nuestro miserable tiempo. Ya nadie llama, no es necesario, seguro que todos piensan que a olvidar se aprende en doce años, y, con la de cosas que nos mantienen ocupados, qué poco inteligente es quien no haya sabido cómo hacerlo.

De pie en la avenida principal de la ciudad se siente campo de batalla entre el pasado y lo incierto. Extrañamente inquieta, caminando sobre las ruinas de lo que nunca ha llegado. Extrañamente sosegada, triste

de una expectación que sabe inútil, ve pasar constantemente a los arqueros, los corsarios, las reinas aburridas y los príncipes que regresan disfrazados de cualquier exilio. Sigfrido ha sido siempre su héroe favorito, enamorado al mismo tiempo de un cisne y un dragón.

Por las noches empieza a salir sola por el ambiente, se toma una cerveza en algún bar mientras observa, conoce a algunas chicas con las que se distrae. Por el día relee a Bradbury: «Quiero verlo todo ahora. Y aunque nada de esto me pertenezca, mientras lo miro pasará el tiempo, y se irá depositando en mí, y al final todo será yo mismo». Quiere abandonar esos muelles paralizantes, esa espera, no despreciar los mapas que le ofrecen. Dejar que algo provenga de nada. Pero tiene los labios llenos de sombra todavía.

Príncipe Sigfrido, extinguidos los dragones, abatidos los cisnes, aquí ya no queda nada para ti. Abandona estos muelles, acepta una tregua. *Deja que algo provenga de nada.*

Podría irse de allí ahora mismo, minutos después de haber firmado su contrato. Podría largarse si quisiera, nada se lo impide. Ninguna cuerda visible. Levantarse de esa silla, salir por esa puerta, buscar de nuevo epifanías imprevistas, contemplar los estallidos desde alguna parte, aprender a bailar con el dragón que la espera paciente cada tarde y cada noche.

Pero en vez de todo eso se detiene. Se queda sentada en la silla de su primer trabajo y todas las horas que se ve obligada a permanecer en ella las pasa escribiendo. Ha aceptado, en suma, no ser ningún Midas capaz de modificar la materia a su antojo, pero pese a ello surge, a cada instante, la necesidad de seguir escribiendo y la conciencia de que siempre es más urgente esta prioridad que cualquier otra.

La vida, ya lo sabe, no es la transfiguración del metal en oro, pero tampoco puede ser todo esto que contempla, las reuniones familiares en el octavo círculo del infierno con los mismos comentarios que se arrastran por el suelo de puro intrascendentes, ni las horas desperdiciadas en las oficinas donde se concibe, se teje y se ensambla el absurdo, ni todas las mesnadas de lo común y de lo bárbaro puestas

en pie para declarar la guerra al toque de su cuerno.

Nadie puede tocarla.

Haga lo que haga, en todas las playas del mundo las olas seguirán estrellándose cada noche como ejércitos combatiendo a ciegas. Por eso prefiere llenar todas las horas de la mejor manera que sabe para no hacerlas inútiles, para no sentir que malgasta un tiempo que se nos dio investido de dignidad. Elige su árbol, escoge el fruto que más le apetece comer, tarda varios días hasta que limpia de él todo lo innecesario y por último lo muerde, y al hacerlo siente que sus dientes son de hierro.

Cuando escribe, su mano golpea, se vuelve de hierro, y nada puede tocarla.

Cree haber descubierto hogueras nuevas, su propia historia escrita como un legado a descifrar. Siente que algo caliente le ha mordido los pulmones y se le están inundando de sangre. Se agita tratando de respirar, mueve los brazos y las piernas intentando alcanzar la superficie. Interminables oleadas de agua densa le cubren la cabeza hasta que escucha, en lo profundo, en el mismo fondo oceánico donde resbalan los reflejos de la luz y se vuelven negros e impenetrables, rumores desconocidos. El océano entero es su propia sangre y ella sólo una pequeña cápsula de azufre suspendida en el aire.

Moverse y traspasar mundos. No sentirse enferma exactamente, sino más bien con esa sensibilidad extrema y aguda de las convalecencias o de las esperas que preceden a las metamorfosis. Sospechar que cuando llegue y la derribe, como la luz de un foco en plena noche de bosque, mirará hacia atrás —«Todo eso habrás andado»— para asombrarse.

Enciende un cigarrillo mientras tanto, sigue contemplando con calma los rascacielos.

Lo más inteligente es aguardar en el silencio.

Le parece haber comenzado una nueva profesión que exige paciencia y templanza y lleva días actuando de vigía, observando el cierre de los locales desde la parte más alta de cada avenida. A veces comienza su ronda nocturna con el zarpazo en el costado más vivo que nunca. A

veces permanece calmado en un silencio más efectivo que el pálpito. No es más que una pasajera atónita que contempla el desfile y elige o descarta candidatas con la desgana del que no sabe todavía si su elección le traerá paz o derrota. Pese a todo conduce, cada noche, hacia bocas distintas que entonan canciones de viernes para adormecerla, porque qué aburrido es el descanso y cómo tiran de sus brazos las ganas de lo tortuoso. Pero no se atreve el huracán a detener su vorágine, porque si se parase, si dejara de girar, de arrastrarlo todo en su camino y de llevárselo consigo, se daría cuenta de que no es nada, de que está solo. Así que continúa, siendo doble en lo nocturno, requiriendo al mismo tiempo respeto y repugnancia, mientras se niegan a apartar de ella su cáliz Venus castigadora y Eros, que nunca ha sido nada más que un pájaro borracho.

«Algunos seres han nacido para sembrar el bien y el mal en una medida mucho mayor que los demás mortales, portadores inconscientes de enfermedades que no pueden curar. Quizá deberíamos estudiarlos, pues es posible que estimulen la creación en la misma medida que la corrupción y confusión aparentes que provocan o buscan (...). Lo que sentía Clea no tenía importancia para Justine. Así como una prostituta puede ignorar que su cliente es un poeta que la inmortalizará en un soneto que no leerá nunca, Justine, al entregarse a esos placeres sexuales, ignoraba que marcarían a Clea durante años (...). Y sin embargo, no tenía mala intención. Sencillamente era una víctima de su propio deseo de agradar, de compartir con su rubia amiga esos tesoros que su experiencia había acumulado y que, en suma, no habían tenido importancia para ella».

Era la Justine de Durrell. Tenía su mismo espíritu y actitud en tan exacta medida que por un inexplicable giro anacrónico el personaje parecía haberse adelantado décadas en el tiempo a la persona real que lo inspiró. Las mismas cualidades traspasaban el plano literario ante sus ojos y se manifestaban en un molde físico de imagen revivida: atormentada, promiscua, atractiva hasta lo turbador, poseedora de un secreto o de una inferioridad que la torturaba y la hacía saltar de cama en cama buscando olvido o consuelo. Una mujer desorientada y

caprichosa pero que tenía también algo de frágil e inocente vulnerabilidad, de bondad nunca expuesta ni esgrimida en público pero capaz de brillar inconscientemente en sus silencios y en la humildad de ciertas respuestas sólo durante el brevísimo lapso en el que prende y se apaga un fósforo; después, de nuevo la caída de ojos y el desdén con el que acompañaba el giro de su cara hacia otro lado.

La ve por primera vez en una fiesta que celebra en su propia casa y a la que otra chica la ha invitado. Se topa con ella por casualidad, casi de frente; la observa cruzando su salón con aire ausente y altivo, sin reparar en nadie, y tampoco habla con ella hasta más adelante, casi en el momento de marcharse. La ha visto besando a otra chica y parecía feliz; otras noches volverá a encontrarla sola, en bares o discotecas que frecuentan, y le hablará más por un sentimiento de desprecio que de empatía ante su perpetua expresión de pérdida, catalogándola inmediatamente como estúpida y vanidosa niñata endiosada por su propio séquito de cortesanas que lo único que desean es turno, si no para ganarse su favor como un triunfo y romper un tanto el círculo de su misterio, al menos para follársela. Representa, a todas luces, lo que más odia en este mundo: la personificación de un deseo de atención constante mediante la provocación de una lástima de causa nunca expresada y que en realidad no existe. A la vez que le alaba el gusto en la decoración de su casa le hace un par de comentarios irónicos al respecto que no espera que vaya a comprender. Pero Justine responde de manera imprevista, rompiendo sus escalas de medición y girando hacia ella sus enormes ojos verdes. Algo en su pena es auténtico y no simple pose. De repente reconoce en ella a otra huérfana y poco a poco, no sin cierto sentimiento de rabia ante su propia debilidad, se va rindiendo a la fascinación. No la compadece ni la cree merecedora de fervor ganado gracias a la superación de oscuros pasajes existenciales, pero está dispuesta a acompañarla, a complacerla, a cargar con sus demonios, a compartir con ella los suyos. A atravesar penas estudiadas y dejarlas atrás inservibles y ridículas hasta envolver con las manos el simple corazón de las cosas. A entregarle su pasado y su presente. A olvidar.

Y hasta cierto punto lo cree realmente posible, protegerse mutuamente y avanzar despreciando presunciones y gestos afectados que buscan inspirar compasión o misterio. De verdad lo cree, al menos el tiempo que comienza a conocerla y descubre en ella un verdadero anhelo de abandonar la artificialidad en la que se ha convertido su vida y trocar todo adorno por mero refugio, aunque hay también, por qué no admitirlo, cierta sensación de orgullo satisfecho, ya que ha conseguido no sólo despertar la curiosidad de la diva sino convertirse en su confidente más próxima y que todas observen a la recién llegada con envidia. Cree ver en su desesperada huida hacia adelante un deseo de calma nunca obtenida, cree que esta vez podrán lograrlo juntas. Entregarse por completo, desnudar hasta la carne sus dos almas. Pero en su vanidoso júbilo no tiene en cuenta que una de ellas lleva ya tiempo vendida a una precoz intensidad de la que no podrá desprenderse nunca.

Quizá su cinismo ante la vida le despertaba curiosidad, su manera de disfrazar una sospechada debilidad bajo el recurso de la ironía incesante. Quizá vio en ella alguien a quien le iba a costar más conseguir, situada como parecía en un plano más allá del que estaba acostumbrada a analizar y controlar. Tal vez le asombra el frío dominio que demuestra sobre sí misma, las cosas que dice, el aparente desprecio hacia los temas comunes, su manera de imponerse como el insolente que ya no tiene nada que perder y no teme en decir siempre la verdad de lo que piensa. Es para Justine un espíritu burlón del que quizá pueda aprender a reírse de la desgracia.

Mientras inicia tímidos acercamientos, conversaciones cada vez más largas, la ciudad se sigue desvistiendo para ella cada noche. En lo más alto de los rascacielos de Madrid y en lo más profundo de sus clubs nocturnos el cielo se golpea en oleadas rojas contra sus pechos blancos como la tisis y la madrugada entera se estremece y le sacude hacia atrás el pelo negro. Tiene el borde de los ojos tan marcado que ni de cerca se distingue dónde empiezan los confines de lo ignoto y dónde acaban las luces y las barras de los bares. Era capaz de quedarse de pie, callada, mirando imperturbable cómo sus sicarios mataban a

golpes a sus pies al último insensato que se había atrevido a tocarla, y después retiraban el cuerpo maltrecho y olvidaba. Abría ansiosa las puertas de las azoteas esperando encontrarse a sí misma por fin desde la altura pero sólo había estrellas levantándose afiladas como puños de hierro, nada más. Y las fiestas. Las fiestas que organizaba en su casa, situada en el mismo corazón del barrio gay, en las que los invitados podían afirmar que pasaban muchas cosas pero para una mente preclara en realidad no sucedía nada más que lo previsto. Revelaciones inocentes de deseo e impaciencia, frustración al término, las copas silenciosas en el suelo y, para la recién llegada al grupo, la pequeña penitencia de observarla.

Se pasa los días cuidando de sus cartas, mezclándolas despacio, sin exigir una buena mano pero confiando en que la suerte traiga algo, pensando que sería bonito encontrar en el camino un dos de picas, o casar un as de tréboles con esa reina de su mismo color. Y así todos los días, esperando, sin elegir nada, teniendo que sonreír pese a todo porque encima hay que estar agradecidos de disponer de una baraja inútil, y entonces llega una variable que descuadra todos los cálculos, dispersa todos los palos por el suelo, sin ninguna consideración le descoloca las escaleras de color y las parejas que con tanta paciencia había ido armando hasta pensar que algún día serían reales. Llega alguien y lo niega todo, riéndose de su estupidez en su propia cara, y aquí se tiene, sin poder creerlo, enseñando con asombro todas sus cartas una tras otra hasta darse cuenta de que la jugada ya está perdida y se ha quedado paralizada en una falsa presunción de triunfo.

La primera vez que visita el cementerio de Montparnasse para rendir homenaje a Baudelaire le paga el mejor tributo posible frente a su tumba. La acompaña una chica preciosa, de ojos verde infierno y escote sobrenatural, tan musa, tan vampiresa, que siente al propio Baudelaire arañando la tierra bajo sus pies para poder tocarla. Se besan en los bancos del cementerio, en los cafés del Barrio Latino, en los jardines de Luxemburgo, en el largo y rojo bulevar de Clichy. Se

hacen todas las confidencias que llevan años callando, creyendo verse cuando en realidad siguen sin saber nada la una de la otra. Pero de qué preocuparse cuando ni siquiera el trabajo había sido un problema para escaparse con ella y sólo parecían existir las dos en el mundo.

Durante cuatro noches París se reveló como tierra prometida en una recóndita habitación de hotel muy cerca del Sacré Coeur, y años después es todavía incapaz de pensar en regresar a esa ciudad, tan engañosa, por fin lo comprende, como creer en Dios.

Sobre los tejados parisinos la luz se desploma incólume y gris como desde hace siglos. Sin prisa, te reconozco. Sin previo aviso soplas sobre mi pátina de hierro y como presenciando algo inaudito vemos cómo ésta se va deshaciendo, se descompone en partículas de polvo que son arrastradas hacia atrás, hacia lugares del pasado que ya se han hecho tan irreconocibles que es como si le pertenecieran a otra persona, la misma que se adentra ahora en una cueva de techos altos haciendo girar en su mano una linterna.

Y deshecha de hierro o metal me sostienes, como sostiene el aire a los aviones.

Hay una hoguera siempre encendida en el fondo de los ojos que piden. Hay reiteraciones que toman la fuerza de una fecha, aunque al principio, niñerías, dicen, no se ven más que los juegos. Desde el interior de los cafés, aquel comienzo, la gente se extrañaba de verme correr a lo largo de toda la calle, arriba y abajo, una vez detrás de otra, porque no han sabido nunca que las calles en invierno son un insuperable motor de causa.

Te conocí como a una transeúnte con la que cruzas un segundo la mirada, te asumí como a una breve *passant* envuelta en luz de noviembre. Te observaba vistiéndote al amanecer. Los disfraces de ambas arrugados bajo la cama. La misma fuerza de las cosas las precipita en su caída, y luego nos angustiamos por la velocidad adquirida del ciclón que las expulsa allí donde instalamos, tímidos pero constantes, la inercia del «quizá» frente al estupor del «nunca más». Fuera las trivialidades van cayendo como lluvia helada, dentro

el calor ha de saber apaciguarnos antes, mucho antes, de que todo lo demás empiece a devorarnos.

Bajo el gran reloj del museo D'Orsay la obliga a firmar una rendición que no había previsto. Después, quien ha expresado sus condiciones deja caer los brazos de manera un tanto brusca, como si acabara de arrepentirse de su decisión o la considerara inapropiada. Qué isla de extraordinaria brevedad, ese viaje. Esa promesa impaciente, ese paraíso veloz, y volver a empezar en el desamor y en la pérdida añorando, desde entonces, el descarnado prodigio de una posibilidad no cumplida.

Como dos extrañas se separan, porque pese a todo no han sido más que eso. Su encuentro una promesa momentánea, un recuerdo en el que pensar pasados los años como un triunfo o un fracaso, una luminaria efímera de la que dudar. Porque para ella, adulada por todos, deseada por todos, extraña para todos, ninguna lucha significaba nada, ni la de hombres que habían pagado por estar con ella ni la de mujeres que compartieron con ella soledad y máscaras en habitaciones de hotel después de creer haber vencido. El suyo no podía durar pese a que quizá había sido el encuentro más auténtico de todos.

Nunca más con ella. Nunca más aquí ni ahora, el corazón disolviéndose igual que la ciudad entera como un escenario que no ha existido mientras recoge sus cosas en el hotel la última mañana antes de irse. Han salido a pasear y le ha hecho fotos desde muy cerca para recordarla así, aunque se ha dado cuenta de que en realidad no sabe nada de ella y jamás atravesará la carne a la que aproxima el objetivo de la cámara. Ha llovido toda la noche, desde la cama escuchaban abrazadas el sonido del agua. Quién ha sido en esa cama o quién será a partir del instante en que el avión toque tierra. Nunca más allí, nunca más ella, sea quien sea la desconocida de la que se ha enamorado. Un velo más se desgarra.

Sentirse Oliveira buscando a la Maga de extremo a extremo, acechante

acosador el fuego de los bulevares, todos los fuegos ese fuego, todos los juegos el único; encontrarla sobre el puente o en la galería o agachada jugando con los gatos de una esquina del Marais, y asumir la herida irreparable de la luz...

Espera de nuevo a solas el invierno en un Madrid desangelado e imperturbable. Madrid y su cielo de viejo azul polvoriento. Qué lejos quedan los puentes sobre el Sena, las luces de las largas avenidas y los gatos de las calles del Marais. Lejos, lejos, inventada, la ciudad entre ciudades vista y extinguida, expuesta y arrugada entre las manos, mitológica e inútil. París como un hacha cubriendo el cielo, un eterno látigo de plumas que despedaza cualquier búsqueda. Qué lejos queda todo, la rendición y el anhelo, como en un juego de nombrar amantes y vencidos.

Y el dolor, de nuevo, al ver que no sirve de nada el esfuerzo por querer interpretar los silencios a nuestro favor y al constatar que alguien que suponíamos nos acompañaría más lejos en el camino nos abandona antes de tiempo, traicionando lo que dio a entender o quizá lo que creímos entender erróneamente.

Ya desde pequeña fue una niña hipersensible. Ciertas canciones la hacían llorar. Entre multitudes buscaba la voz y las manos de su madre. Era tan feliz que ya entonces lo consideraba imposible, pero no podía evitar pensar que ante ella iban a desplegarse grandes milagros. «Tienes el nombre de una santa de corazón incorrupto. No lo olvides nunca». La imagen de sus padres se hace cada vez más difusa, como si nunca hubiesen existido.

Son casi las nueve de la noche y sigue trabajando en el edificio de tres pisos junto a la carretera. En su planta sólo quedan ella y el chico solitario que sabe hablar francés y se ha ofrecido a acompañarla a la feria editorial de Frankfurt. A ella le cae bien porque aunque apenas sonríe es increíblemente amable y siempre trata con cuidado las carpetas que coge de las estanterías. Su jefe entra de repente en su despacho, sin llamar, como hace siempre, cuando aún no ha acabado

de hablar con una editora de Pennsylvania con quien está finalizando un acuerdo. Tiene una voz dulce. Se la imagina rubia y pálida, con un jersey de cuello alto. Seguro que habla con ella desde un despacho al otro lado del negro océano cuando ya es de noche a las cuatro de la tarde en su ciudad de nieve. Le entran ganas de contarle aquella Nochebuena que pasó en un autobús, escondiéndose de las miradas de los otros viajeros detrás de un gorro negro.

Su jefe espera a que se despida de ella con un «*merry Christmas*», y entonces cuelga el teléfono. Son más de las nueve y no quiere irse a casa. Él le pregunta si no va a la cena con todos los demás. Contesta que eso son estupideces. Sonríe impactado y le tiende un sobre a su nombre procedente de Suffolk, Inglaterra, con el último libro pendiente de coedición. Se queda un momento de pie frente a la mesa, en silencio, como dudando si preguntar algo, y finalmente se da la vuelta y pone la mano sobre el picaporte.

—La pases con quien la pases, espero que tengas una noche tranquila.

A ella le parece la felicitación navideña más honesta que ha escuchado nunca. Le da las gracias con total sinceridad y al abrir el sobre se queda mirando el título durante mucho tiempo hasta que el chico solitario al otro lado del pasillo cierra también la puerta de su despacho y le escucha apagar todas las luces.

Le pesa en la sangre la densa humedad de las calles. La noche es el vacío de un despacho desde el que ve las luces de una clínica que no se apagan nunca. El miedo al interruptor de la mesilla junto a su cama, esperas insensatas imaginando que el teléfono ametralla los silencios siempre falsos del cerebro. Sus noches son eso. Y cuando sale del bloque de oficinas al aparcamiento solitario, sólo un par de farolas y su coche callándolo todo, necesita conducir hacia calles que una vez transitó para robarle un poco de ventaja a ese exilio persistente, y aun así se sigue ahogando hasta llegar a ese desierto donde ni el rojo, ni el oro, ni el vino, ni las mareas del tiempo ni el ritmo de la vida se conocen.

Hay luz en el cuarto piso, donde murieron.

«Ni se te ocurra mirar».
Arranca el coche y se aleja.

Un día de año nuevo su padre le enseñó a jugar al ajedrez. No ganó —nunca consiguió ganarle— pero de todos modos le regaló un disco de Nat King Cole que empezó a sonar a todas horas en su casa. Lo recuerda justo en ese momento para que no se le olvide por qué brindar cuando den las doce.

Se columpia de nuevo, otro año más, soportando que quizá ése también se componga de una pérdida tras otra. Brinda sin olvidar que en cualquier momento lo inesperado se cierne, que pende sobre su cabeza la incertidumbre de un chasquido, el rugido de lo irremediable o la efímera casualidad de lo posible, sin olvidar el hoy aquí, mañana no, sin olvidar que casi siempre lo desea todo, hasta lo más pequeño, con la inofensiva fuerza torrencial de los ingenuos. Brinda para hacer de las mentiras algo digno y perdurable y se columpia, quién sabe... ese año puede traer algo bueno o ser el último, pese a que no cree probable ninguna de las dos cosas.

Se siente cruzar el Leteo. Como el verano en que su última amante le dijo: «Quédate esta semana y ya veremos», y notó que le tocaban el corazón con la yema de unos dedos. Como el verano en que reconoció por primera vez su propia alma y todas las respuestas estaban aún por inventarse. Esperaba, con su primera amante, expuesta al primer anochecer del mundo, sin ser consciente todavía de que nada de lo que viniera después podría compararse a aquellos días. Tuvieron que bajar corriendo las calles del pueblo; les había pillado el chaparrón en mitad del paseo y ella fue la primera en cruzar el río a nado, sin miedo de abrir la boca y tragar agua. Los demás no fueron tan valientes, quizá tenían más que perder o no querían olvidar tan pronto.

En el mismo lugar del barrio gay, muy cerca de su casa, sigue

abierto el café al que iban en sus primeras citas. Allí cualquiera puede merendar con fantasmas. Basta con echar una moneda en la máquina, elegir a uno de ellos y esperar su compañía. Cuando vuelva a ser verano quizá la vuelva a ver allí, en otra compañía. Dejará anclados y sin vigía sus barcos, fingirá haber regresado igual que Orfeo de una ciudad que no puede nombrarse y luego doblará la esquina de su casa como si no la hubiera visto nunca, porque de tanto recordarla intacta, inmóvil e igual a sí misma, ha languidecido, se ha deshecho, y el mundo, como a Justine, ha acabado por olvidarla.

Al contrario que con sus estudios, hacia los que siempre mostró una devoción más allá de la vulgar ambición por la brillantez académica, por los sucesivos trabajos editoriales por los que pasa nunca siente un verdadero interés, o, más concretamente, este interés siempre resulta mínimo, basado únicamente en el esfuerzo más precario y justificado a la medida de lo que el trabajo es para ella: la última de sus prioridades. Sólo es un trabajo. Sólo es dinero. Lo piensa cuando contempla divertida (y esto le reporta cierta satisfacción cínica, cierto grado de superioridad moral) a muchos de sus compañeros literalmente desviviéndose por cumplir a la perfección con sus cometidos laborales, humillándose serviles a la voluntad a menudo incompetente y siempre caprichosa de los jefes, regalando sus horas sin esperar nada a cambio (o esperándolo, algo más triste aún), enfermando de estrés, preocupándose realmente de que los proyectos salgan. A ella todo eso le da exactamente igual. No es especialmente descuidada ni dejada en sus funciones, pero tampoco le concede ninguna importancia a la responsabilidad en empresas ajenas cuya existencia y supervivencia le son indiferentes. Sólo se preocupa muy superficialmente de atenderlas, les dedica el tiempo y la atención justa que merecen en su escala. Y la mayor parte de su horario se dedica a escribir, que es lo que verdaderamente le importa.

Nadie la creería si declarara ante un jurado que en todo ha tratado siempre de ser contenida. Cada vez que ha cerrado una puerta ha sido para preservar la limpieza del recuerdo, para no enturbiarlo con

sucesos posteriores que ya ni sirven ni añaden. El corte es, precisamente, lo que determina la perfección.

Pero existe, por supuesto, otra razón al desenlace, la generosamente propiciada por toda la podredumbre que tiene que contemplar cada día desde la balconada de un mundo al cual no le interesa aportar nada. Qué valioso se hace lo poco o mucho que se debe a sí misma escuchando los anhelos de triunfo de escritorzuelos que en seis meses creen haber conseguido los más altos méritos literarios en virtud de seiscientas páginas frente a quien en veintiocho años que lleva escribiendo aún no sabe (ni sabrá nunca) hacerlo bien, honrar el simple acto de transmitir la idea. Cómo explicarles a ésos la necesidad de la modestia para poder presumir de soberbia, el lento desangrarse del cerebro que se adentra más allá del mero juntar letras, el suplicio que supone escuchar las ambiciones sin principios de los vendidos a una execrable prostitución acordada. Dónde queda lo válido, si es que a estas alturas le importa a alguien.

Ni siquiera tiene nada que decir en las reuniones editoriales. Ante un jurado, y en virtud de una posible —deseada— justicia poética que, si existen los dioses, no puede abandonar a quien siempre ha creído en ella aunque contenidamente, sólo se vería capaz de apuntar a la cara, escupir su más pura indiferencia y salir, antes de que todos se taparan los oídos, ya no como elefante de una cacharrería absurda, sino preocupándose tan sólo de que no le alcanzaran unas ondas que, señoras y señores del jurado, les aseguro que no iban ni a rozarla.

Frente a los lodos traídos, llevados, implantados, comprados, vendidos, ensalzados, publicados, promocionados, comidos, digeridos, aceptados, defendidos, enraizados, pronúnciese: *Absalón*. Y aunque quede sólo un párrafo, una frase —«Mi madre es un pez»; «Quién hará frente al fuego de los bulevares»; «Pecado mío, alma mía»; «Detente, eres tan bello»; «Y con un sueño saber que podríamos dar fin»—, una impresión, un leve recuerdo al que seguimos dando vueltas, una sola palabra que nos emerja oportunamente desde el abismo más profundo donde permanece sin dormir a quienes la conocemos y la esperamos, entonces, no habrá duda. Con ellos, todavía, por encima de la escoria

y de las falsas enmiendas a que nos obligan a acogernos, quedará algo de esperanza.

En el trabajo escucha sin mucho interés a sus compañeras hablando de lo inútiles que son sus hijos adolescentes, que con casi veinte años no son capaces de prepararse la cena sin dar la impresión de que van a prenderle fuego a toda la casa, y su mente se traslada otra vez por sí sola a sus catorce, quince, diecinueve años, llevando facturas, intentando cocinar algo digno después del colegio, purgando radiadores antes de encender la calefacción, echando el cerrojo por las noches.

Lo mismo le sucede con los adolescentes a los que conoce o trata, a quienes no puede evitar mirar con cierta indiferencia y total ausencia de empatía. Intercambia un par de frases con ellos, mientras mantienen la vista fija en sus móviles y se apartan el pelo de la cara con unas manos exageradamente grandes, y al encontrarles tan predecibles se sorprende queriendo zarandearles. Los libros que leen. La música que escuchan. Lo que les inquieta, lo que les preocupa, lo que saben hacer. No hay en sus miradas ni un soplo de profundidad ni de nostalgia, por qué habría de haberla, ni un atisbo ligerísimo de necesidad ni de tristeza. Están tan vacíos. Se parecen tan poco a ella cuando tenía su edad. Les envidia tanto.

La injusticia se despliega en términos cósmicos, en proporciones imponderables. Ya no es sólo que ella perdiera a su madre con trece años, pequeña protagonista de un melodrama barato y folletinesco como el argumento de cualquier serial de sobremesa; es más que eso: el mundo la perdió a ella, para quedarse únicamente con personas mediocres, madres sobreprotectoras o directamente imbéciles que estupidizan a sus hijos invalidándoles de por vida, ignorantes, incapaces, profundamente necias. Y todas ellas siguen vivas, he ahí el prodigio inexplicable de una selección natural absurda en sus términos: ellas, las inmeritorias y banales, siguen vivas mientras la mujer culta y sensible que había sido su madre desapareció antes de

empezar a enseñarle nada.

Teniendo en cuenta la confesión referida anteriormente imagínenme, señoras y señores del jurado, presidiendo mi propio despacho, sentada tras una enorme mesa de madera oscura, llegando a importantes acuerdos con editoriales extranjeras, negociando nuevos títulos, siendo el nuevo punto de atención en las ferias de Barcelona y Frankfurt. Sin proponérmelo, sin que me importe, he llegado a directiva antes de cumplir los treinta; ¿cómo lo he hecho? Y, más insólito, aún, ¿cómo he conseguido huir del consuelo fácil, el que con tanta necesidad se implora y se derrama desde cuantos púlpitos existen? Como pueden ver, basta con mencionar trilladísimos recursos para que todos se rindan y lloren. Yo siempre he implorado por lo contrario, por evitar cualquier tentación de flaqueza, por negar la elección de quienes no saben permanecer en silencio, quienes sienten la obligación de hacernos partícipes, una y otra vez, de sus desgracias tragicómicas, como si nos importaran, como si quienes callamos y nos limitamos a danzar doblándonos sin rompernos no tuviéramos lágrimas dignas ni palabras que supieran hacer frente al silencio, siempre más honrado, más real, que cualquier llanto. Como si quienes callamos nos convirtiéramos en verdugos instantáneos de la conmiseración que siempre buscan los débiles. Yo, señoras y señores del jurado, he dicho muchas mentiras y volvería a repetirlas una por una, porque las veces que he confesado alguna verdad ha sido siempre mordiéndome la lengua hasta sangrar. Desprecio a las víctimas. Me río de sus tragedias. Distingo entre neutralidad y clemencia y al esquivo hermano de ambos, discernimiento, pido la gracia de conservarme intacta. O será que mi entereza es envidiable y mi capacidad para fingir, infinita.

Qué afortunada soy en cualquier caso. Qué de cosas tengo.

Subo a casa y sigue helada. Me quito las botas, traten de imaginar cómo es sobreponerse haciendo el mismo esfuerzo que Sísifo en su montaña eterna. Sobrevienen los pinchazos del dolor en la garganta, cojo en brazos a un pequeño príncipe blanco que no conoce la miseria ni la tristeza de los hombres. Manso, inocente, parece atender

únicamente a los latidos de mi pecho cuando cierra los ojitos y acomoda suavemente su cabeza, y si antes de empezar su ronroneo se acurruca buscando algo de calor bajo mi cuello será que soy capaz de ofrecerlo todavía. Me quedo mucho rato así, apretándome contra él, meciéndole, y mientras él sueña con blancas estepas y nieve de marzo, yo le pido en silencio que se quede conmigo, le agradezco sin palabras el olvido de lo turbio y lo mezquino que me han vuelto tan sucia y fría la sangre y me conmueve hasta las lágrimas imaginar su pequeño corazón mientras duerme.

Tal vez a su padre le habría gustado seguir estudiando. Trataba los libros con cariño, casi con reverencial respeto, y coleccionaba todo tipo de fascículos y recortes que luego clasificaba y encuadernaba cuidadosamente: razas de perros, recetas de cocina, historia del cine, inventos del siglo xx, batallas de la Segunda Guerra Mundial. Abría la *Enciclopedia ilustrada* y le enseñaba las banderas de los países y las partes del cuerpo humano, el nombre de los dientes y los tipos de árboles. Habría sido un hombre capaz de construir un robot y programarlo para que conociera el nombre de todas las flores.

Por encima de tres fiestas editoriales en la primera, prematura, semana del verano, con barra libre y conversaciones que en realidad ni escucha ni soporta, esto es en lo único que piensa y la conclusión que extrae. No se le ocurre nada más melancólico, más arraigadamente trágico, que un robot que conoce el nombre de todas las flores y las sostiene con cuidado entre sus pinzas mientras las reconoce y las nombra. Violeta. Lirio blanco. Lirio de agua.

Quién sabe.

Cree que alguien le acaricia el pelo por las noches.

O quizá sólo se lo imagina.

Llegará el invierno, se secarán todos los mares, el paisaje será desolador. Bajaré las escaleras y la música para escucharte, me acordaré de aquel lluvioso mes de marzo cuando ya estaba todo decidido y tiré sobre mi cama el uniforme del colegio, seré la chica triste del gatito blanco, serás el perfecto consuelo de ojos limpios que

quiere invitarme a té las tardes más frías para no verme caer, y yo te dejaría entrar, te lo aseguro, te dejaría entrar a ti que esperas en la puerta con las manos impotentes y los hombros livianos de ningún pesar, si tuvieras el poder de convertir mis heridas en círculos menguantes. Qué gran invento el del duelo. Y pertenecer a la luz, qué oficio tan respetuoso.

Quito despacio, con cariño, la nieve amontonada sobre mi cama y me siento en la ventana a esperar que alguna niebla venga a sacarme otra vez el corazón por la garganta igual que en esa escena en la que los dedos de la bruja le arrebatan la voz a la sirena. Me quedo sentada, buscando en silencio la boca del incendio. Cuanto más cerca del fondo, más cercana también la salida, pero mira qué curioso, te quedas en casa para esconderte y contemplar a solas las luces que atraviesan los corredores de la noche sin caer en la cuenta de que en realidad nadie te está buscando. Y puede ser que de repente —todavía — un golpe fortuito de su olor te haga caer en plena calle, y el dolor que a veces crees tener olvidado resurja y se encienda y te prenda la memoria como un incendio forestal que se extiende en pleno ocaso. Y al comprender por fin lo inútil de hacerle frente sólo con el agua que te cabe en las manos puedes estar más calmada, pero no menos triste.

Otras veces, sin que proceda, tiene días extrañamente optimistas y románticos en los que deja de ser la atormentada Bovary, no le desesperan la soledad ni el desarraigo y se levanta muy temprano para ir a comprar fruta. Elige las más rojas, se permite la pequeña indecencia de comerse tres o cuatro uvas sin importarle si alguien mira y luego, en la caja, se entretiene mirando la compra de las demás personas para comprobar cómo las define. Dos pijas por delante llevan un paquete enorme de pañuelos de papel, una lechuga envuelta y un par de botellitas de agua mineral; ella, comida para gatos persas, chocolate negro, cerezas y fresones; y detrás una anciana que sostiene con cuidado un monedero color violeta, yogures de plátano, crema para las manos y un paquetito de café. Inmediatamente siente simpatía por ella.

El mecánico de su taller se parece a Dostoievski, y eso sí es

verdaderamente romántico. La saluda educadamente, le pregunta si ha vuelto a tener problemas con el cable del embrague (habla muy suave, muy despacio), y ella como una tonta se queda largo rato mirándole a los ojos, como si fuera a encontrar en ellos la respuesta al dolor de Raskólnikov o alguna explicación al suyo.

Deja al doble de Dostoievski limpiándose las manos y mirando fijamente un calendario, lo cual también resulta increíblemente romántico, y vuelve a casa. Dentro de su casa es invierno, profundo olor a frío inunda las habitaciones. Se acuerda de otro invierno, la recuerda vistiéndose al amanecer, y lo que nos deja el día parece sobrevenir de golpe con una furia destronada, con las ondulaciones del cielo, en el momento en que las fresas sobre la mesa de la cocina parecen menos rojas y Dostoievski sigue mirando calendarios en alguna parte, en la anhelante tranquilidad de la noche antártica, durante mucho tiempo hasta que llega el alba y una luz alcanza a la siguiente.

Se parece a Jane Birkin, es lo primero que pensó de ella. Lo segundo: tiene los ojos alegres, la mirada de una pureza desconcertante.

Mi corazón tiene paredes delgadas. Lo escuchan todo; lo temen todo. Aquí está, haciendo cábalas de nuevo. Qué amenaza puede ser más peligrosa, un amor del pasado o una guerra que esté por venir. Como siempre, la torre o la vida.

Se cayó y se hizo sangre en el labio. No lloró. Su madre le sujetó la cara entre las manos y después de curarle la herida le dijo dos cosas que se le quedaron grabadas en la mente: «Si te dan una bofetada, no cierres los ojos» y «Guarda siempre tu corazón en una caja».

Eso ha hecho siempre.

Pero ahora empieza a pensar que quizá debería replantearse algunas verdades indivisibles, porque lo eterno incuestionable seguramente sea más poderoso en determinados lugares donde los ejércitos son abandonados a su suerte. Las palabras pueden convertirse en cerrojos. Y en ocasiones es mejor que el misterio se quede donde esté.

«Las casualidades las hacen los ángeles», le escuchó decir una vez. Ahora la frase se cae delante de ella como una bomba recién nacida. La sostiene un instante en las manos después de leerla en algún sitio y todavía no le concede lugar pero le parece bonito pensar algo así, tan cándido, tan dulce. Una ráfaga en la que echarse a descansar y dejarse ir por fin. Los ángeles hacen las casualidades. Ellos nos silban al oído: «Descuelga el teléfono». «Espera». «No entres». «Es ella». Los ángeles deben ser criaturas afables pero extremadamente caprichosas —ahora sí, ahora no; ahora te abro la puerta, ahora te suelto la mano— y nadie puede saber cuándo baten sus alas ni en qué momento deciden soplar. Por eso le parece que la mejor solución es creer en ellos las noches de tormenta, cuando el cielo se ilumina sólo a ratos, sólo a tramos.

Es en uno de sus primeros encuentros cuando le dice que todo es un juego, que la vio por casualidad asomada a su torre mientras jugaba en el césped y que quiso convencerla para que bajara. Se pregunta y le pregunta qué hacemos en la vida sino jugar.

Y ella nunca responde nada, es cierto, lo guarda todo, lo bueno y lo malo, bajo filtros de silencio como los de los grandes cetáceos que surcan mares mitológicos.

—Dolerá un poco más todavía.

Es cuanto dice extendiéndose, discreta, la caricia.

—Hay peces que tienen la sangre blanca.

La sangre blanca, lo piensa detenidamente mientras ambas se apaciguan entre las sábanas. Como Odette convertida en cisne, como los soldados de los príncipes del Ártico que regresan exhaustos de trincheras de nieve meditando si dentro de unos años volverán a reencontrarse con los supervivientes.

Órdenes de las que ahora se arrepiente. En años de guerra hacer de piedras su corona y su manto de barro y humo, pero no haber llegado a nada y no encontrar ahora a nadie que sostenga sus bordes congelados.

—Así pueden sobrevivir al frío. Es de lo que siempre se muere.

Es lo último que le susurra antes de rendirse a la misericordia del sueño, y a ella no le queda más remedio que asentir silenciosa, cerrar la puerta de la habitación y dejarla descansar sobre su cama.

Que todo se vaya apaciguando, qué impresión tan engañosa. No quiere fiarse ni entregar las armas pero comienza a cuestionarse el verdadero sentido del drama. Después de atravesar tantos pasillos a oscuras, rodear afiladas esquinas de metal y burlar ascensores que no quieren obedecer, abre con estupor la puerta que le corresponde y lo que en principio supuso cama y desayuno de moteles inhóspitos se descubre como estancia prolongada y a salvo. Le resulta extraño estar calmada porque es un estado que no conoce y le parece tan poco fiable como un buen pronóstico; le preocupa plantarse ante el umbral y exponerse a la luz, contemplando el final del incendio, y al mismo tiempo le parece que todo encaja y se arregla, le parece sostener entre las manos el regalo inesperado de un augurio. Ahora sólo tiene que vigilar por si vienen de nuevo, cayendo en picado y desplegando sus enormes alas metálicas cuando ya están a punto de tocar el suelo. Aprender a reaccionar a tiempo, agachar la cabeza y no dejar que se le acerquen... Dejar de resistirse al final del largo invierno, dejar de preguntarse qué sería de ella sin las ruinas sobre las que reina. Creérselo y bajar la guardia, sostenerse sin caer.

Pero hasta cuándo.

La sangre blanca es el color transitorio de los cuerpos exangües que se van llenando poco a poco de cuanto se vaciaron, el preludio a aplicar las enseñanzas de todo lo aprendido de los gatos, de los planes sencillos, de preparar la cena, de hablar despacio o de la persona más elegante que ha conocido nunca, de la que escucha que el verdadero lujo consiste en dormir al raso en un pesquero sobre el mar de Japón para tener la oportunidad de ver ballenas nada más amanecer, la misma que, sin presumir de nada, envuelve de serenidad humilde el acto más necesario y vital de cuantos existen como es regar una pequeña planta para concederle más días de vida.

Cuánta calma entre sus brazos.

Es como regresar a un estado natural que sospechaba pero que no ha llegado a conocer nunca, una calma cierta, suave, como de aprender a hacer pan y a vivir sólo con lo necesario. Como recordar la primera vez que vio fuego o nieve, sentir que sus vivencias no le pertenecen y el corazón por fin apaciguado y en reposo.

No me perteneces. No te pertenezco. Pero me quedaría contigo.

Se dan calor en la oscuridad, en lo más alto de la avenida, mientras el vigilante dirige hacia otro lado su linterna. Los accesos se han cortado, nunca antes la autopista estuvo tan vacía, la noche tan silenciosa, y ella podría sentirlo todo como una tentación muy sórdida y volver a recrearse, pero sin querer se ha visto en el retrovisor y se ha topado con algo distinto, y sin querer ha sonreído al comprobar que la escarcha se está derritiendo y que quizá tampoco nada ha sido para tanto.

Qué breves son el dolor y la culpa. Tan innecesarios como nieve en las pestañas.

Su casa también está llena de libros, estanterías repletas que le invita amablemente a curiosear por si quiere llevarse alguno, no le importa prestárselo. Rechaza el ofrecimiento con un nervioso «ya no leo» semejante a un «he dejado de fumar» o al «hace meses que no bebo» de los exalcohólicos. La cara de su amiga tiene más de divertida incredulidad que de sanción, como si tuviera la certeza de que no puede tardar mucho en recuperar un hábito que todavía no ha sido capaz de echar del todo al olvido. Por eso no insiste. Sabe que será bonito cuando por ella misma regrese al fuego sin temer nada. Le gustará tanto vivir ese momento, volver a encender ciertas luces y saber que se encuentra a salvo pese a que otras permanezcan apagadas, que querrá continuar rodeándose de cosas blancas, sentirse cada vez más blanca. No le dice nada, sabe que ella misma se dará cuenta de todo eso.

Esta noche la ciudad se ha cubierto de un océano, y la luna se ha caído en las orillas trazando círculos blancos. Los trenes, los edificios, son ahora submarinos; todas las calles se sumergen; las farolas se han rendido en el lecho más profundo de una densidad azul.

Pero no tengo miedo: tú me has enseñado a respirar por branquias y me has metido dentro de una burbuja con paredes líquidas. Me abres las compuertas y me dejas entrar sin prisa, a un interior cálido y palpitante, húmedo como un corazón rebosante de agua tibia.

Soy agua en tus brazos, me deslizo, me moldeas a tu antojo, me das forma dúctil, me abandono a tus manos y tú te dejas llevar en mi corriente, lejos, lejos, más allá, mucho más allá de esa agua condensada, gélida, que forma parte de la niebla.

La capilla ardiente siempre le ha traído a la mente la imagen de una iglesia en llamas. En la temprana penumbra del amanecer las camas también pueden incendiarse, ser capillas ardientes donde tienen lugar pequeñas muertes.

Muy cerca de su casa hay una pequeña frutería que es como un refugio cálido en el callejón más tenebroso. El hombre que la lleva tiene una voz suave y una sonrisa apacible; le gusta hablar de la nieve y escuchar la respuesta de los clientes. Elegirá siempre las mejores frutas que le pidan, las más rojas, las más dulces, las cogerá para ellos de una en una examinándolas sin importarle el tiempo o la prisa, las pesará y las envolverá con mimo, y si cualquiera mira desde fuera por los cristales limpísimos le verá siempre ordenando con extremo cuidado cada pieza, recomponiendo sus estructuras piramidales o poliédricas teniendo en cuenta los colores y las formas, limpiando las pieles de polvo o de papel, esperando a que alguien entre para atenderle sonriendo. Se queda fuera observándole un momento mientras llueve, en el pequeño rectángulo de luz sobre la acera, hasta sentir ella misma también a través de su amable reivindicación del trabajo bien hecho la bondad de lo sencillo, la incondicional entrega a la calma capaz de ahuyentar cualquier augurio triste. Expuesta a la luz, por fin, la recibe y le da la bienvenida. Es la inspiración a la que ahora se rinde.

Junto a los edificios de Dior y Chanel cuelgan ramitas de cerezo recién cortadas como recordatorio de la transitoriedad de la belleza. Ésa es la sabiduría que permite avanzar a un imperio. Cuando se detiene el paso confuso y obsceno que marca Fortuna, la opción es pedir al pie del templo saber distinguir lo único que cuenta, o dejar caer el velo de cinismo y quedarnos tan desnudos como lo invisible.

Cuánta lluvia habrán visto los árboles de Ginza, cuántos viajeros el cruce de Shibuya. Tokyo tiene la honestidad del agua, la autoridad de los capitanes de navío y la exquisita, bondadosa, vulnerabilidad de entregar algo con ambas manos. Lejos y dentro de la gran urbe, en eso debe consistir el vértigo, su noche es la misma al otro lado del mundo horas después. Con Jane Birkin a mi lado redactando dos postales en un tren hacia Kyoto he redescubierto que escribir sigue siendo un lento desangrarse. En mí prende la llama de las antiguas formas, incomprensibles, así las sigo tras la luz de los telares que encierran los rascacielos.

Validar equívocos, acometer nuevos errores, oscilar entre lo súbito y lo perpetuado. Así es como avanzamos.

Vimos una calle en Kyoto que descendía en cuesta, empapada por la lluvia reciente. A un lado, las casas eran igual que en las viñetas de los mangas, blancas, poliédricas, con cables y neones por encima de los tejados. Pequeños neones rojos con los tubos algo desviados que se multiplicaban en los charcos del suelo y destacaban sin querer contra un cielo gris de agua. Al otro lado, por donde caminábamos, bajaba paralelo un muro de piedra no muy alto, y de repente verjas de colegios o puertas correderas de papel con zuecos de madera apoyados en los quicios. La calle descendía y descendía hacia los templos, tanto que tuvimos que dar media vuelta a mitad de camino porque empezaba a llover de nuevo y sólo teníamos un paraguas transparente. Cruzamos a saltitos sobre las piedras redondas los pequeños lagos del parque, ya había luces encendidas junto a los cerezos, vimos a las ancianas prender con cuidado sus palitos de incienso y quedarse con el rostro agachado como esperando respuesta. Compramos un

paquetito de empanadillas dulces y al anochecer entramos en un pequeño bar de madera con banderitas llenas de kanjis colgadas en lo alto sobre la isleta del mostrador. Las *geishas* avanzaban por las estrechas calles de Gion como si la lluvia no pudiera tocarlas, incorpóreas como el aire mismo; después entraban en las pequeñas casas señaladas con farolillos rojos, y entonces era como si en realidad nunca las hubiéramos visto.

Olvidándonos de guerras y de mártires, quizá sólo queramos que alguien nos abrace por las noches. Así, tal como suena, en su frágil rotundidad. Llegar a casa con las batallas rotas y convertirlas en bagaje tenue, deshacernos del perfecto doble, las penas, los temblores, cuanto se lleva a cuestas, dejar de recrearnos dolorosamente, una y otra vez, en la despedida de Bogart e Ingrid para abandonarnos, sin renegar, a un descanso necesario. Y caer en la cuenta agradecidos de que todo lo demás sólo es literatura.

Piensa que el día que vaya a dejarla se citarán en alguna cafetería de la ciudad y la encontrará sentada a solas, bebiendo en vaso alto una infusión acuosa de color rojo extremo, y entonces podrá cerrar la rueda, una vez más, con todos sus desastres y sus triunfos orbitando sobre la palma de su mano como una peonza enloquecida, hasta que llegue el momento en que tenga que hablar de ella en pasado y una vez arrojada de su casa ya no sepa preguntar a qué lugar en qué ciudad tendrá que dirigirse entonces.

En los meses de junio y julio el desayuno en la terraza se convierte en el único momento del día en que puede disfrutar de aire azul, antes de que se vuelva de esa irritante tonalidad naranja de la que ya no se desprende en todo el día, hasta el rosa cada vez más suave del atardecer, y luego el malva.

Se ha inventado un juego para esa hora, tan limpia. Tiene que jugarse sólo a esa hora, no es efectivo a ninguna otra. Consiste en pensar, alternativamente, en algo alegre y después en algo triste. Una pequeña imagen alegre y una pequeña historia triste, hasta que se le

vienen a la cabeza dos tristes o dos alegres seguidas y entonces falla y tiene que dejar de jugar hasta el día siguiente. Está tratando de contar hasta dónde llega.

Ésta ha sido su partida más reciente:

Marilyn gritando: «*La propriété!*».

Las últimas palabras del capitán Pym.

Dedicó una mañana entera a perderse en Covent Garden, y todo allí estaba lleno de flores.

El ventilador es incapaz de organizar una resistencia digna.

La lista de dulces árabes que ha aprendido: dátiles, piñones, alfajores, alcorzas, alajúes, amarguillos, bocaditos de sultán, almoríes, ojos de gacela.

Todavía con frecuencia se hace sangre en los dedos.

De noche en Gion el suelo brillaba. Con qué cuidado les envolvieron las muñecas que compraron bajando la cuesta de Kinkaku-ji.

Paseos hasta el coche por calles mojadas después de habitaciones y camas visitadas una vez y abandonadas al alba.

Es todo un secreto saber distinguir las diferentes tipografías de imprenta para poder apreciar cuál casa mejor con cada tipo de libro y por qué.

Bastian se olvidó de su nombre.

El príncipe del cuento que aprendió el oficio de las cosas pequeñas e imprescindibles.

Ya nada de lo que escribe le parece bueno.

La perfección siempre está en lo provisional.

El dilema frente al que se ha encontrado es que no sabe decidir si éste último es un pensamiento alegre o triste.

Reconocer a medias el estado actual, recordar débilmente una posibilidad o existencia anterior y, súbita, terroríficamente, vislumbrar la magnitud de su pérdida. Eso es saltar el muro. Y los guardianes tienen la orden de disparar a todo aquel que salte el muro.

Suele caminar ausente por aceras o raíles, detenida en la calma que aparenta mientras lee, en la ansiosa búsqueda de cuanto se escribe, en que la primera vez en su vida que probó el zumo de manzana fue

cuando se enteró de que era la bebida favorita de Anton Bohnsack; por eso tardó unos segundos en ser consciente de que le habían dado. Primero, el picotazo tenue como de amigo perverso; luego, el pleno reconocimiento, el cargo, la pulsión indiferente y el gritar dónde entre el choque confuso de los cabos del mundo. Sin saberlo, o intuyéndolo a medias, estaba aguardando el cambio que se produjo. Tan clara se le presenta ahora la situación de entonces. Simplemente se estaba vaciando para volver a llenarse. Y todos los libros que dejó de leer sólo estaban concediéndole una tregua advenediza, o el alivio de averiguar, como dice Carver, que existen dos maneras, la real y la anotada, y que las dos son tan válidas y tan extraordinarias como peligrosas. Se siente algo nostálgica de su tristeza de entonces, pero, también, extrañamente a salvo.

El núcleo de los átomos adquiere determinadas variantes según la luz, que es lo mismo que decir según la percepción de los idus y las calendas:

En verano consiste en vislumbrar ítacas lejanas.

En otoño, recordar de nuevo ese viaje, cuando el recuerdo ya no deriva en placer sino en hégira.

En invierno, separarnos, una y otra vez, sólo para volver a encontrarnos en la rueca o el rugir espontáneo de las estaciones, que giran, que tornan, que lloran y suplican, como Alicia, volver a casa.

Si de madrugada se despierta con fiebre hay alguien ahora que se despierta junto a ella y se recuerda años antes, cuando trataba de no ponerse enferma nunca porque de ser así sólo podría contar consigo misma. La enfermedad es más injusta que la muerte. Arbitraria e imprevisible, llega siempre arrastrándose a traición. A la muerte, en cambio, la veremos venir de frente y pronunciando nuestro nombre, y seríamos desde luego los peores anfitriones si le negáramos la entrada, pero en cuanto al primer jinete qué podemos hacer sino extender sin fuerza los brazos y suplicar como cobardes para que su mirada se pose sobre otro dintel.

Recuerda, Edipo, que hay que morir.

Recuerda, Esfinge, que hay que vivir.

Hoy, que ha atravesado el portal con las falanges entumecidas de frío, un frío insoportable incluso para ella, todavía lucha contra la incredulidad como si el trabajo consistiera en no dejar de remover una olla para gigantes. Quince años tras su muerte. Realmente, no están. No están en ningún sitio, en ninguna casa. Y algo tan indiscutible, a lo que en tan poco tiempo como son quince años puede acostumbrarse o incluso asumir como acogedora y vulgar reminiscencia, homenaje o vestigio, es lo que convierte el llanto en insignificante acto privado, en trino de pájaro tan inservible como una protesta aislada.

Ya no es no tener madre, eso se ha quedado muy atrás, archivado en la memoria junto a todas las cosas asumidas e incomprensibles. Ya no es sólo no contar con el testigo de cuanto ha hecho en esos quince años, no tener con quién confesarse, alguien que lo sepa y lo comprenda todo. En un súbito girar de los papeles se han cambiado las necesidades y las funciones, y ahora toda la angustia es por saber quién relatará su vida, quién la recogerá como una deuda o un regalo y la mostrará para asegurar que fue real, que superó a la de muchos, que fue necesaria. Para qué sirvieron su vida y su muerte, quién se encargará de referirlas si no es ella. Dejar constancia, jurar que existió, mantenerla viva. Buscar pistas sobre lo que no le dio tiempo a preguntar, inventar o imaginar aquello que nunca supo. Internarse en lo profundo de un bosque y ser la única responsable de nombrar y hacer surgir, y al tiempo que la palabra nace ver crecer un mismo árbol dentro y fuera, cada vez más alto, intentando alcanzar la luz. Hay tanto que espera ser nombrado y ella es la única que tiene voz. Pero quién quedará cuando la suya también se extinga, quién y cómo dejará un mínimo rastro en las cortezas o en las hojas. Una raíz se expande en sus entrañas, con sus largos dedos toca y abraza cada uno de sus órganos. Cómo habría sido su vida sin ella no lo sabrá nunca, pero la reconoce sin rencor y la riega cada día porque en todos los pasos que ha dado hasta allí se ha sentido acompañada.

En repentinos e inquietantes ataques de nostalgia se encuentra echando de menos los años de sombra y se mira a sí misma como sin poder explicárselo. Mira a la que tiene delante en los escritos y se asombra de los recuentos. Se ha enterado por casualidad de que su primera amante se ha casado y la segunda ha sido madre. Ambas han rehecho sus vidas, deben de ser felices, y el asombro de imaginarlo la golpea todavía más fuerte. Se sienta a descansar en un pequeño claro y le viene desde lejos el eco de las olas estallando en las mismas rocas. Para comprobar el alcance de lo andado sólo tiene que abrir un cajón, releer como si lo hiciera en un espejo pasadizo e intentar sonar convincente al prometerle a su yo del pasado que el bosque es espeso y oscuro pero que no tiene nada que temer.

Casi veinte años después, cuando en una de sus sesiones su psicóloga la remita a un psiquiatra de confianza para que le recete ansiolíticos, pasará por delante de su antiguo colegio porque la consulta se encuentra justo enfrente. En la misma calle sigue estando la hamburguesería donde comían a veces o merendaban al salir de clase por las tardes. No puede evitar reírse de algo así, el círculo completo con el paraíso y el infierno uno delante del otro, qué perfecta comedia divina, como si el segundo también llevara esperando allí mismo quince años hasta revelarse, esperándola pacientemente, viéndola transitar por esa calle siendo niña y sabiendo que algún día volvería a verla de adulta. El psiquiatra era un chico joven, afable y tranquilo, que no le ha confirmado nada que no supiera ya. Con la cajita de Orfidal en el bolsillo se detiene un momento en mitad de la avenida desierta desde donde se accede a la puerta del patio. Se queda largos minutos allí plantada. Son más de las nueve de la noche, sólo una farola en la esquina aporta algo de luz a la fachada y a los bancos de piedra donde la calle se ensancha para hacerse peatonal (antes no lo era, su padre fue uno de los impulsores de convertir en peatonal el acceso al colegio para evitar posibles accidentes. Insistió con cartas al ayuntamiento y firmas hasta conseguirlo). Por debajo siguen pasando los coches a través de un túnel cuyo amarillo eléctrico asciende sin fuerza ni convicción. Levanta la vista y recorre como acariciándolas

las ventanas de las aulas, la punta de algunos árboles detrás de los cuales se intuyen las gradas. En el pequeño parque vacío, a su derecha, han puesto un tiovivo que ahora está cubierto con una lona. Coge su móvil muy despacio, sin querer apartar la mirada de su Ítaca, y saca una única fotografía desde su exilio. Después, encamina sus pasos hacia su antigua casa.

Yo antes vivía en una enorme casa negra que estaba viva.

Mi antigua casa tenía la boca roja y los dedos afilados como sombras que bajaban de las lámparas. Las paredes se caían poco a poco, el techo se vencía, las puertas, las ventanas, no eran más que piezas de puzle con los bordes mellados y sierras en las esquinas. Aquella casa no fue prisión ni refugio, pero en amaneceres grises fue barco y fue el ataúd al que se aferran los desposeídos. Fue el pilar de lo que soy ahora, fueron los raíles que cruzaron todos aquellos años que dormían como la tierra recién sembrada.

Era una casa enferma y poderosa. Nunca permitía que hubiese una luz demasiado intensa, nada de cortinas abiertas o habitaciones encendidas. Sus manos se movían en la penumbra para acariciarte o abofetearte, para reclamar tu ira o para llorar su necesidad. A menudo las extendía tanto alrededor de tu cuello que te asfixiaba, y entonces surgían las visiones y sólo quedaba la opción de salir de ella durante unas horas hasta que se calmara. Y la compadecías y la odiabas, pero tiraba de ti siempre para que volvieras a meter la llave en su puerta.

En esa casa me clavé mil agujas en la sangre; me tatué sus coordenadas en los brazos. En esa misma casa el azul de los ojos se me llenó de óxido. Contra sus paredes estrellé muchas veces mi cerebro, lo lanzaba mientras ella aguardaba impaciente el momento de saborear mi desesperación y su victoria, la veía con los ojos desquiciados observándome detrás de los azulejos oscuros del baño con el agua desbordándose detrás de mí y las bombillas oscilantes en el techo. Otras veces, de noche, la escuchaba reírse en el tictac de un reloj o en el acompasado crujido de las bisagras, y en el fondo le encantaba ser consciente de que yo nunca cedería a ninguna de las trampas del miedo.

En esa casa las personas podían desaparecer o duplicarse, cambiar de rostro o enmudecer. Esa casa le concedía premios a quien mejor se mutilara. Esa casa te volvía de cristal o de plomo a su antojo, podía desgarrarte despacio sin que te enteraras. Esa casa gritaba y guardaba silencios profundos, callaba verdades imposibles, guardaba secretos que de tanto reprimirlos se olvidaron.

Nunca volví a aquella casa. Nunca, desde que salí de ella aquel invierno, pisé de nuevo las escaleras de su portal. Pero siempre he sabido, en todos estos años desde que la dejé atrás, que sólo podría recuperarme del todo si me atreviera a volver allí y le devolviera, uno a uno, todos los fantasmas que saqué de sus armarios para dejarla desnuda y hacer con ellos el equipaje que me acompaña todavía.

Muchas noches lo piensa fríamente, con calma y sin afectación. Repasando detalles importantes. Desde qué ventana sería mejor tirarse, donde haya cemento y no césped. Quizá sería más conveniente subir al ático para no dejar al gato solo con una ventana abierta. Hacerlo antes de ir a trabajar o recién llegada por la tarde. O en plena noche. No, demasiado dramático. Por la mañana temprano, cuando se quedara sola, sería la mejor opción. Antes de que pasaran los primeros colegiales. Qué ropa ponerse. Ducharse o no. Beber algo o tomar pastillas. La caja entera de Orfidal y quedarse medio dormida para que fuera más fácil inclinarse hacia abajo y perder apoyo por fin. Caer, caer.

Escribir en un papel su nombre, su dirección y un par de teléfonos para que avisaran. Tendría que poner también el de su trabajo. En qué bolsillo guardarlo para que no se volara durante la caída. Colocar a la vista el testamento. Coger o no las llaves. Mejor no. Dejar la cocina recogida, pensar en la cena de la noche anterior, en el abrazo de buenas noches. «Hasta mañana, amor». Qué decir al despertar. Cómo darle el último beso a su novia. El que recordaría siempre, toda su vida en adelante, con dolor y culpa. La casa sería para ella. ¿Seguiría viviendo en ella o la vendería? El momento en que cogería el móvil para atender un número desconocido y le dieran la noticia. A qué hora exacta. Quién. Cómo. Su cara. Quizá la misma que la suya cuando le

dijeron que su madre había muerto. Seguramente mucho más horrorizada. Gira un poco la cabeza y la mira dormir con un brazo apoyado en su pecho.

Plantada de nuevo —porque su vida no ha consistido en otra cosa— ante el comienzo de los dos caminos que se abrieron frente a ella tantos años atrás, se le presenta por segunda vez la posibilidad de poner el pie sobre las piedras. En el centro exacto de la bifurcación está levantada la Esfinge y le pregunta qué se ha hecho de sus padres y de todas las estaciones recorridas hasta llegar a ella. No sabe qué contestar pero la Esfinge aguarda mirándole las manos, y ella las extiende delante de su cabeza. Podría decirle que la conoce como a una hija y que por ello ya no la teme, que posiblemente se haya sentido más amenazada alguna otra vez en su vida, pero que nunca antes había sentido en su interior la amenaza como ahora, tan sosegada, tan aceptada; quieta e imperturbable como un poso en el fondo, porque es consciente de que, aunque no aumente ni disminuya, ya no se irá nunca. Permanecerá como un poso de sangre desmayada en el fondo del vaso y podrá aquietarla si despierta o arrullarla cuando llore. Quizá tenga las manos casi congeladas del todo, pero todavía puede arropar con ellas a un pequeño pájaro caído de su nido para que no muera de frío, como hizo aquella noche en la sierra volviendo a casa desde el pueblo mientras los demás la adelantaban. Es capaz de convertir todas las horas en serpientes y también de inventar cuentos que embelesan a su sobrino, su pequeña cara hecha de luz; de recordar las alambradas sobre las que se arrastró con el estómago hundido en el barro y de hacer reír todos los días a su amor como principal propósito de su existencia, el sonido de su risa único sentido del mundo. Y aunque no sea más sabia ni pueda olvidarse de otras cosas —de sus últimos días, sobre todo, quieta y clavada en el fondo del vaso—, sigue estremeciéndose ante la corriente de sangre iluminada que circula desde la cabeza hasta la mano justo un segundo antes de comenzar a escribir, sigue conmoviéndose ante las palabras que calman y curan el corazón de los hombres y sigue admirándose y doliéndose de todos los misterios. «Soy afortunada si puedo ofrecerte

todo esto», le dice a la Esfinge. Y con un pie en cada uno de los dos caminos, ahora sí, puede situar su cara a la misma altura que la del monstruo y le sonríe, sin pena ni arrogancia, dejándole cada noche su platito de leche en el suelo y desechando por inútil cualquier interés en llegar a una conclusión irrevocable.

Para muchas serían después el temblor y las lágrimas, el fuego y la torpeza, el ruido y la furia que le harían perder toda locuacidad y sensatez. Otras vendrían después de los trece y de los dieciséis, cuando todos los cielos son naranjas porque todos los pechos explotan al mismo tiempo y a la misma hora. Ya no existen, ya no son, pero cuánto necesita su conciencia recordarles todavía, a todos y todo lo que amó tanto que le dolía, instalada en este cómodo presente-futuro de estabilidad y amor correspondido en el que cada noche duerme a su lado el ángel que sopló en su alma y la sanó. Después de tanta muerte, tantos vaivenes en tantos años, mira a esa adolescente y se sorprende envidiándola un poco. Se acerca a ella muy despacio, está sentada en la cama con papeles en las manos, y le da las gracias. De ella fueron en primer lugar las culpas y las cargas heredadas, los pesares y los extremos, pero también la capacidad de asombro y de creación, la pasión, el no conformarse con ninguno de los cobardes disfraces de la tibieza. Se admira de cuanto supo guardar, simplemente esperando el momento necesario para finalmente descubrirlo y nombrarlo, y le desborda ahora un deseo de anticiparse a ella, de visitarla en sus peores noches para tranquilizarla.

«Todo irá bien, no te preocupes», le diría. «Sigue escribiendo, no lo dejes nunca. Acuérdate siempre de aquello que le escuchaste una vez a tu madre sobre decidir según los dictados del corazón. Intenta no culparte mucho, intenta soportar el peso y avanzar, sé que no lo creerás ni ahora ni más adelante pero encontrarás a alguien que te hará feliz». Cada noche te desearás a ti misma el descanso de la ficción, tú misma serás tu primera enemiga y tu principal acto demiúrgico. Tus preocupaciones ya no serán metafísicas sino concretas pero a ellas se sumará la inquietud desconocida, la apacible y desmesurada, aunque ya no te hará daño más allá de la tensión que

suponga que te tengan por una déspota solitaria cuando, contrariamente, nunca dejará de carcomerte tu sensibilidad extrema. Lleva siempre el orgullo en los ojos. Y aunque perviva en lo más hondo ese poso de tristeza intocable para siempre, te aseguro que la fuerza que a veces creerás perder volverá siempre a su sólido eje para empujarte desde atrás, desde un punto situado más allá de tu propia vida, en árboles lejanos y raíces que depositaron en ti todo cuanto supieron entregar. No están bajo tierra sino en tus propias manos, en todo lo que has hecho, en las paredes de tu casa, en el aire sobre tu cabeza, alimentando semillas húmedas que serán frutos inciertos con los que defenderte del hambre. Podrás abrirlos para oponer a los enigmas la fiera y jugosa rotundidad de su carne, su realidad contra los fantasmas. Contra las incautas treguas se abrirá paso irremediable tu derecho a guardar silencio y el gongorino «honra me causa hacerme oscuro a los ignorantes»; contra el placer de identificar aves en tierras sombrías, el seco, vigilante, corazón de nuestros padres.

*Madrid, 15 de marzo de 2015*

El trágico recuento del propio pasado cuando la vida por fin concede una tregua es lo que encontramos en *La pertenencia*, la primera novela de Gema Nieto.

La protagonista de esta historia, que el lector estará tentado de asociar al género autobiográfico, pierde a su madre a los trece años de edad; desde ese momento, su vida será como si la atravesaran con ella.

Partiendo de la indefensión de la mirada adolescente, y terminando con el escepticismo de la mujer adulta, *La pertenencia* repasa las tonalidades de una voz dolorida, que busca entender y sobrevivir al mismo tiempo, en medio de la devastación familiar y del largo amaestramiento hacia el mercado laboral que supone el sistema educativo.

Relato también de una vocación literaria, donde los libros ejercen de contraparte de un largo diálogo de duelo, *La pertenencia* dinamita la intimidad para ofrecernos, incandescente y verdadero, el retrato de unos «años de sombra».

**«Lo que cambia el curso del universo siempre es una llamada telefónica de madrugada.»**

**Gema Nieto** (Madrid, 1981) estudió Filología Hispánica y Teoría de la Literatura en la Universidad Complutense. Actualmente es editora y colabora en programas de radio y en revistas culturales. Ésta es su primera novela.

Para entrar o salir de la ciudad sitiada

La visita. *Jose González*

Fuera de juego. *Miguel Ángel Ortiz*

El profesor de literatura. *Christian Vega*

98 segundos sin sombra. *Giovanna Rivero*

Canje. *Víctor Sombra Macarrón*

Escarnio. *Coradino Vega*

Made in Spain. *Javier Mestre*

El agua que falta. *Noelia Martínez Pena*

La edad ganada. *Mar Gómez Glez*

Sin música. *Chus Fernández*

Yosotros. *Raúl Quinto*

La vida periférica. *Roxana Villarreal*

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Publicado por Caballo de Troya, un sello de Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
caballodetroya@rhm.es
Edición a cargo de Alberto Olmos

Edición en formato digital: febrero de 2016

© 2016, Gema Nieto Jiménez
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Fotografía de la autora: © S. A. C.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15451-68-6

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

# Índice

La pertenencia

Sobre este libro

Sobre la autora

Últimos títulos publicados

Créditos